

CJB
BOOKS

DEJA
de
Torturarme

C. J. BENITO

C. J. BENITO

DEJA DE TORTURARME

INDICE

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Otras obras del autor](#)

© 2014 Safe Creative

All rights reserved

Imagen original: fotolia.com/ Timurock

Diseño de portada: China Yanly

Correctora: A. M. Flores

ST

Dedicatoria

A mi mujer Ana sin cuyo apoyo, confianza y amor no hubiera sido posible.
Al grupo de facebook Divinas Lectoras y a todas las personas que me siguen
y hacen posible que siga creando nuevas historias.

Capítulo 1

Silvia se mira al espejo, pelo cobrizo, ojos verdes preciosos, veinte y seis añitos, contable en una importante empresa de exportaciones internacionales y... ¿Por qué puñetas sigue sola? ¿Pero si es un partidazo de mujer...? Sale del baño envuelta en su bata rosa chillante, sus chancletas de ositos y el pelo recogido en un moño que le ha quedado tan tirante que le cuesta hasta pestañear.

No entiendo como han podido mandar un tío a la luna y no son capaces de inventar una pastilla que quite el dolor de ovarios, puñetera regla. Silvia entra en la cocina, abre el frigorífico, agarra un brick de leche desnatada, llena un vaso y lo mete en el microondas. Guarda la leche, saca un bote de café soluble y una pastilla de sacarina. Rebusca en el cajón desordenado de los cubiertos y agarra una cucharilla. Después de echar el café y la sacarina a la leche, ya está listo el asqueroso brebaje. Da un trago y maldice todo lo maldecible, está que pela. Por unos instantes se queda con los ojos en blanco, recordando sus días de universidad, las fiestas y los chicos guapos de su pandilla, por aquellos tiempos ella era la chica de moda por la que todos los chicos se peleaban, ahora ni la miran.

Después de un trayecto en metro, en el que ha sufrido todo tipo de empujones, degustado todo tipo de olores que mejor ni describir y estar a punto de caerse por las escaleras recién fregadas del edificio donde está la sede de su empresa, Multiclain exportaciones, llega hasta la puerta de entrada. La recepcionista la mira con cara de pocos amigos, los contables no suelen caer bien, porque son los primeros que dejan claro cuando fallan las cuentas y sobra gente. Bueno a parte de eso tirarle un café hirviendo en el escote, tampoco es que sea lo mejor que se pueda hacer para caerle bien a alguien. Que le den... es una chismosa.

Camina hasta su despacho deseosa de no toparse con su jefe Román, que todos los lunes le tiene que dar la brasa con algún presupuesto no previsto.

—Hola Silvia.

¡Mierda! Este tío parece que me controla con un gps, no hay quien lo esquive, me tiene hasta el mismísimo.

—Hola Román. —que buena soy, parezco hasta simpática.

—Necesitaría que me prepares una documentación. Hoy se incorpora nuestro nuevo comercial y ya sabes, bueno, lo típico, contrato seguridad social y demás...

Román se aleja por el pasillo que hay entre las mesas de los trabajadores a la derecha y los despachos de los jefecillos a la izquierda, hasta llegar al final donde está su macro despacho.

¿Será cabronazo? No tengo bastante trabajo, que ahora a perder el tiempo con un contratito para algún pardillo. ¡Que suerte la mía!

Veo venir a Lidia de lo más sonriente, no me gusta, algo trama.

—¡Tía me voy a vivir con Pablo! —grita Lidia pletórica—. Me lo pidió anoche, dice que no puede estar sin mí.

—Me alegro mucho chica. —¿Un momento? No me alegro, si se va mi compañera de piso... ¿Cómo diablos pago yo su parte del alquiler?—. ¿Pero tú estás loca y me lo dices así sin avisar?

—Lo siento. Es que ha sido todo muy rápido, sin pensar.

Entro en mi despacho y le doy un portazo en las narices, entre esto, los malditos ovarios y el puñetero novato al que tengo que preparar sus papeles, estoy rabiosa. Me imagino danzando alrededor de una olla con agua hirviendo y dentro a Roman y Lidia chillando. Se abre la puerta y salgo de mi ensoñación.

Lidia me mira temerosa, se sienta en el borde de la mesa y me mira con tristeza.

—Hablaré con Pablo, lo dejaremos para más adelante.

Será hija pu... ahora me hace chantaje emocional, encima ahora soy yo la mala.

—Ya me las apañaré. Tú vete con ese banquero aburrido, a ver si al menos cuando me quiera comprar una casa le saco una hipoteca a bajo interés.

Lidia, mi guapa amiga de pelo castaño y ojos negros seductores, me da un abrazo y un sonoro beso, que hace que me tiemble la cabeza.

—¡Ya vale! ¡Vete ya que tengo cosas que hacer!

Sigue sonriendo mientras camina hasta la mesa que ocupa justo delante del despacho de Román. Tres años hace ya que ella es secretaria de Román y yo contable. Lidia es lo único que me queda de aquellos tiempos locos de universidad.

La mañana pasa entre papeleos y hojas de excel, aburrída y mosqueada por el exceso de trabajo, hasta que veo a Román acercarse a un tipo. No le veo la

cara, es alto, atlético, pelo negro, ¡Puñetera columna no veo nada! Román me hace un gesto con la mano, me toca conocer al nuevo, al menos el puñetero está buenísimo. Dejo mis gafas negras de pasta que solo me pongo para leer y salgo del minúsculo despacho.

Esbozo mi mejor sonrisa y me quedo de piedra al ver quien es el nuevo. ¡Joder! No había sitios en Madrid donde trabajar y tenía que venir a mi empresa. Frente a mí está Alejandro Balboa, pelo negro, tez blanca, ojos azules clarísimos, mandíbula cuadrada y un porte señorial que quita el sentido, bueno y fama de putero.

—¿Silvia?

¡Vaya! Se acuerda de mí, esto lo complica todo ya no me puedo hacer la sueca.

—Hola Alejandro. —contesto sin interés.

—¿No me puedo creer que vayamos a trabajar juntos?

Ni yo que tenga que hacerle el contrato al más capullo y putero de la pandilla.

—Sí, la vida te da sorpresas. —contesto.

—Bueno como veo que os conocéis me marchó. Cuando hayas terminado con él le enseñas el despacho del antiguo comercial. —dice Román dejándome sola con Alejandro.

—Bien, acompáñame a mi despacho. —le pido en tono sargento de hierro.

Lo veo allí sentado cómodamente con su traje de armani gris, camisa blanca y corbata gris, ¡joder que bueno está el condenado! Silvia, es un mujeriego de manera que olvídale. Me mira con los ojos muy abiertos, parece divertido.

—¿Te hago gracia? —pregunto irritada.

—Sí, digo no. No has cambiado sigues con el pelo cobrizo y esos ojos verdes que tanto me gustaban. Por lo que veo tampoco has perdido tu carácter.

—¿Qué le pasa a mi carácter?

—Justo eso. Sigues igual de borde.

—¡Yo no soy borde! —me revelo indignada.

Se cruza de piernas y coloca las manos en su regazo, mientras me mira con paciencia.

—Pues si no eres borde eres esquina.

Lo miro y me dan ganas de agarrar la grapadora y estampársela en la frente, bueno la grapadora no que me hace falta y no pesa mucho, la lamparita mejor. En mi mente suena un ruido como el de una grabadora rebobinando, ¿Espera,

qué? ¿Ha dicho que le gustaba? Fuera concentración, pensamiento zen, tranquilidad. Tecleo su nombre en mi programa contable y comienzo a introducir sus datos, datos que él parece saberse de memoria, ya sea su número de seguridad social, o las fechas de inicio y fin de sus contratos, ¡Qué tío más pedante!

—Por cierto Silvia. ¿No sabrás de alguien que alquile una habitación? Acabo de llegar a Madrid y por el momento un hotel o un piso de alquiler para mí solo, no me lo puedo permitir.

—¿Ya no te pasan dinero tus papás ricos?

—Murieron en un accidente de tráfico hace dos años. Mi tío se las arregló, no sé como, para quedarse con todo y dejarme en la calle sin un céntimo.

Me muero, sus padres muertos y él, el pijo más pijo del mundo en la calle y encima... ¿Pero se puede ser más burra?

—Siento lo de tus padres. Mi compañera de piso se acaba de largar, te puedo alquilar una habitación.

—¡Eso sería genial! Pero no quiero incomodarte.

Alejandro el seductor, galán de pacotilla entra en acción, pero conmigo las lleva claras.

—No me incomodas. Si me molestas te echo a la calle y punto. —digo con seriedad mientras sigo tecleando datos.

¡Madre mía! He metido al diablo en casa, tengo que pensar algo para que me deje tranquila, quiero conocer a un hombre bueno, noble y si se puede con pasta, no a un mujeriego arruinado.

Capítulo 2

La mañana pasa entre cafés, papeleos y miradas furtivas hacia el despacho de al lado, donde Alejandro trata de acomodarse. Parece diferente, sigue mostrando ese carácter altivo y distante, que tanto le funcionaba con las chicas, pero a la vez, no puede ser, pero juraría que parece inseguro y triste. Supongo que cuando lo has tenido todo y de repente acabas relegado a ser un simple comercial a comisión, se te rompen todos tus esquemas y tu mundo se desmorona.

¡Mierda tengo que inventarme algo o esta noche ya lo tendré intentando colarse en mis bragas! Le doy un repaso de soslayo, ¡Joder qué bueno está! Una pena, menudo desperdicio de hombre. ¡Ya está! Se me ocurre una idea de lo más descabellada pero que sin duda lo apartará definitivamente de mí.

A medio día agarro a Lidia del brazo y salimos a comer, la muy tonta no sabe que Alejandro trabaja con nosotras y me toca a mí dar la noticia.

Bajamos las escaleras y salimos a la calle con los tupperware, en busca de un buen asiento en el parque.

—¿Cocido y manzana de postre? —protesta Lidia al ver la comida que preparé ayer.

—Si no te gusta, no te lo comas. Algunas no tenemos un banquero que nos tire los tejos y hace que dejemos tiradas a nuestras amigas. —respondo con ironía y maldad—. Por cierto ya tengo resuelto el problema del alquiler. Ya tengo inquilino.

—¿Inquilino o inquilina?

—Inquilino y no te imaginas ni remotamente quién es.

—¿Quién? —pregunta Lidia apartando con asco el cocido y mirándome con los ojos como platos.

—Alejandro Balboa.

—¿El pijo mujeriego?

—Lo ha contratado Román como comercial y no te lo pierdas, ya no tiene ni un céntimo.

—¿Y te vas a meter en un piso con él?

—Tengo un plan. —contesto triunfal.

—Pues ya puede ser bueno. —contesta Lidia probando el cocido y

sonriendo sorprendida al comprobar que está bueno.

—Le voy a decir que soy lesbiana.

Lidia me mira atónita, esperaba cualquier cosa de Silvia pero eso ya es pasarse tres pueblos.

—¿Tía tú estás loca?

—Si no te hubieras largado, no tendría que hacer esta locura, de manera que te callas y punto. Además tendrás que ayudarme a convencerlo.

—¿Yo?

—Sí, tú. Le confirmarás que soy lesbiana, si te pregunta.

—Estás como una cabra Silvia. Solo a ti se te podría ocurrir algo así.

Después de recordar anécdotas sobre nuestras andanzas universitarias y por supuesto de Alejandro, subimos de mala gana las escaleras del edificio de oficinas y regresamos al trabajo. Desde mi despacho puedo ver como Lidia entra en el despacho de Alejandro, se ríe, le da dos besos, hasta parece que coquetea. Cuando sale del despacho y pasa por delante de mi puerta me mira y hace un gesto que me deja claro lo bueno que está Alejandro, como si yo no lo supiera.

A las ocho de la noche apago el ordenador, agarro el bolso y me dispongo a marcharme, cuando recuerdo que no le he dado a Alejandro la dirección de mi piso.

Casi nos damos un cabezazo cuando yo me dispongo a salir del despacho y él a entrar.

—Perdona. —me dice mirándome con esos ojos dulces de apariencia angelical y esa sonrisa pícaro que derrite—. He caído en la cuenta de que no sé dónde vives.

—Espera que te apunto la dirección en una hoja.

—Tengo mis cosas en el coche. ¿Puedo llevarte?

Vamos a ver, veinte minutos de metro pestilente y rodeada de babosos o meterme en el coche con él. Bueno al menos un tío es más fácil de manejar que un vagón lleno de ellos.

—Ok.

Lo veo entrar en su despacho, recoge su portátil y lo guarda en un maletín. Saca unas llaves de uno de los cajones y otra vez esa sonrisa, lo miras y parece un hombre inocente, pero ni de broma te puedes fiar de él.

Tomamos el ascensor hasta el parking y ¿Cómo no? Allí tiene aparcado su Bmw negro, nuevecito y recién pulido.

—Bueno veo que algo de pasta aún te queda.

—Lo compré con la última comisión que gané. ¿O acaso crees que tu jefe me contrató por mi cara bonita?

¿Cara bonita? No... retrato de Apolo como poco, ¡maldita obra divina! No soporto que me mire con esos ojos azules transparentes, puedo notar como apríeta su mandíbula al observarme. ¡Las llevas claras chaval! Esta nena te tiene reservada una sorpresa.

Entramos en el coche y compruebo que los asientos traseros están ocupados hasta casi reventar por sus cosas, mayoritariamente ropa guardada en fundas y algunos objetos que no identifico.

—Perdona, tuve que dejar mi casa en Valencia y no tenía donde meter las cosas.

—¿No tienes más familia salvo tu tío?

—No tengo a nadie y mi tío no es precisamente familia. Es un puto avaro conspirador, por no decir un ladrón.

Su rostro se vuelve anguloso al recordar lo que su tío le hizo. Enciende el motor y arranca, circulamos entre las filas de coches aparcados y salimos al exterior, donde el tráfico es cada vez más denso.

—¿Sabes qué es lo que más recuerdo de tí?

Él me mira de refilón, sorprendido por la pregunta o tal vez temeroso.

—Que era un mujeriego, pedante y engreído, supongo. —responde él molesto.

Me deja sin palabras, jamás pensé que él lo tuviera asumido y mucho menos que supiera que lo veíamos de esa forma.

—¿Sabías que te considerábamos un don Juan?

—Sí. —responde sin vacilar y con tono tajante—. El dinero, ser hijo único y gustarle a las chicas fue mi perdición. Ahora soy algo más decente.

Me parto de la risa y él me mira ofendido, aunque no tarda en cambiar de expresión y mostrarse divertido, ¡Otra vez la sonrisita!

—Verás Alejandro, hay algo de mí que no sabes y que igual es un problema para ti a la hora de compartir piso.

—Pues entonces será mejor que confieses. —contesta en tono divertido.

—Me gustan las mujeres.

Alejandro me mira sorprendido con los ojos como platos, lo he pillado desprevenido y seguro que le he roto sus planes de conquistador. ¡Chúpate esa!

—Ni en broma lo hubiera pensado. Pero no te preocupes, no es ningún problema, al fin y al cabo vamos a compartir piso no cama.

Me pongo mala con solo escuchar de sus labios lo de compartir cama, con lo necesitada que estoy. Pero mejor así, ya llegará mi caballero de brillante armadura. No me lo creo ni yo, pero en fin hay que ser positiva.

—¿Tu condición es del dominio público? —pregunta Alejandro.

—¿Condición? —pregunto extrañada.

—Sexualidad.

—Lo sabe solo Lidia y mi madre. Te agradecería que mantuvieras el secreto, no quiero que en la oficina me despellejen.

—Tranquila, soy una tumba. —responde Alejandro llevándose una mano a la boca y simulando coserla con una aguja.

Guardamos silencio el resto del trayecto, solo hablo para indicar la siguiente calle o ruta a seguir. Aparca en mi plaza de parking que nunca he usado, solo Lidia la usaba cuando venía a casa con Pablo.

Lidia se ha marchado hoy, por lo que todas sus cosas aún están en la que será tu habitación. Tendrás que dejar tus maletas amontonadas en tu cuarto de momento, ya le he dicho que o las recoge mañana o las tiro por el balcón.

—Eres muy impulsiva y estricta. —reprende Alejandro.

—No te haces una idea. —le contesto con chulería.

Cogemos el ascensor y nada más llegar a casa, rebusco en un cajón el único manojito de llaves que me queda libre, lo cojo, se lo entrego y el resto de la noche me lo paso viendo como sube sus cosas y las deja en su habitación.

—¡Ah por cierto! Gracias por la ayuda. —dice Alejandro divertido.

—De nada. —le contesto mientras cambio de canal de televisión.

A las diez de la noche, Alejandro aparece con la última maleta, se detiene en la puerta, suspira y me lanza una mirada mordaz.

—¿Ya acabaste de subir tus cosas?

—Sí. —me contesta arrastrando la maleta hasta su cuarto.

Menos mal que no le ayudé, más que subir sus pertenencias, parece que estuviera descargando la sección de prendas de vestir del Corte Ingles.

Mi piso tiene una disposición algo extraña, el salón está en la parte central y es como un hormiguero, todas las puertas dan a él, cuarto de baño, terraza, puerta del piso, cocina y los dos dormitorios, imposible entrar o salir sin ser visto. Mi terraza no está nada mal tiene unos cincuenta metros cuadrados y en verano suelo colocar una pequeña piscina portátil, no es que una pueda nadar

pero para remojarse da el apañó.

Alejandro entra en el salón y se sienta en el único sillón de dos plazas que existe, porque es un salón minúsculo, decorado con un par de cuadros en la pared y como único elemento de ocio una televisión muy vieja que al menos es en color.

—Está bastante bien el piso. —dice Alejandro.

—Te agobia ¿Verdad? —pregunta Silvia que lo adivina en su rostro.

—Bastante. —confiesa Alejandro—. Mi dormitorio en la casa de Valencia era más grande que todo este piso. Si no te importa necesito salir a la terraza y tomar el aire.

Yo me parto de la risa, aunque por dentro, que se joda el pijo este, que se entere como vivimos los que no tenemos un euro.

Desde el salón, mientras veo la televisión, de reojo lo observo. Parece tan agobiado, ¿Será por el piso o por algo más?

Alejandro se apoya en la barandilla de metal y mira la calle, parece algo más relajado y se sienta en una de las sillas blancas de plástico que junto a mi mesa de playa y mi sombrilla vieja, compone mi equipo de relax-jardín-cutre. Me mira y me sonrío con esa mirada dulce y cariñosa que solo él sabe poner.

Entra en el salón y apoya las manos en el respaldo del sillón, parece que trata de ser agradable.

—Voy a acostarme, hoy ha sido un día largo.

—¿Has comido algo? —pregunto en tono maternal.

—No me apetece. Buenas noches Silvia.

Capítulo 3

Por la mañana Silvia se ve obligada a vestirse algo más decentemente, ya no vive sola y no está con una chica.

Alejandro aparece vestido con un pantalón de pinza negro, camisa blanca con pequeñas rayas y corbata azul clara. Silvia se le queda mirando embobada, con esos andares como dando minúsculos saltitos mezcla de chulito y modelo de pasarela, está arrebatador. Intenta centrarse para no desmontar su tapadera y que él se confíe y ataque. Camina de forma lo más basta que puede y trata de no parecer muy femenina.

Entra en la cocina, donde Alejandro parece estar buscando un vaso de cristal. Silvia abre el frigorífico y llama la atención de Alejandro con la mano.

—Estas tres baldas del frigorífico y esta del congelador son para tí. El resto es mi territorio y tienes prohibido el paso terminantemente. ¿Ok?

Alejandro asiente con la cabeza, mirándome con ojos dulces y divertidos.

—Bueno te dejo. Tengo que coger el metro.

—Dado que trabajamos en el mismo sitio, no me cuesta ningún trabajo compartir coche contigo. Al fin y al cabo somos compañeros de trabajo y piso.

—Bueno pues vamos a medias con la gasolina. —propongo altiva.

—De ningún modo. Pero sí te agradecería que me prepararas un café, no tengo ni idea de dónde está nada y aún no he comprado mis cosas. —responde Alejandro con la mirada perdida.

—Eso está hecho. —contesto alegremente.

—Es la primera vez que te veo sonreír desde que nos hemos reencontrado.

Lo miro boquiabierto, supongo que me he dejado llevar por el hecho de no tener que volver a coger el metro para ir a trabajar y he bajado la guardia.

—Deberías sonreír más a menudo, tienes una sonrisa preciosa y en los tiempos que corren se agradece ver a personas sonrientes.

Madre mía, ya está en plan seductor. Por unos instantes fantaseo imaginando como sería que me sedujera aquí en mi casa. Preparo una cafetera y espero pacientemente a que se haga el café. Alejandro me observa, no me quita ojo y parece intrigado.

—Puedo sentir tus ojos clavados en mi espalda. —le digo con tono seco.

—Perdona. Es que me cuesta asimilar que no te gusten los hombres. Cuando

saliamos en pandilla te vi con varios chicos.

—Bueno sí, pero con ninguno llegué a nada un par de besos y ya está. Pronto descubrí que eso no era lo mío. —miento tratando de ser convincente.

—¿Nunca lo has hecho con un hombre? Perdona, ni respondas soy un maleducado.

—¡Nunca! —y lo peor de todo es que es verdad, algún tío me metió mano pero nunca terminé de confiar en ninguno y enamorarme no se me da bien. A este paso me quedo para vestir santos.

—Tu secreto está a salvo conmigo y no volveré a preguntarte sobre el tema.

—Sin embargo tú te has puesto las botas con las mujeres. —respondo mirándole con frialdad y malicia.

Alejandro me mira apenado, esquiva mis ojos y parece avergonzado.

—Fachada, todo fachada. He conquistado a muchas mujeres, me he acostado con ellas, no lo voy a negar, pero siempre he acabado solo.

—¿Por qué? —pregunto intrigada.

—Mientras las conquistaba me sentía eufórico, pero cuando les hacía el amor notaba que algo faltaba, como si supiera que ella no era mi media naranja. Es como una maldición, poder tener a cualquier mujer, menos a la que te haría feliz. Al final me harté, tiré la toalla y dejé de buscar a mi mujer perfecta.

—¿Tú dejando de ser un ligón? —respondo anonadada.

—No soy tan frívolo como crees. También tengo corazón, solo que no dejo que todo el mundo conozca mi lado romántico.

¡Joder! Este tío ya me tiene enganchada, ¡Enganchada, no enamorada ojo! ¿Cómo será en plan romántico? No me puedo creer que haya buscado el amor como yo y que ya ni lo busque. La cafetera empieza a pitar, señal de que el café está listo. Saco un brick de leche, el azucarero y un par de tazas. Apago el fuego y retiro la cafetera de metal del hornillo. Alejandro se ha sentado en uno de los banquillos, le sirvo el café y él se muestra complacido.

—Me gustaría que nos lleváramos bien. Eres realmente encantadora cuando no actúas de forma borde.

Le dedico una mirada rabiosa, ¡No soy borde tengo carácter!

—Debes perdonarme si hago o digo algo que te incomode, no entiendo mucho de chicas que le gusten chicas. Pero trataré de ser educado y respetuoso en todo momento.

Lo miro, nunca creí que pudiera ser dulce, siempre lo consideré un

mujeriego pedante y altivo, de esos que te miran por encima del hombro por tener más pasta que tú.

—Los dos haremos un esfuerzo. Pero en el fondo sé que te jode no poder incluirme entre tus víctimas sexuales. —digo con ironía y una sonrisa en la boca.

—Eres una mujer muy bella, no me costaría trabajo enamorarme de alguien como tú. De hecho. —Alejandro toma la taza y da un sorbo de café—. No sé si debería contarte esto.

—No te cortes, no creo que me afecte nada de lo que me puedas decir. —contesto con arrogancia.

—Cuando me uní a tu pandilla, me quedé pasmado ante tu belleza. Por más chicas que se cruzaban en mi camino, ninguna te hacía sombra.

—Pues nunca me tiraste los tejos. —respondo algo dolida.

—Me intimidabas. Pegabas cada repostada a los tíos, aún me acuerdo el guantazo que le diste a Mariano por darte una cachetada en el culo.

—No me gusta que me toque un tío. —contesto—. ¡Bien, esto suena convincente! —pienso divertida.

Espera un momento, que me acaba de decir que era la chica que más le gustaba de la pandilla y fuera de ella. Verás tú con este, que no se resigna a no poder pasarme por la piedra el muy cerdo.

—Pues hijo, conmigo lo tienes muy difícil. —contesto triunfal terminándome mi taza de café.

—Lo sé. ¿Tienes pareja?

Lo miro con los ojos abiertos como platos, no había pensado en eso ¿Y ahora qué digo?

—No. Algún escarceo de vez en cuando para darle una alegría al cuerpo, nada serio.

—Espero que encuentres a una mujer que te haga feliz.

—Y yo que encuentres a tu mujer perfecta.

Alejandro esboza una sonrisa y termina su café, por primera vez parece sentirse algo más cómodo.

Capítulo 4

Entro en mi despacho, enciendo el ordenador y aparto un poco los informes pendientes. De reojo miro a Alejandro que parece estar reordenando su despacho. Saca una foto de sus padres y la mira con tristeza, la deja sobre su escritorio y saca el portátil de su maletín. Me encanta su cuerpo, tan definido... pero no como esos ligones de piscina todo musculados y paquete minúsculo.

Sigo observándole con atención, deposita el móvil sobre el escritorio y enciende el portátil, apoya la cabeza entre sus manos, parece tan triste...

—¡Hola Silvia! —grita Lidia.

No la esperaba y pego un bote en la silla que casi provoca que me caiga al suelo.

—¿Espionando a Alejandro?

—¿Yoooo...? A mí ese me importa un pepino. Vamos estoy yo para ligones... —de reojo miro a Lidia para ver si se cree mis palabras, pero por su expresión y sus brazos cruzados, me parece que no ha colado.

—Deberías decirle que no eres lesbiana, echar un polvo, pelearte con él y pasar página. —responde Lidia riendo.

—Jamás, no perderé mi virginidad con él. Aspiro a más, a mucho más.

—¿Hola chicas interrumpo algo? —pregunta Alejandro sonriendo.

Me pongo roja como un tomate, rezando para que no haya escuchado nuestra conversación.

—¿Te encuentras bien Silvia? ¿Te veo mal? —pregunta Alejandro con seriedad.

—Estoy bien tranquilo. —respondo sin mirarle y centrándome en la pantalla del ordenador.

—Esto... Lidia me ha llamado Román, no te encontraba y necesita que le acompañes a la convención en el palacio de congresos.

—Gracias Alejandro. Voy corriendo.

Los dos abandonan mi despacho y por fin me quedo sola, sola es la palabra, sin Lidia hoy comeré solita en el parque.

Alejandro entra en su despacho y se sienta en el cómodo sillón, se gira hacia la ventana y cierra los ojos. Le quedan unos dos mil euros en su cuenta, debe

realizar una buena venta para salir adelante. Suena el móvil, la banda sonora de James Bond, soy un friki lo sé, pero me encanta.

—¿Sí?

—Seis mil euros o me deshago de la mercancía.

—No, espera. Aún no tengo el dinero pero lo conseguiré. ¡Por favor ten paciencia!

—Un mes.

Alejandro deja el móvil sobre el escritorio, se pasa la mano por el pelo, nervioso. Camina por el despacho, se recuesta sobre una de las paredes y baja las persianas de varillas que dan a la oficina, solo deja alzada la persiana que da al despacho de Silvia. Mirarla le relaja, siempre serena, trabajando y de broma con Lidia. Una vida normal, nada que ver con su vida complicada y llena de problemas que lo mantienen en vilo. Vuelve a sonar el móvil, descuelga y atiende la llamada de un broker de aceite de oliva.

A la hora de almorzar Silvia revisa su maletín y cuando se dispone a coger su comida, se da cuenta de que se le ha olvidado. El bolso vaquero rojo que usa para llevar la comida se le ha quedado olvidado en la encimera de la cocina. ¡Genial ahora tendré que comer en el bar de enfrente! Malhumorada saca el monedero de su bolso y abandona el despacho. Normal que se le olvide, bolso, maletín y bolsa de comida, parece que va de camping en vez de al trabajo.

—Hola Silvia. Te traigo esto. —dice Alejandro mostrándole la bolsa vaquera con la comida—. Lo vi en la encimera y lo bajé al coche, pero con las prisas se me olvidó decírtelo.

Silvia lo mira extasiada, no puede creer que tenga su comida y no deba pasar media hora esperando a que le preparen algo de comer en el bar.

—Bueno, voy a ver si como algo. —se despide Alejandro sonriendo.

—¿Te apetece comer carne en salsa? —pregunta Silvia.

Alejandro la mira con curiosidad, asiente con la cabeza y le muestra una sonrisa aún más luminosa.

—Lo malo es que tendremos que comer en la mesa junto a la máquina de café. —dice Silvia asqueada.

—Tal vez no, se me ocurre un sitio donde podríamos almorzar más agusto. —informa Alejandro con ojos pícaros—. Espera aquí un momento.

Alejandro coge algo de su chaqueta y sale corriendo, hacia los ascensores.

Pulsa el botón número ocho correspondiente a la última planta y espera a que el ascensor se eleve. Nada más abrirse las puertas mira el pasillo que comunica con las oficinas de otra de las empresas, Sanders Mc. Camina con sigilo de espaldas hasta acercarse a la escalera, sube el último tramo y tanea su bolsillo, hasta dar con una pequeña cartera de cuero marrón. La abre y mira escaleras abajo, saca un par de ganzúas y las introduce en la cerradura con cuidado. Un par de giros y la puerta ya está abierta, esboza una sonrisa y corre de regreso hasta el ascensor.

—¿Pero a dónde me llevas? —pregunta Silvia extrañada.

—Ya lo verás. —responde Alejandro en tono juguetón.

Toman el ascensor y con cuidado Alejandro la dirige hasta la pequeña y angosta escalera, abre la puerta de la azotea y Silvia queda sin palabras.

La azotea es un jardín verde y glamuroso, en el que hay instaladas unas mesas y sillas, que parecen no haberse usado en años.

—Llevo tres años en este edificio y no tenía ni idea de que este lugar existiera. ¿Cómo lo has descubierto?

—Cuando me citaron para la entrevista, no tenía claro donde estaba esta empresa, busqué en Google Earth y vi esta terraza.

—Pero este sitio es privado ¿Cómo has conseguido permiso?

Alejandro sonríe y se encoje de hombros.

—No pedí permiso. ¿Bueno comemos o qué?

Silvia menea la cabeza negativamente, pero acaba sonriendo, aquel sitio le encanta. Alejandro cierra la puerta y corre hasta la mesa que Silvia está limpiando con un pañuelo de papel. Él contempla como ella saca el tupperware con la comida, un par de vasos de cristal y un brick de vino. Alejandro se estremece al ver el brick.

Silvia le sirve un vaso de vino y él lo toma reticente, da un pequeño sorbo y lo paladea.

—Lo sé, no es un Burdeos. Los pobres no tenemos para lujos. —dice Silvia sonriendo.

Alejandro no contesta, se limita a observarla, servir la comida como si se tratara de un ceremonial de lo más interesante.

—Aquí tienes. A ver si te gusta.

Él acerca el plato, toma un tenedor y pincha un trozo de carne. La observa, huele y la introduce en su boca, su semblante cambia, sus ojos se iluminan y

mastica lentamente, degustando con placer.

—Está exquisito. Hacía años que no probaba algo semejante, casero y delicioso.

—Es comida precocinada del Mercadona. —responde Silvia sonriendo.

—¿Qué? —responde Alejandro incrédulo y ya pensando que su buen gusto se está evaporando al igual que lo hizo su dinero.

—Es broma. Lo hice ayer por la noche. —dice Silvia sin dejar de sonreír ante la cara que ha puesto.

Alejandro ríe divertido por la ocurrencia de su compañera de piso. Es tan tierna y atractiva cuando sonrío...

Silvia almuerza con cierta urgencia, tiene mucho trabajo. Alejandro parece tranquilo y relajado, se afloja la corbata y termina su vaso de vino.

—No entiendo como tus padres pudieron desheredarte y entregar su fortuna a tu tío.

—No creo que lo hicieran. —responde Alejandro mirándola con ojos impenetrables.

—¿Quieres decir que tu tío te ha robado la herencia?

Alejandro asiente con la cabeza.

—Tarde o temprano averiguaré la verdad y se lo haré pagar. Hora de levantar el campamento y volver a trabajar. —corta Alejandro, que ya ve como Silvia se va a lanzar a hacerle preguntas que no desea contestar.

Capítulo 5

Por la noche, Lidia ayudada por Pablo y Silvia, recoge sus cosas en petates, macutos y bolsas. Alejandro se apoya en la puerta y contempla como trabajan como hormiguitas.

—¡Vaya qué bueno ser tu amiga preferida! ¿Lidia te contó Silvia lo mucho que me ayudó a mí con mis cosas?

Silvia mira a Alejandro y le dedica un puchero fingiendo dar pena. Alejandro se ríe y se aleja en dirección a la terraza.

—Bueno chicas. Con vuestro permiso ya lo que queda es ropa y como estoy harto de que me digáis que no sé como doblarla me voy con Alejandro. —dice Pablo.

—¿Cómo lo llevas con él? —pregunta Lidia.

—Hoy es el segundo día que pasamos juntos. Aún es pronto, por ahora la mentira ha colado y no ha intentado nada conmigo. Aunque si te digo la verdad, parece diferente al Alejandro que conocíamos. Lo veo más centrado. —contesta Silvia.

—¡Vamos que te gusta! —dice Lidia riéndose.

Silvia la mira rabiosa y Lidia se queda callada de golpe, conoce el mal genio de su amiga.

—Dime Alejandro ¿Cómo es vivir con una chica?

—Si te digo la verdad Pablo, es bastante raro compartir piso con una chica que no siente nada por ti. —responde Alejandro ofreciéndole una copa de vino y tomando él otra.

—Vaya este vino es fantástico.

—Es una de las últimas botellas que me quedan Bellesiar del cincuenta y seis, doscientos euros la botella. Recuerdo de los tiempos en los que tenía pasta.

—¡Uff! No he probado nunca nada igual. ¿Y a qué te dedicabas en tus buenos tiempos? —pregunta Pablo.

—A lo mismo que ahora, exportaciones. Solo que antes yo era dueño de la empresa y ahora solo soy un simple comercial a comisión. Mi empresa era Balboa exportaciones.

—¿Qué pasó?

—Cuando mis padres murieron dejaron a mi tío como único heredero. — responde Alejandro omitiendo lo que realmente piensa—. Supongo que no fui un hijo ideal. —dice Alejandro mostrando una espléndida sonrisa.

—¡Pablo ya hemos terminado! —grita Lidia.

—Bueno hora de currar. —responde Pablo con resignación.

—Os ayudo con las maletas. Algunas personas no podemos mirar como otros van cargados como mulas y no ayudar. —dice Alejandro mirando a Silvia con malicia.

Silvia le saca la lengua y coge un par de bolsas del suelo. Pablo y Alejandro agarran las maletas que más pesan y empiezan a bajar las pertenencias de Lidia hasta la calle.

Por las escaleras Alejandro no puede evitar mirar a Silvia, con ese pantalón de deporte y esa camiseta de licra ajustada. Menuda pena no poder despertar nada en una mujer así.

Los cuatro se despiden, el coche está ya cargado hasta reventar y Lidia parece agotada. Pablo le da un abrazo a Alejandro, lo que desconcierta a ambas chicas, porque no es una persona muy expresiva.

Los dos entran en el ascensor y se quedan mirando.

—Estoy pensando, que vas a ser la única amiga de verdad que voy a tener en mi vida.

—¿Por qué lo dices?

—Sé que suena pedante. Pero no solo yo conquistaba, muchas chicas me han buscado solo por sexo y mi fortuna. Pero como a ti no te gustan los hombres y ya no tengo fortuna, lo nuestro será una relación sincera. Podríamos dormir en la misma cama desnudos con total tranquilidad.

¿Lo nuestro? ¿Dormir en una cama desnudos con tranquilidad? Si no fuera porque eres un... te metía en mi cama y no salías de ella ni para comer... ¡Uufff! Silvia relájate que te va a pillar.

—¿Pareces pensativa? ¿Tú qué piensas?

—Tienes toda la razón, puede ser una bonita y sincera amistad. —contesta Silvia mirando hacia otro lado.

Sobre todo sincera, mintiéndote sobre mi sexualidad. ¿En qué estaría yo

pensando para meter un tío tan bueno en mi casa? Podía haberme aprovechado de la ocasión, pasar un buen rato, quitar las telarañas en ciertas partes y luego corazón roto y a por otro. Pero no, tenía que ser una puritana.

El miércoles por la mañana, Román estaba sentado en la sala de reuniones junto a Manuel su otro comercial. Manuel era bastante amigable, a sus cincuenta años, con su pelo canoso y unos ojos marrones de lo más expresivos, no tardó en hacer buenas migas con Alejandro, que a decir verdad parecía haberse metido en el bolsillo a todo el personal. Silvia entró en la sala cargada de carpetas y se sentó junto a Román. Lidia entró más tarde arrastrando una mesita con ruedas donde llevaba café y pastas. Alejandro entró el último, luciendo su luminosa y cautivadora sonrisa.

—Disculpad. Me acaban de poner una multa. —anuncia sin perder su sonrisa.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Manuel.

—Paré para comprar el almuerzo junto al bar de Agustín. ¿Te acuerdas dónde me dijiste que se podía aparcar?

—Sí.

—Pues no se podía. —responde Alejandro riendo y sentándose junto a Lidia, que le dedica una mirada dulce.

—Bueno, centrémonos. La empresa necesita una buena operación, aunque no nos va mal, pronto habrá que ampliar las instalaciones y eso me va a costar una pasta. De manera que chicos os quiero con las pilas puestas, si tenéis algún contacto fiable, un cliente guardado para los tiempos de necesidad, lo que sea, es el momento de usar vuestras armas secretas. —dice Román con gesto preocupado.

—Lo cierto es que yo tengo algo pensado. Es un broker de aceite de oliva, nos cobrará una buena comisión pero aún así hablaríamos de un pedido anual renovable bastante lucrativo. —informa Alejandro mientras con su mano derecha no deja de hacer malabarismos con un bolígrafo.

—Pues ya estás tardando, vete a tu despacho y en marcha. El resto hablaremos sobre la nueva norma fiscal que nos está dando la tabarra.

Alejandro se levanta de un salto y después de guiñarle un ojo a Lidia, abandona la sala. Silvia lo mira asombrada. ¿Por qué le guiña un ojo a Lidia? ¿Por qué no a ella? ¡Ah claro! Lidia es un posible objetivo. ¿Será capaz de ir por Lidia teniendo novio? Seguro, es un mujeriego sin remedio.

Alejandro entra en su despacho, agarra el móvil y coloca los pies sobre el escritorio.

—¿Tom?

—¿Alejandro? No puedo creer que seas tú.

—¿Cómo están Jenny y las niñas?

—Muy bien. A ver cuando te pasas por Miami, tenemos ganas de verte.

—Ya me gustaría Tom, pero ya conoces mi nueva situación financiera.

—Sabes que yo te pago el billete y lo que haga falta.

—Gracias, lo sé. No es por eso, ahora estoy trabajando como comercial para unos brokers, ahora mismo concretamente en Multiclain exportaciones.

—De manera que me llamas para sacarme la pasta. ¿No?

—Por supuesto. ¿Qué tal con tu proveedor de aceite de oliva? —pregunta Alejandro que ya sabe de antemano que le va fatal.

—Mal. No es nada serio y me ha subido el precio otra vez. Los chinos están muy enfadados.

—¿Qué me dirías si te digo que tengo un proveedor serio, de lo más fiable y con capacidad para abastecer a todos tus clientes?

—¿Y de precio?

—Negociable si aportas contrato y demuestras a mi jefe que vas en serio.

—Ok. Mándame los informes de sanidad y certificados, si todo es correcto hablamos. Pero que te quede claro que lo hago por echarte un cable.

—Lo sé y también porque tu proveedor es un cafre.

—Bueno eso también. Lo digo en serio, tienes que venir a vernos, las niñas preguntan por su tito Alejandro.

—Diles que en cuanto pueda voy a verlas y me quedará una semana.

—No te haces una idea los saltos de alegría que van a dar. Bueno tío, en cuanto me envíes la documentación te hago la propuesta.

—Gracias Tom. Adiós.

Silvia recoge sus cosas, por fin ha llegado la hora de irse a casa. Román modificó el horario y ahora entran a las nueve de la mañana y salen a las siete de la tarde, bueno es un decir porque en este trabajo siempre tienes que estar localizable. Alejandro, parece nervioso, agarra las llaves del coche y su maletín, le sonrío y juntos caminan hasta el ascensor.

—¿Qué tal tu tercer día de trabajo?

Alejandro levanta los ojos y da un minúsculo saltito a la vez que suspira.

—Bien. Todo el mundo parece muy cordial, tengo una bella compañera de piso y tal vez pronto recupere mi estatus social.

Una punzada recorre su corazón, si él vuelve a tener pasta, se irá del piso y tendrá que volver a buscar a otro inquilino.

—Y si tu estatus mejora, podrás comprarte un piso ¿verdad?

Alejandro menea la cabeza negativamente.

—Me quitaron la herencia, pero no mis deudas personales. Espero que no te esté molestando mucho, porque por el momento necesito la habitación.

—Sin problema. —responde Silvia sonriendo aliviada.

Alejandro entrecierra los ojos y la mira divertido, juraría que ella se alegra de que vayan a seguir viviendo juntos. ¿Una pena que no esté en circulación? Sería un gran partido. Piensa Alejandro, mientras rebusca las llaves en su pantalón.

Después de cenar, Alejandro aprovecha que Silvia ha ido a su dormitorio para cambiarse de ropa y comienza a lavar los platos. Silvia sonríe al escuchar el grifo de la cocina y el traqueteo de los cubiertos y los vasos. Con cuidado baja la cremallera de su vestido y lo deja caer al suelo, luego le toca al sujetador y al tanga. Abre el armario y coge una toalla con la que se envuelve, luego camina hacia la cocina para avisar a Alejandro de que se va a dar una ducha.

Alejandro tararea una canción de U2 mientras lava un plato, se gira al escuchar pasos tras él y se le cae el plato al suelo cuando ve a Silvia cubierta únicamente con una toalla. No tarda en ponerse colorado, se agacha y comienza a recoger con nerviosismo los trozos de porcelana.

—Espero que no fuera un plato al que le tuvieras mucho cariño.

—Ese plato era de mi abuela, ella me lo regaló antes de morir. —contesta Silvia.

—Yo... lo siento... —responde Alejandro horrorizado y con un nudo en la garganta.

Silvia se ríe a carcajadas, haciendo un esfuerzo por agarrarse la toalla y evitar quedar desnuda ante él.

—Lo compré en un Todo a cien del barrio. —dice Silvia sin dejar de reír.

—Ja, ja, ja. Muy graciosa. ¿Esto qué es la bromita al inquilino nuevo o algo así?

—Más o menos. —responde Silvia juguetona.

Camina hacia el baño, cierra la puerta y coloca la toalla en una percha. Abre los grifos y prepara sus cosas, no puede dejar de pensar en la turbación que acaba de provocar en él. Nunca pensó que una simple toalla pudiera provocar un efecto así en un mujeriego, se ve que él también está necesitado de cariño.

Alejandro termina de lavar los platos, sigue nervioso aunque trata de mantener su frialdad natural. ¡Tranquilízate! No es la primera vez que ves a una chica cubierta solo por una toalla, ¿Se te ha olvidado las juergas que te montaste en Valencia? Agarra un trapo de cocina y se seca las manos, luego sale de la cocina y entra en su dormitorio, donde seguirá colocando sus cosas aún en maletas. El primer objeto que busca es un pequeño marco con la foto de sus padres, limpia el espejo con un pañuelo y se queda mirándolos con ojos húmedos, luego lo coloca en su mesilla de noche y se sienta en la cama, por unos instantes se queda con los ojos en blanco sumido en sus pensamientos.

Silvia se apura, se envuelve en la toalla y después de recoger el baño para dejarlo listo para Alejandro, desconecta el secador y sale fuera. No puede evitar verlo sentado en la cama, pensativo, parece dolido. Entra en su dormitorio y se sienta junto a él.

—¿Qué te ocurre?

Alejandro trata de sonreír, pero las lágrimas en sus ojos lo delatan, algo va mal.

Silvia coge la foto de sus padres y la mira con curiosidad, hacía muchos años que no los veía y ya casi no los reconocía.

—Los echas de menos ¿Verdad?

—Cada día... eran mi mundo, mi único apoyo. —responde Alejandro con melancolía.

—Bueno ahora nos tienes a Lidia, a Pablo y a mí. —dice Silvia dándole un beso en la mejilla y dedicándole una sonrisa dulce y sincera.

Alejandro la mira, ese beso inocente acaba de hacerlo estremecer. Desde que murieron sus padres, nadie le había dado un beso sincero, todo había sido formalismos y presentaciones laborales.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta Silvia desconcertada.

—Por todo, por alquilarme la habitación a pesar de mi fama, por como me

habéis tratado, por el beso. Lo necesitaba. —responde Alejandro con aspecto triste.

Silvia siente como sus entrañas se retuercen al verlo tan triste, le gustaría abrazarlo, darle ánimos y acostarse con él. ¡Silvia! Le grita la voz de su conciencia. ¡Para ya y frena tu mente calenturienta! Además, en cuanto empiece a ganar dinero se buscará una zorrilla como a él le gustan y tú para vestir santos. ¿Pero cómo iba a querer estar conmigo si le he dicho que soy lesbiana?

—Yo que tú me daría una ducha, no es por ofender pero el desodorante te ha abandonado. —miente Silvia que no sabe que inventar para romper ese momento y escapar.

—Pues entonces, señorita será mejor que me duche. No quiero ser un inquilino apestoso.

Capítulo 6

El jueves por la mañana Alejandro aparcó el coche en el parking del edificio de la empresa y se despidió de Silvia. Le esperaba un día de visitas a domicilio con varios clientes, justo lo que menos le apetecía.

Silvia tomó el ascensor y entró con paso firme en la oficina, abrió la puerta de su despacho y comprobó con disgusto que Román le había dejado un buen tocho de informes para revisar y contabilizar. Suspiró, dejó el bolso en una mesita auxiliar y se sentó en su ya no tan cómoda silla. Encendió el ordenador y se dejó caer sobre la mesa, sin energía a primera hora de la mañana, menudo día le esperaba.

Al mediodía Lidia y Silvia, armadas con sus tupper fueron al parque para comer y cotillear un rato, sobre las novedades de la vida en pareja de Lidia.

Alejandro no apareció en todo el día, por lo que ya se estaba mentalizando de que debería tomar el metro. Se centró en terminar el trabajo y no pensar, pero no dejaba de pensar en él. Le dio tanta pena verlo con los ojos llorosos y le agradeció que lo besara. Estaba desconcertada. ¿Sería verdad que no era un mujeriego si no un hombre que había buscado con desesperación a su mujer ideal?

Lidia le tocó en el cristal de la puerta y Silvia dio un respingo en la silla.

—¿Piensas echar horas extras? Te recuerdo que Román no las paga. —dijo Lidia sonriendo y despidiéndose de ella con la mano.

La muy suertuda debía tener ya a Pablo esperando en la puerta del edificio, le daba una envidia enorme. Con novio formal, conviviendo y desde luego a juzgar por su cara, parecía muy feliz. No como ella, viviendo con un adonis, fingiendo ser lesbiana por cobarde y con menos posibilidades de encontrar novio que un perro de comer carne fresca en una fábrica de ladrillos. Apagó el ordenador y cogió el bolso y la bolsa vaquera roja. Se colgó todo del hombro y caminó hasta los ascensores, pero nada más traspasar la puerta de recepción y entrar en el vestíbulo de los ascensores, sintió como alguien le liberaba del peso de su bolso y la bolsa roja. Silvia se giró asustada. Alejandro la miró con ojos impenetrables, se colgó el bolso de trabajo y el que contenía sus útiles y tupper del almuerzo y le devolvió su bolso que estaba enredado con

las correas de los otros.

—¿Pensabas que te dejaría tirada? —repuso Alejandro pulsando el botón de llamada del ascensor y dedicándole una sonrisa de lo más enigmática.

—No tienes ninguna obligación conmigo. Pensaba tomar el metro.

—No mientras pueda evitarlo. El metro... simplemente no lo soporto. —dijo Alejandro.

—Normal te criaste en una familia rica, para ti el metro es como meterte en un camión que transporte ganado. —responde Silvia con malicia.

—No pierdes una oportunidad para atacarme. ¿Verdad? —dice Alejandro divertido.

—Es mi deporte olímpico. A unos les gusta el fútbol y a mí restregarte tu pasado pijo. —contesta Silvia mostrando una sonrisa de satisfacción.

Alejandro la observa de reojo. ¡Ojalá no fueras lesbiana! Me encanta mirarte cuando no me ves, me encanta verte sonreír, tu sonrisa me da la vida. Lástima que...

—¿En qué piensas? —pregunta Silvia que teme haberlo ofendido más de la cuenta.

—En nada. Me preocupa que mi amigo no me haya hecho una proposición después de haberle enviado ayer la información.

—¿Qué comisión te juegas?

—Seis mil euros al mes durante un año. —responde Alejandro dedicándole una sonrisa dulce.

—¡Madre mía y yo ganando poco más de mil euros! —responde indignada Silvia—. Pues con eso tienes para pagar tus deudas.

—Mis deudas son de una cuantía mayor a lo que imaginas. —responde Alejandro con seriedad y voz ronca.

Las puertas del ascensor se abren y Silvia es la primera en entrar, arde en deseos de preguntarle por sus deudas, problemas y demás, la cotilla que lleva dentro se muere por descorrer el visillo de la ventana e investigar.

Ya en casa Alejandro recibe una llamada, sale a la terraza y cierra la puerta para aislarse del sonido del televisor. Silvia mira de reojo la tele y la terraza, temiendo seriamente quedarse bizca si Alejandro no termina pronto de hablar por teléfono. ¿Por qué despertará tanta curiosidad en ella todo lo que él hace?

Él la mira divertido, le parece tan excitante verla así, espiándole de esa

forma tan infantil.

—Ok. Avisaré a mi jefe. Mañana por la mañana te envío el contrato, en cuanto me lo reenvíes firmado iniciamos el proceso.

—Espero sinceramente que esta operación te ayude a remontar y si todo va bien, hay muchas posibilidades de que al término de contrato volvamos a hablar de negocios. —dice Tom muy animado.

—Adiós Tom y gracias.

Alejandro cuelga y marca el teléfono de Román, se lleva el móvil a la oreja y señala con el dedo a Silvia, para que sea consciente de que la ha pillado espiándole. Ella le saca la lengua y cambia de canal.

—Román, la operación está cerrada solo resta firmar y cobrar.

—¡Fantástico! Sigue así y en la nueva sede de la empresa tendrás el mejor despacho, después del mío claro. —dice Román riendo eufórico—. Hasta mañana Alejandro.

—Adiós Román.

Guarda el móvil en el pantalón y abre la puerta de la terraza, se apoya contra ella y finge una mirada rabiosa.

—¿Te parece bonito espiarme de esa forma tan descarada?

—Técnicamente es mi casa, por lo que puedo hacer lo que me de la real gana. Eso incluye martirizarte, reírme de ti y por supuesto espiarte. —contesta Silvia burlona.

—¡Es una lástima!

—¿Qué es una lástima? —pregunta Silvia llena de curiosidad.

—Acabo de cerrar la operación.

—¿La de los seis mil euros al mes?

—La misma. Pensaba llevarte a cenar fuera, a ese restaurante ¿Cómo se llamaba? Séptimo cielo.

—¿Al Séptimo cielo? No cuela campeón, en ese sitio hay que reservar con meses de antelación.

Alejandro saca el móvil marca un número y se acerca el móvil a la oreja mientras le lanza una mirada desafiante.

—Hola Mariano. ¿Es posible cenar esta noche? De acuerdo lo entiendo. —dice Alejandro con fingida tristeza.

Silvia lo mira y levanta los brazos en señal de triunfo, como hacen los futbolistas después de marcar un gol.

—Gracias Mariano, nos vemos esta noche. —dice Alejandro sacándole la

lengua a una asombrada Silvia—. Bueno señorita cascarrabias, tenemos reserva a las ocho y hay que vestir de etiqueta.

Silvia no dice nada, no sale de su asombro, van a cenar en el restaurante más Vip de la ciudad. Se sube al sillón y empieza a dar saltos de alegría. Alejandro que en ese momento se disponía a entrar en el baño se la queda mirando.

—Estaba intentando matar una mosca que se había colado por la terraza. La próxima vez acuérdate de cerrar la puerta de la terraza. —dice Silvia bajándose del sillón y caminando muy dignamente hasta su dormitorio.

Alejandro la observa boquiabierto, ella nunca podrá ser su pareja pero desde luego se ha convertido en alguien muy especial para él. Puñetero destino. ¿Tenías que poner en mi camino a la única mujer interesante que no está en el menú?

A las ocho en punto Alejandro entra junto a Silvia en el restaurante, donde todo el mundo parece conocerle. Mariano un hombre alto y de aspecto muy refinado, se le acerca, le da un abrazo y le pega una bronca.

—Te dije que vinieras a verme.

—Mariano. Sabes mi situación, ya no puedo permitirme estos lujos.

—Si vuelves a decir eso te cruzo la cara, ningún Balboa paga en este restaurante. Le debo todo a tu familia y tú eres como mi hijo. ¿Bueno me vas a presentar a esta bella dama o qué?

—Silvia te presento a Mariano el dueño del restaurante y mejor amigo de mi padre.

Mariano le coge la mano y se la estrecha con delicadeza, la mira con ternura y acto seguido da un tirón arrastrándola hacia él para darle un beso en cada mejilla.

—Es la primera mujer con clase que me presentas, maldito bribón. Bueno os dejo tengo un cocinero al que echar la bronca y un local que atender. Por cierto Alejandro, ya he dado orden de que no te permitan pagar.

—Entonces me pediré una tortilla francesa y un vaso de agua.

—Hazlo y estreno los cuchillos japoneses que acabo de comprar contigo. —contesta Mariano sonriéndole.

Alejandro toma de la cintura a Silvia, que se estremece al sentir el contacto de su mano sobre su desnuda cintura. No debió ponerse aquel traje rojo con espalda descubierta que se compró en Mersi. Debe contenerse o la descubrirá,

su tapadera ya ha estado a punto de destaparse en más de una ocasión.

Un camarero se les acerca y les pide que ocupen una mesa en un reservado, deja unas cartas encima del mantel rojo y se lleva el centro floral.

—Estás espectacular. —dice Alejandro sin mirarla directamente a los ojos.

—Gracias. Aunque debo admitir que esto para mí es como ir disfrazada.

Bien Silvia, eso ha sido bueno, sigue así que piense que no estás que te mueres por romperle la camisa y pasar tu lengua por todo su cuerpo. ¡Vamos a ver! ¿Pero qué es esto la voz de mi conciencia o la de una mujer salida hasta la médula? ¡Contrólate y baja el calentón! ¡Si es que no puedo! Vestido con una camisa azul oscura, unos jeans negros y ese cinturón macarra tan sexy, por no decir que huele de maravilla.

El camarero regresa con una botella de vino, un Labordie del cuarenta y cinco, les sirve una copa y se queda allí erguido, esperando.

—Tomaremos pollo con especias y salsa de arándanos de primero y de segundo... ¿Silvia te gusta el salmón?

Silvia piensa para sí misma. Vamos a ver me gusta el salmón, creo que lo vi una vez en la sección de pescados del Carrefour. ¿Y yo qué sé si me gusta? Si supiera este que este cuerpo serrano se ha criado a base de garbanzos y lentejas...

—Pide lo que quieras. —responde finalmente Silvia.

—Bien de segundo salmón en dados con fruta confitada y de postre el helado de la casa. Gracias.

El camarero inclina la cabeza y se marcha, dejándolos solos.

—¿Te haces una idea de lo pedante que resultas pidiendo?

—Normalmente a las mujeres les gusta. —se defiende Alejandro.

—A las mujeres que les gustan los puteros. —responde Silvia con maldad.

Alejandro extiende su servilleta sobre sus pantalones y la mira rabioso.

—No me gusta el término putero, prefiero mujeriego o mejor aún... conquistador.

—Lo dejaremos en hombre de calzoncillos fáciles. —responde Silvia tomando la copa y guiñándole un ojo.

—No soy tan malo. Desde luego me alegro de que no te gusten los hombres.

—¿Pooooor?

—Acabarías conmigo.

—Desde luego soy mucha mujer para ti. —responde Silvia a la vez que empieza a toser—. Este vino es bastante fuerte.

—Eso o se te ha atragantado el veneno que tenías en la boca. —replica Alejandro mordaz y devolviéndole el guiño de ojos.

Silvia le saca la lengua, le encanta verlo enfadado porque su aspecto es de lo más sexy, pero tendrá que medir sus palabras, no le conviene enfadarlo y mucho menos excitarse con él.

Capítulo 7

—Me ha gustado cenar aquí. —dice Silvia entusiasmada.

—Si despego y comienzo a ganar comisiones te traeré aquí cuantas veces quieras.

—¿De verdad? —responde Silvia incrédula.

—De verdad. Al menos hasta que encuentres pareja, entonces ya no podré disponer de ti a mi antojo.

—¿O que tú encuentres pareja? —pregunta Silvia mirándolo fijamente llena de curiosidad.

Alejandro toma su copa, le da un sorbo y la mira con tristeza.

—Eso se acabó, no tengo intención de salir con ninguna mujer, me harté de tanto buscar y no quiero romper más corazones. Dios me hizo incapaz de enamorarme y las demás mujeres no tienen la culpa de eso.

—Un poco radical. ¿No te parece? —contesta Silvia asombrada por la respuesta.

—Tú misma si no fueras.... bueno tú misma ya me tienes prejuizado, nunca me darías una oportunidad y básicamente tú eres mi prototipo de mujer. Bella, con carácter indomable, divertida, cuerpo escultural... menuda suerte tendrá la mujer que te conquiste.

Silvia lo mira, es consciente de que se está poniendo colorada pero no puede evitarlo, el hombre perfecto la considera perfecta. Por unos instantes siente el deseo de destrozarse su máscara y contarle la verdad, pero tiene miedo, miedo de que todo sea una farsa y el hombre mujeriego solo busque conquistarla para hacer una mueca más en su revolver, miedo de que él se ofenda por haberle mentado y desaparezca de su vida. Desde que lo conoció en aquellos tiempos ya lejanos de pandillas y universidad, había sentido una fuerte atracción hacia él, pero era demasiado insegura y su fama...

—Será mejor que nos marchemos ya son las doce de la noche y mañana tenemos que trabajar. —dice Alejandro visiblemente incómodo.

—Mañana por la noche Lidia, Pablo y yo vamos a salir por los bares de la zona, si te apetece puedes acompañarnos. —anuncia Silvia esperanzada.

—Los viernes no puedo, tengo una cita.

—Puedes venir después, estaremos hasta tarde.

Alejandro la mira dolido, se levanta, la toma de la mano y se la besa, luego tira con cuidado de ella hasta salir del restaurante.

El viernes a primera hora, Alejandro envía la documentación final a Tom y se relaja. Agarra el móvil y mira de reajo en todas direcciones, como si temiera que alguien pudiera descubrirlo.

—Pronto tendré tu dinero, pero quiero hacerte una oferta mejor. Te pagaré tres mil este mes y tres mil más durante seis meses, si me dejas uno de tus pequeños locales y me consigues un equipo especial. Te envío las especificaciones por correo. ¿Qué me dices?

—Deberías coger esa chatarra y mandarla al desguace. Alejandro, debes aceptarlo y olvidar.

—¡No! —grita Alejandro lleno de cólera—. No pienso olvidarlo, haré lo que tenga que hacer y si descubro que mi tío tuvo algo que ver en el accidente de mis padres se lo haré pagar.

—Está bien amigo. El almacén 47 dentro de cinco días.

—Gracias Pedro.

Alejandro se recuesta en el sillón y mira de reajo a Silvia que tiene apoyados los codos en la mesa y mordisquea un lápiz pensativa. Se gira en el sillón, saca el móvil y activa la cámara, enfoca la pantalla hacia su cara para simular que se va a echar una foto, pero en realidad está girando el móvil todo lo posible para fotografiar a Silvia.

Silvia nota un flash y mira hacia el despacho de Alejandro que parece muy sonriente y de buen humor. Será creído, echándose fotos en horario de trabajo. Menea la cabeza negativamente y sigue trabajando, no todos ganan seis mil euros con un par de llamadas.

A la hora de almorzar Alejandro como de costumbre se marcha al bar de enfrente. Silvia aprovecha y entra en su despacho, pretende coger su móvil y hacer fotos en modo automático hasta gastarle todo el espacio libre en el móvil. Agarra el móvil, selecciona la opción cámara y por error da un dedazo y entra en la galería de fotos. Ante ella se muestra la última foto tomada, una foto de ella misma mordisqueando un lápiz. Deja el móvil en el escritorio y regresa a su despacho desconcertada. ¿Por qué la habrá fotografiado? No entiende nada.

Lidia agarra del brazo a Silvia y entran en el despacho de Alejandro, que las mira divertido.

—Alejandro esta noche nos vamos a dar una vuelta por los bares del barrio. ¿Por qué no te vienes? —pregunta Lidia.

Silvia evita mirarlo directamente y él se percata, por lo que la mira con mayor intensidad y curiosidad.

—Tengo una cita y no sé cuánto tiempo me llevará. Tal vez otro día. — contesta Alejandro sonriendo con ojos dulces.

Lidia agarra a Silvia y tira de ella fuera del despacho.

—Tú te lo pierdes.

Silvia se queda mirándolo, mientras Lidia la arrastra hasta los ascensores, hoy no regresará a casa con Alejandro.

Nada más entrar en el ascensor Lidia mira a su amiga, no es tonta ni está ciega, algo le pasa y teme saber lo que es.

—¿Qué te ocurre?

Silvia la mira y baja la vista. No quiere responder, parece una niña pequeña tratando de ocultar un secreto sin éxito.

—Estuve con él en Séptimo cielo.

—¡Pero eso es fantástico! —exclama eufórica Lidia.

—No si él cree que eres lesbiana y te confiesa que no quiere salir con ninguna mujer nunca más. Es como si él fuera gay y yo lesbiana.

Lidia se ríe a carcajadas al escuchar las ocurrencias de su amiga.

—Con la diferencia de que él no es gay y tú tampoco eres lesbiana. No seas tonta, ¡Ataca!

—¿Pero cómo? —pregunta Silvia confundida.

—Con lo único que los hombres no pueden competir con nosotras. Sensualidad, ponlo a cien, excítalo... —responde Lidia con picardía.

La idea de excitar a Alejandro, sentir sus manos rodeando su cuerpo mientras sus labios se posan en su cuello... ¡Aaaaah! ¡Sí, lo haré!

Capítulo 8

Alejandro entra en el cementerio, camina con pesar hasta el panteón de sus padres, saca una llave del bolsillo y abre la puerta. Eso fue lo único que no le quitó su tío, la posibilidad de visitar a sus padres. Cierra la puerta tras de sí, se acerca hasta las lápidas de sus padres y contempla las fotos que descansan en el frío mármol, deposita un beso en cada una y apoyado contra la pared, se deja deslizar hasta el suelo mientras las lágrimas se derraman y el dolor oprime su garganta hasta no poder más.

Lidia se sienta en un taburete junto a Silvia, en una esquina del Pub, mientras Pablo está en la barra pidiendo sus bebidas. Choose your Battles de Katy Perry resuena por los pequeños altavoces del local, el ambiente está algo cargado, la gente charla animadamente en sus mesas y alguna pareja aprovecha la luz tenue para darse un beso fugaz. Lidia no deja de hablar de Pablo, que de repente parece haber dejado de ser el aburrido banquero y convertirse en algo así como Jason Bourne, pero nada de lo que le cuenta consigue zafarla de la mirada triste de Alejandro, de aquella noche en que lo pilló llorando, que le agradeciera un simple beso... ¿Tan mal se siente? ¿Y por qué le echó una foto? ¿Para qué la querrá?

Después de un par de rondas de cerveza, Martini y vino, todos se muestran más abiertos y llenos de júbilo. Lidia da un beso a Pablo que aún se corta con esas muestras de cariño en público, pero no puede evitar sonreír, los dos parecen muy felices y Silvia siente una pequeña punzada en el corazón. ¿Sería posible que Alejandro hubiera cambiado y llegara a amarla?

—¿No es ese Alejandro? —pregunta Lidia sorprendida.

Silvia abre los ojos como platos y mira hacia donde le señala Lidia. Sentado a la barra está él con la mirada posada en un tubo de cerveza, con la corbata aflojada y el pelo algo alborotado, desde luego no parece él, no tiene ese toque de conquistador que cuida su aspecto hasta el aburrimiento, parece más bien un hombre desahuciado. Silvia se baja de su taburete y deja a Pablo y Lidia que ya se han acaramelado otra vez, ya carga tanto besito. Camina hasta Alejandro esquivando a la gente que entra y sale del local. Cuando llega

hasta el banquillo que ocupaba Alejandro este ha desaparecido, su cerveza sigue allí pero ni rastro de él. Decepcionada se gira dispuesta a volver sobre sus pasos cuando lo ve, apenas a un metro de ella, mirándola con aquellos ojos azules, impenetrables y sensuales.

—Alejandro.

Él se acerca lentamente como si temiera ser rechazado, la toma de la cintura y la atrae hacia él. Silvia no puede articular palabra, aunque tampoco es que tenga claro qué podría decir. Él la abraza, la besa en la mejilla y le susurra al oído.

—Por favor, no me preguntes, pero abrázame. —le suplica Alejandro que trata de contener las lágrimas.

Silvia acaricia su espalda y guarda silencio, mientras Alejandro la abraza con delicadeza, como si se tratara de su mayor posesión. Ella le aporta paz, es como un antídoto que cura su dolor.

—¡Ojalá pudiera amarte! —piensa Alejandro—.

Silvia lo mira a los ojos, turbada, dolida por no poder calmar su sufrimiento y por haberle mentido. Él comienza tímidamente a sonreír.

—Gracias por ser mi amiga.

Silvia sonríe con tristeza, no es esa precisamente la relación que le gustaría tener con él, pero es un comienzo.

—Pablo y Lidia están aquí. —informa Silvia que no soporta que los demás lo vean en ese estado, ni siquiera sus amigos.

—En ese caso será mejor que me arregle un poco. Voy al servicio. ¿Me esperas aquí? —pide Alejandro con ojos suplicantes.

—Sí. —responde Silvia emocionada ante la necesidad que él siente de estar con ella.

Cinco minutos después, Alejandro cruza la puerta del servicio, con su corbata anudada, su chaqueta bien estirada, su pelo perfectamente peinado y esa sonrisa de pícaro sinvergüenza que la cautiva hasta la locura.

Alejandro la coge de la mano y le da un beso en la mejilla.

—Gracias por esperarme.

Silvia asiente con la cabeza. Es agradable sentir su mano, caminar por el estrecho pasillo del local como si fueran una pareja. Se arrepiente de haberlo llamado mujeriego y cosas peores, no se imaginaba que él pudiera ser tan tierno y vulnerable, no podía creer que dijera la verdad... no buscaba ser un conquistador... solo buscaba a la mujer que le hiciera temblar. ¿Sería ella esa

mujer?

Pablo salta del taburete en cuanto ve acercarse a Alejandro, le estrecha la mano y comienza a charlar con él. Lidia mira a Silvia con expresión anonadada, ¿Cómo puede un hombre cambiar de aspecto tan radicalmente en cuestión de minutos? Estaba hundido y ahora parece haber salido de una fiesta.

Por la noche ya en casa, Alejandro se quita la chaqueta y la corbata, desabotona su camisa y sale a la terraza. Se agarra a la barandilla de metal y respira profundamente. No puede creer que después de dos años por fin se sienta agusto con alguien, nunca pensó que pudiera tener una amiga de verdad, alguien en quien confiar, con quien estar. No puede evitar pensar en ese instante en que la abrazó, su olor, la suavidad de su preciosa cara, sentir su cuerpo delicado y sensual.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta Silvia pillando por sorpresa a Alejandro que se pone colorado.

—Sí, gracias. Me gusta tu terraza, podría pasarme aquí todo el día.

—¿Porque te gusta mi decoración o porque es la zona más amplia de mi piso?

—Ambas cosas. —responde Alejandro sonriendo—. Sabes, por fin encuentro algo positivo al hecho de haber perdido mi fortuna.

—Pues ya me dirás que tiene de bueno tener poco dinero. —pregunta Silvia contrariada apoyándose en la barandilla.

—Si fuera rico no habría acabado viviendo contigo... —Alejandro la mira dulcemente por unos instantes y regresa la mirada al frente—. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. No sé como explicarlo pero cuando me siento mal, solo con estar cerca de ti... provocas en mí ilusión y ganas de vivir. Sé que suena egoísta, pero me gustaría que no encontraras pareja en mucho tiempo, para de esa forma poder pasar más tiempo contigo.

Silvia lo mira, se acaba de quedar en estado catatónico, el hombre más guapo que ha conocido en su vida, le acaba de dedicar unas palabritas que le han provocado que las piernas le tiemblen y sea incapaz de pronunciar palabra.

—Voy a ducharme y luego a la cama. Gracias de nuevo Silvia.

Reuniendo todas las fuerzas que le quedan, Silvia se despega de la barandilla y se queda mirándole.

—¿Gracias por qué?

—Por no rechazarme cuando te pedí que me abrazaras, entiendo que no me conoces lo suficiente y eso te haya resultado incómodo.

—No te preocupes, ha sido un placer sentir tu cuerpo, digo tus manos, digo abrazarte. Bueno te robo el baño, yo me ducho antes. —dice Silvia avergonzada pasando junto a él y corriendo hacia el baño.

Alejandro se la queda mirando mitad divertido, mitad confundido.

Capítulo 9

El sábado sobre las doce de la mañana, de muy mala gana los dos deciden ir al Carrefour, la nevera está vacía y hay que comer.

Alejandro aparca el coche y siguiendo las órdenes de Silvia busca un carrito de la compra, no es algo que le agrade, él nunca hizo la compra, tenía sirvientes que se ocupaban de esas cosas.

Silvia es como un huracán, arroja cosas al carro mientras él se limita a intentar no empotrar el carrito contra las estanterías.

—Estos carros deberían pasar la ITV o algo así, se van para los lados y casi me estrello con la estantería de las latas de comida. —dice Alejandro enfadado.

Silvia se ríe y sigue mirando las ofertas, le resulta de lo más divertido comprar con él y sobre todo no estar sola. Entonces tiene una idea o mejor dicho una proposición que hacerle.

—Alejandro, se me ha ocurrido algo. Cuando vivía con Lidia yo me encargaba de la comida, cocinaba y también preparaba los tupper con comida para el trabajo. ¿Te gustaría que hiciera lo mismo contigo? Eso sí, tendrías que pagarme un extra aparte del alquiler.

Alejandro la mira con los ojos muy abiertos, como si acabaran de informarle sobre un gran misterio que pudiera cambiar el rumbo de la historia de la humanidad.

—¿No tendría que cocinar, ni romperme la cabeza con la compra? ¿Solo acompañarte al supermercado? —pregunta Alejandro sin poder creerlo.

—Sí, solo acompañarme al super y ya está. Ya no tendrás que comprar tu almuerzo en ningún bar. ¿Qué me dices?

—¿Dónde tengo que firmar? —responde Alejandro esbozando una gran sonrisa.

—Bueno, lo primero deshazte de todo lo que has echado al carro y empecemos la compra de nuevo. ¡Madre mía solo habías echado latas de comida y salchichas!

—Son nutritivas. ¿No? —responde Alejandro titubeando.

Silvia menea la cabeza negativamente y suspira, ¡Qué hombre!

Después de una larga cola, consiguen pagar la compra y regresar al parking.

Alejandro mira el maletero de su Bmw, intentando hacer un tetris con la compra, pero antes de que llegue a decidirse Silvia ya ha comenzado a soltar bolsas en el maletero.

—Cuidado no pongas la sandía sobre mi maletín de cuero...—Silvia la deja caer sobre el maletín—. Bueno parece que ahí está bien. —dice Alejandro pasándose la mano por la cara desesperado—. Menudo pestazo se va a quedar en el coche con el pescado. ¡Aaaah!

—Nenaza.

—¿Qué me has llamado? —pregunta Alejandro divertido.

—Nenaza. N E N A Z A. ¡Ay su cochecito nuevo que huele peste! ¡Ay que no coge todo! ¡Cuidado con la tapicería! ¡Nenaza! —grita Silvia exasperada.

—Te agradecería que dejaras de gritar, nos están mirando.

—Me da lo mismo. ¿Qué vas a hacer para callarme?

—Te daré un beso. —dice Alejandro en tono amenazador.

—No me gustan los tíos, ya te lo dije.

—Yo no he dicho que sea un beso por placer, será un beso para callar esa boca.

—Pues ni tú ni nadie me va a hacer callar.

Alejandro arroja la última bolsa al maletero, agarra a Silvia y la calla con un beso. Silvia se queda con los ojos abiertos, no puede creer que se haya atrevido, pero los ojos no tardan en cerrársele, que labios más suaves tiene Alejandro. Él se aparta, intenta mantener su aspecto desenfadado, pero el beso le ha afectado.

—Te lo advertí. Ahora sube al coche o lo repito.

Silvia lo mira sin hablar y dudando si seguirlo o desobedecerle para que la vuelva a castigar. Pero no debe, se le va a ver el plumero y como se entere de que no es lesbiana se va a enfadar y mucho.

Silvia entra en el coche, se coloca el cinturón y pone cara de enfadada. Alejandro la mira de reojo y se lleva las manos a la cara, vuelve a bajar las manos y las deja en su regazo, pero finalmente se gira hacia Silvia y le acaricia la mejilla con delicadeza.

—Lo siento, me he pasado, no volveré a hacerlo.

—¡No te preocupes sé que solo es una broma! —responde Silvia sin darse cuenta de lo extraño que resulta su reacción.

Alejandro la mira con los ojos muy abiertos, parece más relajado y divertido. Enciende el motor e inicia las maniobras para sacar el coche de la

plaza de parking. Silvia colorada, reacciona, mira por la ventana y cierra los ojos a sabiendas de que ha metido la pata, tendrá que pensar algo. Debería haberse mostrado rabiosa y parecía una niña tonta.

Una vez en casa, Alejandro ayuda a Silvia a colocar la compra siguiendo las estrictas indicaciones de ella, que parece más seria de lo normal. Él la mira incómodo, verla tan seria le mosquea, ¿Estará enfadada todavía por el beso?

—¿Seguro que no estás enfadada?

—No.

—¿Seguro?

—¡Nooooooooooooo! —grita Silvia evitando mirarle—. ¿Enfadada? Si, estoy enfadada pero conmigo, si no te hubiera contado esa puñetera mentira te habría lanzado sobre ese maletero y te habrías enterado tú de lo que es besar. — piensa Silvia.

—¿Dónde pongo los tampones? ¿Y por cierto qué son los tampones? — pregunta Alejandro mirando curioso a Silvia.

—¿No sabes lo que es un tampón?

—No. ¿Debería?

—Pues lee las instrucciones de uso, yo no voy a explicártelo.

Alejandro lee las instrucciones y no tarda en dejar el paquete de tampones sobre la mesa de la cocina.

—Esto... como ya está todo casi guardado, si no te importa voy a ver si consigo sintonizar bien los canales en tu televisión.

—Por supuesto, ya puedes huir. —contesta Silvia sonriendo sin mirarle.

Alejandro se pasa el día en la terraza, trabajando con su portátil, no es una persona que se siente a ver la televisión. Silvia entra en la terraza y le ofrece una limonada bien fría que él no duda en aceptar agradecido.

—Como sigas cuidándome así te secuestraré y no te dejaré salir de mi castillo. —dice Alejandro sonriendo y regresando la mirada a la pantalla del portátil.

Silvia da media vuelta, entra en el salón y se deja caer en el sillón, no puede dejar de pensar en sus palabras y en lo sucedido la noche anterior.

—Por mí enciérrame hoy mismo. —piensa Silvia lanzando un gran suspiro—. ¿Por qué lo habré complicado todo?

Capítulo 10

Mes de julio comenzando la temporada de verano.

Viernes

Alejandro la acompaña a casa y después de una ducha y cambiarse de ropa, acude a su cita ineludible. Silvia no puede evitar estar celosa. ¿Con quién se citará todos los viernes? ¿Habrá conocido a otra mujer? ¿Irán en serio? Ladea la cabeza y se queda mirando la calle, apoyada sobre la barandilla de la terraza contempla como el Bmw de Alejandro se aleja por la calle. Suena el timbre de la puerta y Silvia se anima, Pablo y Lidia como todos los años han acudido a su cita para montar la piscina portátil y por la noche barbacoa. Se frota las manos pletórica, llena de energía y felicidad, le encanta su celebración veraniega.

Alejandro deposita unas rosas en un florero del panteón y tal y como acostumbra se sienta en el suelo de mármol, la temperatura es agradable y la compañía inmejorable, al menos para él. Cierra los ojos y rememora los buenos tiempos, un recuerdo se cuela en su cabeza como si de un virus se tratara. Silvia se incorporó a su pandilla, parecía tan tímida en cambio Lidia era un terremoto, revolucionó al grupo con sus continuas propuestas de fiestas y viajes. En una ocasión alquilaron una furgoneta y Silvia se sentó junto a él, fue el mejor viaje de su vida, apenas si hablaron pero su sonrisa lo cautivó. Aquel día varios chicos intentaron conquistarla pero todo fue inútil y ahora él sabía el por qué.

Abrió los ojos y miró al frente, uno de los cuadros preferidos de su padre que fue instalado en el panteón estaba torcido. Se levantó y lo enderezó, nada más hacerlo un sobre cayó al suelo. Extrañado se agachó, lo cogió y lo abrió. Solo contenía una pequeña tarjeta con algo escrito, "No estás solo".

—¿No estoy solo?

Lidia ayudada por Pablo alzó y encastró el último soporte, la piscina ya estaba montada, solo quedaba conectar la manguera para llenarla y ajustar la

depuradora. Silvia tenía las manos con los dedos entrelazados sobre el pecho, le emocionaba ver su piscina casi lista. Menudas noches había pasado en ella, que de risas, que de charlas succulentas y ahora la compartiría con Alejandro. Se llevó un dedo a la boca, podía sentir escalofríos solo de pensar en los dos metidos en la piscina por la noche a la luz de la luna, sintiendo sus cuerpos mojados y suaves...

—¡Silvia despierta! —le grita Lidia sonriendo—. Prepara las bebidas y trae el saco de carbón para que Pablo vaya preparando la barbacoa.

Sobre las nueve de la noche, Alejandro entra en el piso y se queda sorprendido al ver la piscina y a sus tres amigos de barbacoa. Se acerca a la puerta y los mira divertido.

—¡Vaya os lo montáis bien! —dice Alejandro mirando la barbacoa.

—También los pobres sabemos divertirnos. —responde Silvia con malicia.

Alejandro le dedica una mirada arrebatadora, sus ojos azules la penetran con su intensidad, mientras sus labios apretados le indican que le gustaría darle unos azotes por ser una niña mala. Silvia se pone colorada y hace como que está moviendo la carne en la barbacoa. Lidia tiene claro la tensión que se está generando entre sus dos amigos y se preocupa de que al final la cosa acabe mal entre ellos.

—Tú ya puedes cambiarte de ropa, te quiero en bañador y ayudándome con la comida ¡Ya! —ordena Pablo.

Alejandro se cuadra y lo saluda al más puro estilo militar.

Lidia y Silvia, se ríen y se alejan de la barbacoa, caminan hasta la piscina, suben la pequeña escalerilla y saltan dentro. No es una piscina enorme, de forma cuadrada tiene unas dimensiones de unos tres metros de largo y dos de ancho y un metro de alto, en uno de los lados tiene una especie de asiento que va de lado a lado, ideal para quedarse allí sentado fresquito durante horas.

Alejandro no tarda en regresar con un bañador corto, tanto Lidia como Silvia se quedan con la boca abierta nada más verlo, su cuerpo atlético y bien definido las deja sin palabras.

—¿Pablo cuándo me has dicho que te ibas a apuntar al gimnasio? —dice Lidia mirando fijamente a Pablo que luce algún kilito de más en el abdomen.

Pablo suspira y sigue moviendo las chuletas. Alejandro se acerca a Pablo y comienzan a hablar, sobre que especia echarle a la carne. Silvia mira a Lidia y sonrío, a sabiendas de que ninguno de los dos tiene la más mínima idea sobre

cocina.

—¡Está buenísimooooo! —dice Lidia sentada en el asiento interior de la piscina y sin dejar de mirar el trasero de Alejandro.

—La verdad es que sí, la de cosas que haría con él si pudiera. —responde Silvia que ya acusa un buen calentón. Demasiado tiempo sin catarlo le está pasando factura.

—Yo que tú haría algo, no te puedes perder ese cuerpo. —añade Lidia ya visiblemente alterada—. Creo que esta noche voy a darle a Pablo el revolcón de su vida.

Silvia se ríe a carcajadas y Lidia no tarda en reírse también ante la burrada que acaba de decir. Alejandro se gira y les dedica una sonrisa, aunque en el fondo está más que seguro de que están hablando de él.

—¡Chicas a comer! O salís de la piscina o comemos sin vosotras.

Las dos chicas ya hambrientas salen de la piscina rápidamente y corren hasta ellos en busca de provisiones. Alejandro está preparando los platos con chuletas, chorizo y costillas, se gira para entregárselos a las chicas y casi se le caen los platos. Lidia es un bombón, pero Silvia... verla en bikini con ese escote pronunciado... esa cintura... esas piernas largas y...

—¡Alejandro! ¿Piensas entregarnos los platos esta noche o tendremos que esperar a mañana? —pregunta Silvia hambrienta.

—¿Qué? Digo sí... perdonad.

Las chicas cogen los platos y se sientan a la mesa, donde siguen charlando. Pablo prepara su plato y Alejandro toma el suyo, los dos se acercan a la mesa y como es natural Pablo se sienta junto a Lidia. Alejandro suelta el plato en la mesa y se sienta junto a Silvia. Al sentarse sus cuerpos se rozan y sentir el cuerpo mojado de ella, lo excita sobremanera, no quiere ni mirarla, no puede creer que el gran conquistador esté sufriendo un ataque de timidez. Alejandro relájate, recuerda que a ella no le gustan los hombres... ¡Joder pero a mí si me gusta ella!

—¿Alejandro qué tal está la carne? —pregunta Pablo.

—¿Qué carne? —responde Alejandro confundido por los pensamientos lascivos que le asaltan—. ¡Ah perdona! Está deliciosa.

Lidia mira a Silvia y esta evita mirarla directamente, también ella se ha excitado al sentir el cuerpo semidesnudo de Alejandro.

La noche avanza y después de cenar y una larga charla en la piscina, la velada toca a su fin. Alejandro ayuda a Silvia a recoger la mesa, los dos

parecen algo tensos en especial Alejandro, al que le resulta una auténtica tortura verla en bikini.

Silvia termina de limpiar la mesa de la terraza y apaga la depuradora de la piscina mientras él lava los platos. Cuando Alejandro sale de la cocina choca con Silvia, sus cuerpos se encuentran y las sensaciones se multiplican por ambos lados. La suavidad de su cuerpo, su bikini húmedo y sexy... Alejandro no puede más, da las buenas noches a Silvia y se enclaustra en su dormitorio.

Nada más entrar, después de secarse a conciencia, deja el bañador en el suelo a un lado de la habitación y se acuesta en la cama completamente desnudo, no tarda en quedarse dormido pero por culpa del cansancio no se da cuenta de que ha dejado la puerta entreabierta.

Silvia sale del cuarto de baño envuelta en una toalla, dispuesta a acostarse cuando ve la puerta de Alejandro abierta, cosa que le extraña porque él acostumbra a cerrar con cerrojo. Se acerca para cerrarle la puerta y queda impactada al verlo sobre la cama desnudo. No sabe qué hacer, una parte de ella desea cerrar la puerta pero otra desea acercarse y verlo con detenimiento, disfrutando al máximo de la visión de su cuerpo. Entra en la habitación y se asusta cuando Alejandro se gira quedando boca arriba. Silvia siente como su cuerpo se excita, sus pechos se endurecen y su sexo se humedece, no debe estar allí pero no puede moverse, está como hipnotizada. Su cuerpo tiembla y decide arriesgarse, deja caer la toalla al suelo y se acuesta junto a él. Se acerca lentamente y lo besa, luego envalentonada al ver que él no se despierta se desliza por su cuello hasta llegar a su pecho, disemina un reguero de besos por aquel cuerpo que tanto desea, continúa descendiendo hasta llegar a su miembro. Es una locura pero no puede parar, agarra su virilidad con suavidad y lentamente comienza a succionarlo llena de deseo. Alejandro se estremece aún en sueños, arquea la espalda y de forma instintiva comienza a acariciar la espalda de Silvia, que siente un deseo irrefrenable por amarlo. Alejandro se despierta y no puede creer lo que ve.

—¿Silvia?!

Silvia deja de succionar y lo mira con los ojos llenos de deseo, aunque la sombra del rechazo la recorre con temor.

—¿Te acuerdas cuando me pediste que no te preguntara pero que te abrazara? —pregunta Silvia con voz temblorosa.

—Sí. —responde Alejandro.

—Déjame amarte... sin preguntas...

—¿Pero yo creía que... mi cuerpo no te atraía? —replica Alejandro sin salir de su asombro.

—Hoy te necesito. —contesta Silvia en tono de súplica.

Ella vuelve a succionar su miembro, recorriéndolo con la lengua y provocando un inmenso placer en él. Pero Alejandro decide que si ella puede torturarlo, él hará lo mismo. Se desliza hasta sus muslos y los recorre con la lengua, Silvia jadea excitada y él continua su avance hasta su sexo que lo recibe húmedo y sedoso. Su lengua se abalanza sobre su clítorix, acariciándolo con maestría, Silvia no puede más, demasiado tiempo sin ser amada, el orgasmo la recorre transportándola a un mundo ya olvidado de placer. Aumenta la succión sobre su miembro y Alejandro acaba llegando al clímax, un clímax que nunca alcanzó con ninguna mujer. Silvia se levanta de la cama y se aleja de él sin decir nada, atrás queda un Alejandro conmocionado por un acto lleno de deseo que no puede comprender.

Capítulo 11

A la mañana siguiente Alejandro sale del dormitorio, le sorprende el olor a churros y chocolate que invade todo el piso. Silvia sale de la cocina con una bandeja, con un cucurucho lleno de churros y dos tazas de chocolate.

—¿Esperas a alguien para desayunar? —pregunta Alejandro .

—A ti, tenemos que hablar. —responde Silvia de lo más críptica.

Alejandro vestido con solo un pantalón corto, la sigue hasta la terraza y ya empieza a ponerse malo, al verla vestido con una camiseta larga y unas braguitas, por el movimiento de sus pechos queda claro que Silvia no lleva sujetador. Se acaricia el pelo con nerviosismo, no entiende nada pero no está seguro de poder aguantar esa tortura.

Silvia le acerca una taza de chocolate y coge un trozo de la rueda de churros, mientras lo devora contempla a Alejandro que parece evitar su mirada. Está tan guapo así en plan tímido, dan ganas de saltar sobre él y hacerle de todo y más.

—Soy consciente de que en estos momentos debes estar confundido. ¿Cómo una lesbiana pudo hacer eso? Lo cierto es que como te dije a parte de unos besos, nunca llegué a más con un hombre y me corroe la curiosidad de saber que se siente, si me gustaría o me provocaría repulsión.

—¿Te provocó repulsión lo que te hice? —pregunta Alejandro agustiado.

—No. Me gustó, aunque claro tenía los ojos cerrados y pensaba que era como hacerlo con una mujer.

—Pero lo que tú hiciste conmigo no podrías hacerlo con una mujer.

—Lo sé y aún así me gustó. Por eso me gustaría proponerte algo, puedes negarte por supuesto.

—¿Proponerme?!

—Me gustaría que hicieras conmigo lo que normalmente haces con otras mujeres.

Alejandro que acababa de dar un sorbo a su taza de chocolate, se atraganta y comieza a toser hasta ponerse rojo. Silvia lo mira y pone los ojos en blanco, para ser un mujeriego es bastante cortado.

—¿Estás loca, somos compañeros de piso? No creo que eso sea buena idea. Lo mejor es que te busques novia y te olvides de esa locura.

—Si no es contigo será con otro, no pienso quedarme con la duda.

Alejandro siente como si su estómago se retorciera al escuchar que otro pueda tocar su cuerpo y ensuciarlo con un deseo sucio y lascivo... sin amor. Pero amarla como a una mujer le aterra, porque si como amiga ya la aprecia ¿Qué podría sentir hacia ella después de hacerlo? ¿Qué haría con sus sentimientos cuando ella se hartara de experimentar con él como si de una cobaya se tratara? En cualquier caso no permitiría que otro la tocara, total ninguna mujer había conseguido enamorarlo ¿Por qué ella sería diferente? Lo más probable es que después de acostarse con ella todo volviera a la normalidad.

—Está bien, lo haré. Trataré de que sea lo menos traumático para ti. —dice Alejandro.

Traumático acostarme con el hombre más guapo y sexy, menudo placer. "Corazón roto y a por otro", esas palabras se repiten en su mente, ojalá pudiera confesar... ¿Pero cambiaría eso algo? ¿Acaso no ser lesbiana provocaría en él el deseo de amarla locamente? Silvia lo dudaba seriamente.

—Hay una cosa más. —anuncia Silvia.

—No veo que más pueda haber. —dice Alejandro bebiendo un poco más de chocolate.

—Soy virgen.

Alejandro tira la taza y vuelve a toser, ahora sí que no puede más, se pone colorado y la mira sin saber qué decir.

—Lo tendré en cuenta. —acierta a decir Alejandro recogiendo los trozos de porcelana del suelo—. Cuándo quieres empezar. ¿Cómo debería llamarlo? ¿Tus clases de sexo con hombres?

—Esta noche. —susurra Silvia.

—No, lo mejor será dejarlo correr un tiempo. Lo haremos el sábado que viene. Confía en mí, lo prepararé todo.

—Está bien. —contesta Silvia disimulando su fastidio.

La semana pasa volando, Alejandro recibe la documentación con el cierre de operación y Román le adelanta la comisión. Su vida empieza a despegar pero tiene otra operación en mente con un Broker bastante reacio a negociar un

nuevo proveedor de petróleo. Si lo consigue sus beneficios podrían ser superiores a los dos millones de euros al año, no tiene alternativa necesita dinero.

Agarra el móvil y llama a Pedro, es consciente de que debe de estar impaciente.

—Ya era hora de que me llamas, está todo listo tal y como pediste. ¿Y mi pasta?

—Acabo de hacerte el ingreso en tu cuenta de las Caimán, no quería llamarte sin antes cumplir. —responde Alejandro girándose en el asiento y guiñando un ojo a Silvia que en ese momento estaba mirándole.

—Mandaré a alguien para que te deje las llaves del almacén. —dice Pedro en tono frío.

—No te he dicho dónde trabajo. —replica Alejandro tenso.

—No me subestimes, tengo mis recursos. Si cumples los pagos no volveré a molestarte.

—Cumpliré. —responde Alejandro colgando y dejando el móvil sobre el escritorio.

Silvia entra en su despacho y le deja el tupper con la comida y un termo con café encima del escritorio. Alejandro sonrío al ver la comida y le dedica su sonrisa torturadora.

—Lidia y yo vamos a almorzar al parque de aquí al lado, puedes venir con nosotras si quieres.

—¿Interrumpir las conversaciones de dos amigas? Demasiado peligroso, además si voy no podréis criticarme. —añade Alejandro riendo.

—Serás creído, no todo gira en torno a ti. —protesta Silvia.

—Dime que no habéis hablado de mí a mis espaldas todo este tiempo y me callo. —replica Alejandro en tono desafiante.

Silvia le saca la lengua y se marcha, dejando a Alejandro pensativo y recordando lo traviesa que fue esa misma lengua no hace mucho.

Con el nuevo horario de trabajo de nueve de la mañana a tres de la tarde, la vida cobra un nuevo fulgor. Silvia se pasa las tardes en la piscina con Lidia y alguna que otra vez con Pablo, Alejandro sin embargo suele desaparecer y no regresa a casa hasta muy avanzada la noche, lo que comienza a preocupar a Silvia.

Lidia chapotea como puede en la pequeña piscina, salpicando a Silvia que

no para de protestar con que no le moje el pelo. Las dos no paran de cotillear sobre los compañeros de oficina y por supuesto sobre Alejandro, aunque Silvia no le ha contado nada de su encuentro hot con él.

Alejandro entra en el pequeño local, enciende la luz y ante él aparece el coche de sus padres, iluminado por cuatro focos montados sobre un pie metálico. El local tiene el suelo de mármol y las paredes blancas, la luz se refleja y le permite apreciar hasta el último detalle. Resulta extremadamente doloroso ver el coche destrozado, aún se puede apreciar las manchas de sangre en el interior. Alejandro apoya las manos sobre lo que queda del techo del vehículo y suspira.

—Sé que ocultas la verdad y me la revelarás aunque tenga que desarmarte pieza a pieza.

Acerca una mesa al chasis y coloca sobre él un portátil, coge un cable que tiene diferentes conexiones a cada extremo del mismo y conecta la conexión hdmi al pc, luego las pinzas que cuelgan del otro extremo a la centralita del coche. Lleva días intentando encontrar un error en la diagnosis del sistema, pero nada parece estar mal dentro de lo que cabe. No encuentra nada que pudiera haber provocado el accidente.

Pasa el test de nuevo y espera paciente a que termine pero el resultado es el mismo. Se lleva las manos a la cabeza exasperado, frustrado por no conseguir nada. Un escalofrío recorre su espalda al pensar que sus padres tal vez tuvieron un accidente, que no fueron asesinados... no puede creer que sus padres lo hubieran engañado todos estos años. Tal vez hartos de ver como perdía el tiempo con mujeres y vicios caros, decidieran desheredarlo. Camina hasta la entrada, apaga las luces y cierra con llave, tal vez haya llegado el momento de tirar la toalla y admitir la realidad.

Sube al coche y cuando se dispone a arrancar, ve un sobre anclado entre el limpiaparabrisas y la luna delantera. Abre la puerta y coge el sobre, lo abre y otra tarjeta. "Sigue buscando".

Se apoya contra el coche y mira en todas direcciones a sabiendas de que el que lo ha colocado allí ya estará muy lejos. ¿Pero quién le deja esos mensajes tan extraños?

A Silvia se le ilumina la cara cuando ve entrar a Alejandro, sus ojos se encuentran y él no puede remediar que también se alegra de verla. Camina

hasta la terraza y se apoya contra la puerta.

—Mis chicas favoritas. —dice sonriendo.

—¿Por qué no te cambias y te unes a nosotras? —sugiere Lidia que no quiere perder la oportunidad de verlo ligerito de ropa.

—Claro, me vendrá bien hacerme unos largos en la piscina olímpica de Silvia. —responde Alejandro con sarcasmo.

Silvia se acerca al borde de la piscina y le indica con el dedo para que se acerque. Alejandro obedece y una vez a tiro, Silvia comienza a tirarle agua con las manos dejándolo calado hasta los huesos.

—Eso para que me chulees. —dice Silvia disfrutando el momento.

Alejandro la mira tenso, se ha quedado pálido al sentir el agua fría por todo su cuerpo, pero no tarda en reaccionar. Se afloja la corbata, se quita los zapatos y salta dentro de la piscina, Silvia grita y trata de huir pero es inútil no hay escapatoria. Alejandro la coge en brazos y sus miradas se encuentran hasta crear un fuerte magnetismo que solo se rompe cuando él la sumerge bajo el agua. Lidia no para de reírse, ver a Alejandro vestido con el traje dentro de la piscina, resulta cómico y la cara de su amiga no tiene desperdicio, mezcla de rabiosa y sorprendida. Alejandro sale de la piscina, se quita la ropa hasta quedar en bóxer, estruja el pantalón, luego la camisa y finalmente la chaqueta, ante la mirada libidinosa de las dos mujeres.

—Me siento observado. —dice Alejandro sin mirarlas directamente.

—La culpa es tuya, si no estuvieras tan bueno no te miraríamos. —responde Lidia con una sonrisa de oreja a oreja.

Alejandro suspira resignado y después de guiñarle un ojo, atraviesa la terraza y entra dentro del piso.

—¡Joder qué bueno está! —exclama Lidia.

—Tía contrólate un poco que tienes novio. —le reprehende Silvia.

—Me da igual, es que no se puede aguantar. Pero tranquila que mi Pablo es mi Pablo, además a ver si te crees que él no mira a otras.

Las dos se ríen, no tienen remedio. Dentro del piso se escucha a un nivel bastante alto Acdc, las dos se quedan mirando.

—No sabía que le gustara el rock, lo hacía más blandito como mucho Maroon 5. —dice Lidia.

—Pues parece que no lo conocemos también como creíamos. —responde Silvia burlona.

El viernes por la noche, Alejandro se dispone a desarmar los focos y

desconectar el portátil, es inútil no encuentra nada anormal. Pero una idea surge en su mente, conecta la diagnosis y selecciona el sistema de frenos. El resultado tarda unos minutos, todo parece normal excepto una leve diferencia en los marcadores de uno de los frenos de disco. Corre hasta una estantería y saca un aparato eléctrico que recuerda a los escanners de mano de los aeropuertos. Regresa hasta el coche y después de activarlo comienza a pasarlo por las ruedas, una a una todas producen el mismo sonido metálico en el escanners, hasta que llega a la rueda derecha delantera, allí el sonido es diferente. Alza la plataforma sobre la que descansan los restos de vehículo, agarra un destornillador eléctrico y retira los tornillos, saca la rueda y la deja caer al suelo tras de sí. Con una linterna inspecciona el freno de disco, todo parece normal pero aquella leve diferencia sonora indica que en ese lugar algún componente metálico era diferente. Desmonta el disco y después de comprobar que todo es correcto lo tira al suelo, revisa los manguitos y oculto tras los anclajes del freno encuentra una pieza que no debería estar allí. Es cilíndrica y estaba adherida magnéticamente. La coge con cuidado, se levanta del suelo y camina hasta el portátil. Conecta un escaner pequeño y escanea la pieza, luego saca el móvil.

—¿Otra vez tú? —pregunta Pedro.

—Te acabo de enviar una imagen. ¿Puedes decirme lo que es?

—Un momento. ¡Joder! Hacía tiempo que no veía uno de estos. Es un bloqueador, lo suelen usar para anular el sistema de frenos si se coloca uno de estos en cada rueda.

—¿Pero si lo conectaran a una única rueda parecería un accidente? ¿Verdad? —pregunta Alejandro nervioso.

—Así es. ¿Dónde lo encontraste?

—En una de las ruedas del coche de mi padre. —responde Alejandro.

—Esto se pone feo. Sabes que puedes contar conmigo, dame un nombre y es historia.

—Gracias Pedro, pero nada de armas.

—Tú mismo.

Alejandro cuelga y guarda el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Lo sabía. Sabía que vuestra muerte ocultaba algo y sobra decir quién es el culpable, solo una persona ha salido beneficiado.

Por la noche Alejandro regresa a casa y se sorprende al ver que Silvia está

en la terraza poniendo la mesa.

—Hoy cenamos en la terraza. ¿Pero qué has estado haciendo? Tienes toda la cara manchada de grasa, ya te puedes dar una ducha y bien rápido que tengo hambre.

—Sí señora, lo que usted ordene. Mi sargenta.

—De sargenta nada, coronela como mínimo y ya estás perdiendo el tiempo.
—dice Silvia sonriendo.

Capítulo 12

Silvia sirve un plato de ensaladilla rusa a Alejandro, que lo toma encantado. Ella se sirve otro plato y se sienta a la mesa, está nerviosa pronto llegará ese día especial y él no le ha contado nada al respecto. ¿Se le habrá olvidado?

—¿Qué tal el día? Últimamente pasas todas las tardes fuera de casa. — pregunta Silvia devorada por la curiosidad.

—Bueno, estoy visitando clientes, estoy harto de comisiones modestas voy tras una operación que podría cambiarlo todo.

Silvia lo mira, no le gusta la idea de que él vuelva a montarse en el dólar y se aleje de ella.

—¿Entonces imagino que pronto dejarás el piso y te comprarás una gran casa?

—Si eso ocurriera. ¿Te gustaría venir a vivir conmigo a mi gran casa? — pregunta Alejandro sonriendo.

—Para qué, estoy bien en mi piso. Buscaría otro inquilino y ya está.

Alejandro toma una porción de ensaladilla con el tenedor y se la lleva a la boca, menudo corte se acaba de llevar, pero desde luego bien merecido. ¿A quién se le ocurre hacerle esa proposición?

Silvia evita mirarle, le encantaría irse a vivir con él pero ¿Con qué excusa?

—¿Qué tienes pensado para lo que hablamos? —pregunta Silvia poniéndose colorada.

—No te voy a decir nada. ¿Prefieres en mi dormitorio o en el tuyo?

—En el mío. —contesta Silvia con tono tajante.

Alejandro sonrío, aunque por dentro tiene miedo, tanto convivir con ella le está haciendo bajar la guardia y es tan bella que duda si podrá hacerle el amor y luego actuar como si no le importara.

El sábado por la mañana después de hacer la compra, Alejandro se marcha hasta el local, desea revisar algunos datos en el ordenador. De camino piensa en lo que ocurrirá esa noche, la primera vez de ella, increíble que con veinte y seis años siga siendo virgen, no deja de sorprenderle, aunque claro dada su condición...

Aparca el coche en la entrada del local y se queda mirando la puerta que está abierta. Con cuidado la empuja con la mano y trata de ver si hay alguien,

pero está demasiado oscuro. Entra y enciende la luz, comprueba con alivio que no hay nadie. Pero encima del portátil hay otro sobre. Lo coge y rasga un lateral, saca la tarjeta y lee.

"Ella miente"

—¿Ella miente? —se pregunta Alejandro confundido—. ¿Quién es ella y por qué le miente?

Silvia deja la comida preparada y corre hasta la piscina, el calor es abrasador y el piso sin aire acondicionado parece una sauna. Alejandro abre la puerta del piso, está cansado y consumido por las misteriosas notas. Deja caer la chaqueta sobre el sillón y sale a la terraza, donde Silvia no deja de mirarlo con curiosidad.

—¿Te pasa algo?

Alejandro la mira, no sabe si debería contarle nada. ¿Sería buena idea? Se remanga y mete la mano derecha en el agua, jugando como un crío con las ondas de la superficie.

—Algo te preocupa, puedes contármelo. —dice Silvia acercándose a él y mirándolo con preocupación.

—Tengo el coche de mis padres en un local.

—¿Qué? ¿El coche en que tuvieron el accidente? —pregunta Silvia impactada.

—Sí. Siempre sospeché que no había sido un accidente y ahora tengo pruebas que lo confirman. Bloquearon el freno de la rueda delantera derecha. He realizado una recreación por ordenador y todo cuadra, mi padre no pudo hacer nada. ¡Los mataron Silvia! ¡Los mataron! —contesta Alejandro llorando amargamente.

Silvia lo abraza empapándolo, pero a él no parece importarle porque la necesita.

—¿Fue... tu tío? —pregunta Silvia temerosa.

—¿Quién si no podría desear su muerte? Me he quedado solo por la avaricia de un bastardo.

—No estás solo... me tienes a mí y bueno también a Lidia y a Pablo. — Silvia baja la mirada.

Alejandro alza la barbilla de Silvia y la mira con ojos llenos de amor. Cruel juego del destino, que me muestras a la persona que desearía amar y que nunca podrá amarme.

—Nunca soñé poder tener una amiga como tú. —dice Alejandro mientras se

aleja hacia el interior del piso.

Silvia se queda en las piscina rota, maldiciendo haberle mentido. Ahora está segura de que él decía la verdad, es un hombre bueno que solo trataba de encontrar el amor verdadero y ahora no sabe como confesarle la verdad sin perderlo, Alejandro es un hombre muy orgulloso.

Por la tarde Silvia está nerviosa, no deja de pensar en que en cuestión de horas se acostará con él. ¿Pero y si se le ha olvidado? Parece tan preocupado y después de descubrir lo que les ocurrió a sus padres...

Camina hacia la terraza, se quita la camiseta y la deja sobre una silla. Alejandro está dentro de la piscina con los ojos cerrados, parece dormido y parece un ángel, un ángel que la hace estremecer. Con cuidado de no despertarle se introduce en la piscina, se sumerge bajo el agua para mojarse la cabeza y cuando emerge, allí están esos ojos azules clavados en ella con su terrible sonrisa que la hace enloquecer.

—Hola preciosa.

Silvia se sienta junto a él y trata de contener lo que siente, desea hablar sobre lo de esa noche pero no le salen las palabras.

—¿Ahora eres tú la que parece preocupada?

—Creo que deberíamos dejar para otro momento lo de esta noche, dada tu situación. —dice Silvia mirándole tratando de discernir cual es su estado.

—No, yo siempre cumplo mi palabra. Pero quiero que me prometas dos cosas.

—Sí. Lo cumpliré.

—Aún no sabes qué te voy a pedir. Podría ser que me compraras un chalet en la sierra. —contesta Alejandro inclinando la cabeza hacia ella y dedicándole una sonrisa que la derrite.

Silvia lo mira con seriedad y se limita a sacarle la lengua. Alejandro se contiene para no abrazarla y devorar esa lengua viperina que tanto le excita.

—Lo primero, no le contarás a nadie que has perdido tu virginidad conmigo y la segunda... entiendo que a ti no te atraen los hombres y que mi cuerpo no te afecta, pero a mí me gustan las mujeres y mucho y no puedo soportar que te pasees por el piso en camiseta y ropa interior. ¡Por favor viste de forma más adecuada!

Silvia echa la cabeza hacia atrás y se ríe divertida por sus palabras, al Don Juan le excita verla ligerita de ropa. Pues piensa seguir torturándole mientras pueda.

—Trataré de cumplirlas pero no te prometo nada.
Alejandro ladea la cabeza y lanza un bufido, la adora.

Por la noche Silvia se perfuma y se ajusta el camisón de lino negro, su tacto sedoso es sumamente agradable. Alejandro vestido con unos pantalones cortos y una camiseta ajustada se acerca al dormitorio de Silvia y se estremece al verla con el camisón, se lleva las manos a la cabeza y apoya la espalda contra la pared. ¿Qué vas a hacer Alejandro, qué vas a hacer? Respira profundamente y se queda plantado en la puerta.

—Silvia necesito que salgas de la habitación un momento.

Silvia lo mira extrañada y curiosa, parece reacia pero le obedece y deja el dormitorio, camina hasta la terraza y se apoya en la barandilla. La noche es oscura y agradablemente fresca, está tensa, no deja de cometer locuras, pero no puede evitar la atracción que no deja de crecer.

Alejandro coloca un altavoz y conecta su smartphone con una lista de música entre la que destacan baladas de Katy Perry. Abre una bolsa y comienza a colocar velas por todo la habitación, luego rocía el ambiente con un perfume de rosas, por último abre una bolsa y comienza a arrojar pétalos rojos de rosa por toda la cama. Contempla la escena con tristeza, quiere que sea un momento agradable para ella, pero le consume que no será algo real para él. Solo será una herramienta para cumplir un fin.

Sale del dormitorio, con las bolsas vacías en la mano y las arroja a su dormitorio, luego camina hasta la terraza. Silvia se gira y lo mira con ojos llenos de deseo. Alejandro la mira, por un instante hubiera jurado que ella le deseaba, pero es imposible.

—Ha llegado el momento preciosa. —dice Alejandro ofreciéndole la mano que ella toma sin dudar y juntos caminan hasta el dormitorio.

Cuando ella ve el dormitorio decorado con velas de colores y la cama plagada de pétalos, sus ojos se humedecen. La fragancia a rosas resulta embriagadora y algo dentro de ella se rompe al pensar que él lo ha dado todo para que ella no sufra y su relación sexual con un hombre no sea traumática. Reprime sus deseos de llorar y lo mira llena de amor, amor sí, ya no puede negar lo que siente. ¿Pero sentirá él lo mismo?

—Es precioso lo que has hecho. —dice Silvia.

—Solo quiero que sea lo más agradable posible. Tengo un antifaz para que así no me veas y puedas imaginar que se trata de una mujer, aunque claro habrá

cosas que no se podrán obviar.

—No es necesario. —susurra Silvia que desea tenerlo ya sobre su cuerpo y sentir su agradable olor sobre su piel.

Alejandro se quita la camiseta y el pantalón lo que le deja completamente desnudo, deja un preservativo sobre la mesita. Silvia se queda mirándolo y con voz temblorosa le susurra.

—No es necesario usar protección, tengo algunos desarreglos con la regla y mi doctora me recetó la pildora.

Alejandro siente un escalofrío, eso ya es demasiado, sentirla con contacto total sin barreras.

Silvia agarra la parte baja de su camisón y tira de él hasta sacarlo por encima de su cabeza, lo deja caer al suelo y se acerca desnuda hasta Alejandro que la mira atónito.

—Eres tan bella... —acierta a decir.

—Puedes besarme. —dice Silvia.

—Pensé que te daría asco hacerlo. —confiesa Alejandro abatido.

¿Asco besar los labios más bellos y sedosos que una mujer pueda soñar? Silvia se abraza a él y lo besa con dulzura, hasta que los dos tiemblan.

Alejandro se abandona al destino y la besa apasionadamente, sus lenguas juegan su particular danza del deseo. Él tira de ella hasta la cama y la obliga a tumbarse. Sus besos avanzan por el cuello de Silvia, acercándose peligrosamente hasta sus pechos que se endurecen fruto de la excitación, sus pezones se yergen demandando atención y él no duda en complacerlos. Sus labios los aprisionan y su lengua los humedece, ella jadea excitada, ahora es ella la torturada. Alejandro sustituye su boca por su manos y continúa descendiendo hasta su vientre dibujando una estela de besos hasta llegar a su sexo, que ya lo espera consumido por el deseo. Ella se retuerce y sus jadeos son cada vez más fuertes y continuos. Ha llegado el momento, se acerca a su boca y la besa.

—¿Preparada?

—Sí.

Silvia mueve sus caderas y abre sus piernas para permitirle el avance hacia su intimidad. Alejandro introduce su miembro en su sexo con delicadeza, provocando un doloroso espasmo en ella. Empuja con algo más de fuerza y una vez rota su virginidad, comienza a moverse de forma delicada pero más rítmica. La tortura comienza al sentirse dentro de ella en lo más íntimo, unidos.

El placer es indescriptible, nunca una mujer provocó esas sensaciones en él, trata de ser delicado pero no puede más, sus penetraciones se hacen cada vez más intensas hasta que Silvia se abraza a él clavando sus uñas en su espalda, el orgasmo la llena y él no tarda en llegar al final. Silvia no puede remediar dejar escapar unas lágrimas, ha sido perfecto. Alejandro se queda quieto oliendo su pelo, degustando su cuerpo que tal vez nunca más vuelva a disfrutar. ¡Maldito destino que te burlas de mí!

Capítulo 13

Alejandro se aparta a un lado, le dedica una sonrisa triste y se levanta de la cama, recoge su ropa del suelo y abandona su dormitorio. Entra en su cuarto y cierra la puerta con pestillo, luego camina hasta la cama y se deja caer. Las lágrimas lo abordan, sus padres asesinados y por si eso no fuera bastante está locamente enamorado de una mujer que nunca amará a un hombre. Agarra las sábanas retorciéndolas entre sus manos, mientras sus lágrimas invaden la cama.

Silvia no puede dejar de recordar lo que ha pasado, nunca pensó que la primera vez pudiera ser tan especial. Tiene que encontrar la forma de arreglar las cosas, se arriesgará, le contará la verdad y suplicará su perdón si es necesario.

A la mañana siguiente Alejandro se levanta, se ajusta el bañador y abre la puerta de la habitación.

—¡AAAh! —grita Alejandro al ver justo en el marco de la puerta a una mujer bajita, de pelo castaño y ojos verdes que lo mira fijamente.

—¿Tú quién eres? —pregunta la señora.

—Alejandro, vivo aquí.

—No, de eso nada, aquí vive Lidia.

—Ya no, se marchó y yo alquilé la habitación. —explica Alejandro sin saber por qué está siendo sometido a interrogatorio por una extraña.

La mujer deja de mirarlo y se aleja, Alejandro entra de nuevo en la habitación para buscar una camiseta, coge una de color negro de un cajón, se la pone y se gira dispuesto a salir de la habitación.

—¡AAAH!

La mujer como surgida de la nada está otra vez frente a él.

—¿Tú eres el que se está tirando a mi hija?

—¿Su hija?

—Silvia. ¡Zoquete! —responde enfadada la mujer.

Alejandro mira a la mujer, parece tener unos sesenta y pico años, pelo castaño, ojos verdes y un carácter borde, está claro que tiene razón, es la

madre de Silvia—. ¡Silvia, te importa venir un momento! —Alejandro sonrío incómodo a la mujer que continúa mirándolo mal.

Silvia acude corriendo, se agarra a la cintura de Alejandro y le da un beso en la mejilla.

—Perdona amor, se me olvidó decirte que mi madre venía a vernos este domingo.

Alejandro observa como la mujer se aleja en dirección a la terraza y comienza a mirar las macetas.

—¿Amor? ¿Tu madre? Hago las maletas y me voy ahora mismo. Avísame cuando se marche. —responde Alejandro que está flipando en colores.

—No puedes hacer eso, necesito que te quedes.

—¿Y que me de un infarto? Harías bien en ponerle un par de cascabeles a tu madre. —responde Alejandro iracundo.

—Cuando le dije que Lidia se había marchado y que vivías conmigo, es tan cerrada de mente que tuve que decirle que eras mi novio.

—Si lo sabía, ¿Por qué mencionó a Lidia y no creía que yo viviera aquí?

—Mi madre es muy desconfiada y a veces parece que le falte un tornillo.

—Le acabo de decir que alquilé la habitación de Lidia. ¿Cómo puede creer que somos novios si dormimos por separado?

—Le he metido un rollo, de que preferíamos ir despacio y tener nuestra intimidad.

Alejandro se lleva las manos a la cabeza y se atusa el pelo nervioso. Lo que le quedaba, fingir ser novio de una lesbiana que tiene una madre insoportable y lo peor de todo... está loco por Silvia.

—¿En serio quieres que me haga pasar por tu novio?

—Sí. Te lo compensaré.

—¿Y dónde dormirás tu madre?

—En mi cuarto y yo contigo.

—¿Qué?

—Solo se quedará una semana.

—¿Una semana?! —exclama Alejandro aterrorizado.

La mujer entra en el cuarto de Silvia y reaparece minutos después con un bikini muy estrecho con braga tanga. Alejandro mira a Silvia mientras sufre un escalofrío, ver aquel cuerpo envejecido con ese bikini que tapa bien poco lo hace estremecer.

Silvia se ríe a carcajadas ante la expresión de horror que muestra Alejandro.

—Vale lo haré, pero que sepas que solo pienso aparecer para comer y dormir. —contesta Alejandro malhumorado.

En la piscina Silvia reprehede a su madre por el bikini, pero es inútil no hay quien pueda con ella.

—Me da igual lo que digas, odio los bañadores, no quiero marcas en mi cuerpo y a los del pueblo les encanta verme así.

—¿Mamá, te refieres a los abuelos salidos del hogar del pensionista?

—Ya quisiera ese niñato con el que sales tener la mitad de virilidad que esos abuelos. Se toman una viagra y se les arranca el motor... no veas la caña que te menten.

—¡Mamá por favor..! —protesta Silvia asqueada.

—Bueno al lío, ¿Te trata bien ese pavo? Mira que como se ponga tonto le parto una maceta en la sesera.

—Es un encanto, cuando lo conozcas mejor me darás la razón.

—Seguro... por los cojon..

—¿Qué dices mamá?

—Que seguro que no has comprado melocotones.

—No, se me olvidó. Mañana por la tarde le pido a Alejandro que nos lleve al centro comercial.

—¿Tiene coche?

—Sí, claro.

—Bueno por lo menos ese zopenco servirá de algo.

—Mamá, pórtate bien con él o te meto en un asilo.

—¿Serás capaz de hacerme eso con lo que yo te quiero?

—No cuela, sé lo manipuladora que eres.

—Dita sea, niños malcriados de hoy en día no respetan a los ancianos inocentes e indefensos.

Silvia se ríe, aunque está deseando que llegue la noche para compartir cama con Alejandro. Un portazo deja claro que Alejandro no piensa pasar el día con ellas.

Llega la hora de almorzar y Alejandro sigue sin dar signos de vida, Silvia da por sentado que no regresará hasta bien entrada la noche. No puede

culparlo, le ha pedido demasiado.

—Niña tu nene si no va a comer podía haberte mandado kuasac, yo tengo hambre.

—¿Un kuasac?

—¿No sabes lo que es un kuasac? Un mensajito de esos que pones caras raras y charlas con la gente.

—Eso es un wassapp.

—Lo que yo decía un kuasac. —responde su madre ceñuda.

Silvia sonríe, en el fondo se alegra de tenerla allí aunque no puede contarle nada, se siente arropada.

Después de comer, aprovecha que su madre se ha quedado dormida viendo la tele y sale a la terraza, marca el teléfono de Alejandro y espera.

—¿Dónde estás?

—En mi local, investigando. Por cierto ¿Cómo se llama tu madre?

—Malena.

—¿Vendrás a cenar?

—Lo siento, prefiero no ir. No tengo nada contra tu madre, pero tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —pregunta Silvia dolida.

—Hay cosas de mí que es mejor que no conozcas, lo digo por tu bien. Tengo que dejarte. ¡Hasta la noche!

—Hasta la noche. —responde Silvia casi en un susurro.

Por la noche Alejandro entra en el piso, se pueden escuchar los ronquidos de Malena a leguas. Entra en el cuarto de baño y se desnuda, deposita toda la ropa sobre un mueblecito y se mete en la ducha, resulta de lo más relajante sentir el agua fría sobre su cuerpo tenso. Apoya las manos contra la pared y se abandona bajo el chorro de agua. Un hedor lo saca de sus ensoñaciones, huele fatal como si se hubiera roto alguna cañería, algo que no es de extrañar teniendo en cuenta la antigüedad del edificio.

¡Puuuuf! ¡Prrrrrrrrr! ¡Puuuuufffff! ¡Cloock, cloock! Alejandro se queda muy serio preguntándose qué serán esos ruidos. Abre un poco la cortina y ve a Malena sentada en el wc haciendo sus necesidades, ella lo mira y él recuerda que está desnudo, se tapa con la cortina, resbala y cae a la bañera golpeándose la cabeza con fuerza. Silvia se despierta al escuchar un fuerte golpe, corre

hasta el baño y encuentra a su madre levantándose del wc, en la bañera, la cortina de plástico está rota y bajo ella se adivina una forma humana. Se lleva las manos a la boca, temiendo lo que va a encontrar.

—¡Mamá! ¿Por qué has entrado en el baño si estaba ocupado?

—Que fácil decirlo, si tuvieras mi edad y te dieran unos apretones de miedo no pensarías así.

—Termina y vete. —ordena Silvia a su madre.

Malena se baja el camisón y sale del baño, quejándose. Desde la bañera, Alejandro gruñe. Silvia retira la cortina con cuidado y contempla su mirada furibunda, ella sonrío nerviosa.

El lunes por la mañana Alejandro se viste rápido, nunca había tenido tantas ganas de ir a trabajar. Desde la cocina Malena los increpa harta de esperar. Alejandro mira a Silvia.

—¿Tu madre que se levanta como las gallinas a las cinco de la mañana? —pregunta Alejandro fastidiado.

Silvia sonrío y tira de él hacia la cocina, donde su madre ya ha preparado café y ha dispuesto una bandeja con roscos caseros.

Alejandro se sienta y mira los roscos, huelen muy bien acerca la mano para coger uno y Malena lo mira mal. Silvia que se percata, agarra un rosco y se lo entrega a Alejandro, que dedica una mirada desafiante a Malena. Algo así como. ¡Jódete que he conseguido mi rosco! Malena lo mira con cara de. ¡Ojalá te atragantes!

Después de devorar los roscos y tomar el café, Silvia se despide de su madre. Alejandro coge una botella de agua del frigorífico y camina hacia la puerta de la cocina.

—A lo mejor me quedo más de una semana. —dice Malena apurando su taza de café.

—¿Es una amenaza? —pregunta Alejandro asustado.

Malena lo mira con cara de juez a punto de condenar, pero en cuanto Alejandro se marcha sonrío.

—Me cae bien este capullo.

Capítulo 14

Alejandro mira el reloj, se acerca el momento. Guarda el móvil en el bolsillo y sale de su despacho, por el camino sonríe a la recepcionista que está tomando un café junto a la máquina de Nespresso.

Toma el ascensor y baja hasta el parking, una vez cerca del coche, mira en todas direcciones y saca una mochila del maletero, entra en el asiento trasero y se cambia de ropa. Cierra el coche y sale del parking vestido como un repartidor de Correos.

Camina por la calle durante más de diez minutos, el despacho de su tío no queda lejos y hoy es el día que suele dedicar a visitar a sus clientes más influyentes. Desde que le arrebató la empresa de exportaciones de su padre, no le falta ni el dinero ni el trabajo.

Entra en el edificio, saluda al conserje que lo mira sin interés. Sube las escaleras hasta la primera planta y toca al timbre del despacho. Una muchacha de apenas dieciocho años le abre la puerta, su físico es una ventaja, la chica no tarda en esbozar una sonrisa.

—Perdone señorita. Estoy buscando al señor Fernando Balboa, traigo un paquete urgente.

—Aquí es, pase por favor.

La chica bordea una mesa y le hace señas para que se acerque, Alejandro mira hacia el pasillo interno donde se encuentra el despacho privado de su tío.

—Aquí tiene el paquete, una firma en esta línea y listo. Esto... me da vergüenza confesarte esto, pero llevo toda la mañana bebiendo agua y necesito ir al servicio. ¿Te importa?

—En ese pasillo, la puerta color crema. —dice la chica dándole un repaso de arriba abajo.

Alejandro sonrió y camina hacia el pasillo, abre la puerta del servicio y con cautela camina hacia el despacho de su tío. Rápidamente saca una microcámara y la coloca en un cuadro tras el escritorio, luego saca un transmisor minúsculo y lo deja caer en el lapicero. Suena el timbre de la puerta, Alejandro corre hasta el servicio y cierra la puerta. No tarda en escuchar la voz de su tío que, acompañado de alguien, entra en la oficina y habla con la secretaria. Alejandro abre la puerta y saca una cápsula gris, la

frota con fuerza contra sus manos y esta comienza a calentarse, se asoma al pasillo y ve a su tío de espaldas, aprovecha y lanza la cápsula al despacho. Diez segundos después la cápsula se funde y libera un humo que no tarda en llegar hasta el pasillo. Alejandro cierra la puerta y espera. Su tío y el otro tipo entran dando voces en el despacho, lo que le da la oportunidad de escapar. Camina con decisión hasta la puerta de salida, cuando una voz lo reclama.

—Olvida su carpeta con la documentación del envío. —dice la chica sonriendo.

—Gracias, no sé dónde tengo la cabeza.

Alejandro esboza una sonrisa, se acerca a la mesa, recoge la carpeta y abandona la oficina.

—Objetivo cumplido.

Después de recoger a Silvia en el trabajo, regresan al piso. Silvia se va directa a la ducha y Alejandro se queda en mitad del salón, no se escucha ningún ruido, será posible que la Malena se haya largado a dar un paseo.

—¡Toma echa esto al cesto de la ropa sucia que no sé dónde está! —le grita Malena.

Alejandro agarra al vuelo la ropa sucia y camina de mala gana hasta la cocina, abre el armario donde está el cesto y justo en ese momento repara en lo que lleva en las manos, la ropa interior de Malena.

—¡Aaaargg! ¡Qué asco! —grita Alejandro arrojando la ropa al cesto y cerrando la puerta asqueado—. Necesito lavarme las manos con lejía ¡Ya!

Después del almuerzo, Alejandro y Silvia deciden darse un chapuzón en la piscina. Él sonríe por primera vez desde que su madre llegara al piso y Silvia respira aliviada, hasta que ve a su madre entrar en la piscina. Alejandro mira a Malena. ¿Al menos no lleva el bikini? Malena por orden imperativa de Silvia, lleva puesto un bañador rojo de lo más discreto. Alejandro opta por cerrar los ojos y tratar de dormir o al menos fingir dormir. Silvia no tarda en empezar a hablar con su madre sobre los sitios que quiere visitar, algo que a su madre no parece importarle mucho, a ella le gusta más chincharlo a él.

—Este zoquete se ha quedado dormido. —dice Malena señalando a Alejandro.

—Mamá por favor, déjalo en paz o te llevo a la estación de autobuses ahora

mismo. —reprehende Silvia.

—Por favor, que lo haga, que lo haga, no te cortes Silvia. —piensa Alejandro.

Diez minutos después Alejandro abre los ojos y se queda sin palabras, Silvia no está y Malena lo mira con cara de pocos amigos.

—Te advierto que me caes fatal y no veo bien que salgas con mi hija. —dice Malena ceñuda.

—En cualquier caso, no es decisión suya y pienso seguir con su hija. — responde Alejandro sin titubear.

—Pues te haré la vida imposible. —amenaza Malena esbozando una sonrisa llena de maldad.

—No veo cómo, no me das ningún miedo. Para tu hija serás un ángel pero para mí eres una bruja y si sigues fastidiándome te advierto que yo también se jugar a ese juego.

—Muy bien, pues estamos en guerra. —declara Malena.

Alejandro observa como Malena se contrae, su expresión es sospechosa y cuando al cabo de unos segundos un olor llega a él, comprende lo que ha pasado.

—¡No lo puedo creer, serás cochina, te has meado en la piscina! —grita Alejandro levantándose y abandonando la piscina de un salto.

Nada más tocar el suelo húmedo, resbala y rueda por la terraza hasta chocar con la mesa y las sillas.

—¡Has hecho pleno como en los bolos, te lo has llevado todo por delante! —grita Malena riendo.

—Has ganado la batalla pero no la guerra. —sentencia Alejandro lleno de rabia.

Silvia mira a Alejandro sin comprender qué ha pasado, lo agarra del brazo y lo obliga a detenerse.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Silvia preocupada.

—Nada, a parte de que tu madre me odia y por cierto yo que tú no me bañarías. Tu madre acaba de teñir el agua de amarillo.

Silvia furiosa suelta el brazo de Alejandro y corre hasta la terraza, su madre se va a acordar de eso durante mucho tiempo. Alejandro entra en su dormitorio, rebusca en una maleta y saca un tubito que contiene un polvo gris, se asoma a la puerta y comprueba que las dos mujeres siguen en la terraza, luego entra en el dormitorio de Silvia, ahora de Malena y abre los cajones de

la cómoda hasta dar con su ropa interior, una vez localizada comienza a esparcir el polvo entre las prendas. Luego se despide de Silvia sin ni siquiera mirar a Malena y se marcha.

Por la noche, Alejandro regresa después de cenar en un pequeño restaurante Wok cercano. Nada más llegar, Silvia corre a su encuentro, está muy asustada.

—Alejandro, mi madre no se encuentra bien, le pica mucho sus partes y le han salido manchas rojas.

Alejandro sonríe, entra en la cocina, abre el frigorífico y saca una botella de gaseosa, regresa al salón y se la entrega a Silvia, que le mira sin comprender.

—Que se rocíe con gaseosa, en una hora le habrá desaparecido el picor y las manchas. —dictamina Alejandro.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Silvia lo mira extrañada, corre a su dormitorio en busca de una toalla limpia para impregnarla con la gaseosa y ayudar a su madre. Malena mira a Alejandro con expresión ceñuda.

—¿Cómo sabes tú que eso se cura con gaseosa?

Alejandro se acerca hasta Malena que está sentada en el sillón, se inclina y le guiña el ojo.

—Lo sé y punto.

Malena se lleva las manos a la cara horrorizada.

—¡Has sido tú! —grita Malena—. Me has echado algo.

—Se llama esencia de raidina, es muy útil para fastidiar a abuelas con mala leche.

—¿Me estás llamando abuela?

—¡No, te voy a llamar chiquilla! Pero si quieres te puedo llamar vieja cotilla, meona o arpía si lo prefieres.

—¡Eres un maleducado! —le grita Malena.

—Un maleducado que se ha bañado en tu orín, vieja cochina.

—Te voy a hacer la vida imposible, zopenco.

—Perfecto, a ver quién gana, pero te advierto que tengo muchos recursos para fastidiarte. Un día haré que te corten la luz en tu casa, otro no cobrarás la pensión, al siguiente lanzaré un rumor en el pueblo...

—¿No serás capaz? —pregunta Malena intimidada.

—A partir de este momento, me vas a tratar mejor que a tu hija, mi palabra

será ley para ti y como me fastidies lo más mínimo...

—¡Vamos mamá! —grita Silvia desde el baño.

Malena se levanta del sillón, mira a Alejandro ceñuda y maldice por lo bajo de camino al baño.

Alejandro se ajusta la corbata y sale a la terraza, le apetece tomar el aire y disfrutar de su victoria contra la falsa suegra. ¡Joder, no tengo ni novia y ya me las tengo que ver con suegras!

Un par de horas después Malena se va a la cama y Silvia entra en el dormitorio de Alejandro frotándose los ojos.

Él espera a que ella se haya dormido para acostarse, no sabe qué hacer, para ella él solo será un mueble pero ella lo enciende.

Entra en el dormitorio y cierra la puerta, se desnuda hasta quedar en bóxer, hace algo de calor y Silvia se ha acostado en ropa interior. Alejandro se muerde los labios, excitado, ¿Cómo le gustaría hacerle el amor? Pero eso no va a ocurrir, no son novios de verdad. Se echa en la cama y se queda de lado, pasa un brazo bajo su cabeza y no puede evitar mirarla, duerme dulcemente, ignorante del tormento que provoca en él. Las horas pasan y no puede dejar de mirarla, ¿Cómo puede ser tan bella?

Capítulo 15

El martes por la mañana Alejandro inicia un programa espía con el que monitoriza la cámara y graba el sonido obtenido desde el micro que instaló en el despacho de su tío. No escucha nada interesante y ver a su tío le repugna. Conecta un auricular diminuto y se lo coloca en la oreja, como si de un audífono se tratara. Minimiza la pantalla del programa y comienza a realizar llamadas de trabajo, necesita más pasta si quiere recuperar su estatus.

Alejandro no consigue hablar con nadie que vaya en serio, todo son tanteos para averiguar sus precios e intentar saltarle para conseguir sus proveedores. Necesita contactar a Roberto Muriel, el broker más famoso del país y a la vez el más terrible negociador. Por fortuna el tenía sus propios proveedores, los de Román eran demasiado comunes y con poca oferta. A su jefe no le importa que use proveedores ajenos a la empresa mientras le genere beneficios sin mover un dedo.

—Celebraremos la fiesta un sábado en la mansión, quiero que todo esté listo para entonces. —escucha Alejandro desde el audífono.

Alejandro tiene una idea, agarra el móvil y llama a la mansión de su tío, la mansión que fue de sus padres, la mansión que le arrebató.

—¿Dígame?

—Buenos días. Mire le llamo de Cerrajerías Martínez, tenemos el encargo de reparar el cierre de una caja fuerte modelo CR2000.

—No tengo constancia de que la caja fuerte del señor esté averiada. — responde una voz que Alejandro reconoce como la de Adolfo el mayordomo de la familia.

—Mire, me ha llamado a primera hora de la mañana gritando y montándome un follón, de manera que no me maree. ¿A qué hora me paso?

—En cualquier caso nuestra caja fuerte es una Reminton 500 no una CR2000. —responde el mayordomo sin perder la compostura.

—Bueno, pues dígame al señor Sabadell que en una hora estamos allí.

—Aquí no vive ningún señor Sabadell. —responde cortante el mayordomo.

—¡Maldita sea! —exclama Alejandro fingiendo sorpresa—. Disculpe, la maldita secretaria se ha confundido y me ha dado un teléfono erróneo. —dice

Alejandro.

Ahora sabe el modelo de caja fuerte que tiene su tío, el muy hijo de perra ha sustituido la caja fuerte de su padre. Ahora debe planear a conciencia su próximo objetivo, robar el contenido de esa caja fuerte, allí estará el testamento y quizás algo que le inculpe en el asesinato de sus padres.

Silvia golpea su mesa enfadada, de buena gana agarraba el monitor del ordenador y lo estrellaba contra el suelo. Acaba de borrar el archivo con el presupuesto para la reforma de la nueva sede de la empresa. Alejandro se reclina en el sillón y la contempla con curiosidad, cuando está enfadada aún le parece más guapa. Al ver que ella se lleva las manos a la cabeza y parece abatida, decide acercarse a ver qué pasa.

—¿Qué le pasa a mi novia favorita? —responde Alejandro con sacasmo.

Silvia lo mira entrecerrando los ojos y mirando la grapadora de reojo.

—He perdido un archivo importante, ahora tendré que mandar un correo al constructor y no es de los que contestan rápido.

Alejandro sale del despacho y corre hasta su portátil, conecta un pendrive y carga un programa, luego desconecta el pendrive y corre de regreso al despacho de Silvia, que lo mira sorprendida.

—Déjame tu sitio.

—¿Por qué?

—Quiero sentarme en él para poder bajarte las bragas y hacerte el amor a lo bestia. —dice Alejandro con expresión seria.

Silvia lo mira boquiabierta, no puede creer lo que acaba de escuchar y lo peor es que la ha puesto a cien.

—¡Vamos! Quiero instalar un programa para recuperarte el archivo. ¡Vamos que tengo prisa! —protesta Alejandro—. ¿Cómo se llama el archivo?

—Presupuesto 297.

Silvia se levanta y le deja el asiento libre, él se sienta, conecta el pendrive e inicia un programa que ella no ha visto en su vida. Lo observa teclear en una pantalla negra, hasta que Alejandro cierra el programa y desconecta el pendrive.

—Ya está, lo tienes en el escritorio.

—Si no fueras un imbécil te daría un beso, no sabes el favor que me has hecho. —dice Silvia dando saltos de alegría.

—¿Imbécil? ¿Encima de que te he ayudado me llamas imbécil? —contesta Alejandro enfadado. Camina hasta la puerta pero en lugar de marcharse, cierra la puerta y comienza a echar las persianas, cuando nadie puede verles, se acerca a ella y la mira con ojos seductores.

—Pues ahora me vas a dar ese beso o desde mi ordenador te borro el archivo y esta vez será para siempre.

—Serás cerdo.

—Llámame como quieras, pero quiero ese beso.

—¿Por qué? —pregunta Silvia nerviosa.

—Fácil, sé que te da asco besarme y quiero fastidiarte. —responde Alejandro aún enfadado pero deseoso de recibir sus labios sedosos.

Silvia se acerca, fingiendo estar enfadada pero en realidad se muere por besarlo y mucho más. Tímidamente acerca sus labios y los posa sobre los de Alejandro, luego se separa.

—¿En serio? ¿A esto lo llamas beso? Ahora mismo borro el archivo. — protesta Alejandro.

Silvia lo agarra del cuello y lo besa apasionadamente, hasta el punto de que Alejandro tiene que hacer acopio de todas sus fuerzas para no agarrarla y hacerle el amor salvajemente sobre la mesa.

—Esto, si se te borra otro archivo me avisas. —dice Alejandro separándose de ella con aspecto aturdido.

Silvia comienza a subir las persianas, permanece seria hasta que él sale de su despacho y lo ve alejarse camino de la máquina de café, entonces sonrío como una tonta, pero rápidamente se recompone, no quiere que los compañeros sospechen nada.

Alejandro se prepara un café bien cargado, el beso lo ha dejado mudo. La máquina escupe un vaso de plástico marrón y un chorro de café comienza a caer, cuando el vaso está lleno lo retira con cuidado y lo mueve con una cucharilla que ha cogido del cajón de los cubiertos en la encimera de la cocina de la oficina. Suspira y da un sorbo a su café, puede ver como Silvia está trabajando como si no hubiera pasado nada. Tenía que enamorarse de una mujer a la que no le gustan los hombres. ¡Maldita suerte!

Capítulo 16

El viernes por la tarde Malena coge el móvil nerviosa, su hermano rara vez la llama y ya teme que será para algo malo.

Silvia acompaña a su madre y Alejandro se quita de en medio, se tumba en su cama y se dispone a dormir la siesta.

—¿Qué pasa mamá? —pregunta Silvia consumida por la curiosidad y los nervios.

—Nada, el tonto de tu tío que se ha caído por las escaleras y se ha roto la pierna derecha, me ha pedido que vaya a su casa para ayudarle. El muy tonto, ya se podía haber buscado novia, ahora me toca a mí aguantar sus manías.

—¿Entonces te vas? —pregunta Silvia con tristeza.

—No me queda otra hija, no me queda otra... —responde Malena con fastidio.

Silvia ayuda a su madre a preparar sus maletas y luego mientras su madre sigue con sus cosas, entra en el dormitorio de Alejandro y lo despierta con delicadeza. Él abre los ojos, los vuelve a cerrar y ante la insistencia de Silvia los vuelve a abrir.

—¿Alejandro, nos puedes llevar en el coche a mi madre y a mí?

—Cogeros un taxi. —responde Alejandro cerrando los ojos.

—Es que llevamos varias maletas, a mi madre le ha surgido un imprevisto y se tiene que marchar.

—¿Marchar? —pregunta Alejandro sin abrir los ojos.

—Sí, quiere comprar un billete de autocar para salir esta misma tarde.

Alejandro abre los ojos, se levanta de un salto y comienza a vestirse con rapidez.

—Lo que sea porque se vaya tu madre. No te ofendas, contigo será un ángel pero a mí me está volviendo loco. —dice Alejandro con alegría.

Silvia lo mira ceñuda, sabe que su madre es un incordio pero no le hace gracia que Alejandro se alegre tanto de su partida.

Durante el camino, las dos mujeres no paran de cotorrear y Alejandro sube el volumen de la música varias veces, hasta que Malena le da una colleja para que baje la música.

Veinte minutos después, Alejandro introduce las maletas en el maletero del

autocar y espera pacientemente a que la loca de Malena se monte en él y se largue.

Malena le da dos besos a Silvia y la abraza.

—Mi niña chiquita, te voy a echar de menos. —dice Malena entre lágrimas y Silvia empieza a lloriquear.

Malena mira ceñuda a Alejandro que desvía la mirada hacia otro lado.

—¿Tú qué? ¿No me vas a dar un beso?

Alejandro la mira extrañado y nervioso, pensando que igual trama algo, pero ante la mirada de corderito que le está lanzando Silvia, suspira y le da un beso en la mejilla. Malena le agarra la cara con ambas manos y le da un beso de ventosa en cada moflete.

—Zoquete me lo he pasado en grande contigo, eres el mejor novio que ha tenido mi nena nunca. Cuando vuelva te voy a dar mucha lata, pero te voy a traer un jamón que hace mi vecino que está buenísimo.

Silvia mira a su madre boquiabierta, Alejandro también parece desconcertado. Tal y como es su estilo, Malena agarra su bolso de mano y camina hasta la puerta del autocar dejándolos allí parados con cara de bobos.

—Desde luego tu madre no se puede decir que sea convencional. Pero me ha quedado claro que sales a ella, sois iguales de bordes.

Silvia lo mira furiosa, se lanza contra él dispuesta a darle un tirón de pelos, le saca de quicio que la llamen borde. Alejandro le agarra las manos y tira de ella hasta el aparcamiento, ignorando sus propuestas. Malena al verlos desde el autocar se parte de risa.

De camino a casa, en el coche Alejandro no deja de mirar de reojo a Silvia, está triste, a diferencia de él, ella ya echa de menos a su madre.

—Tu madre me dijo que era el mejor novio que habías tenido. ¿No me dijiste que no habías tenido novios?

—No te di todos los detalles. —responde Silvia mirando por su ventanilla.

—¿En serio eres lesbiana? —pregunta Alejandro.

—Sí. —responde Silvia de forma fría.

—Es que no lo pareces, cuando me miras... como vistes... no sé... pareces muy femenina.

—¿Se supone que tengo que ser menos femenina para acostarme con una mujer?

—Perdona, supongo que esos malditos estereotipos a los que estamos acostumbrados me han hecho dudar.

Silvia agarra el móvil y manda un whatsapp a Lidia.

—Silvia: Me tienes que hacer un favor.

—Lidia: ¿Qué te pica ahora?

—Silvia: Alejandro duda que sea lesbiana.

—Lidia: Pues dile que no lo eres y punto.

—Silvia: NO PUEDO se enfandaría.

—Lidia:¿ Y QUÉ QUIERES QUE HAGA YO?

—Silvia: NO ME CHILLES!!!

—Silvia: Tienes que besarme delante de él.

—Lidia: QUÉEEEE!!! Tu estás loca!!!!

—Silvia: O lo haces o le cuento a Pablo cierta cosilla que tú no quieres que sepa. ☺

—Lidia: Está bien, cuándo? ☹

—Silvia: Esta noche en mi casa, ven sola.

Capítulo 17

Por la noche después de cenar, Alejandro se va a la terraza y coloca su portátil sobre la mesa. Se sirve una copa de vino barato y comienza a trabajar.

Lidia toca a la puerta y Silvia le abre rauda, tira de ella hasta el salón. Alejandro la saluda con la mano y vuelve al trabajo.

—¿Estás segura? —pregunta Lidia.

—Sí.

Las dos se sientan en el sillón, encienden la televisión y se ponen a charlar, pero poco a poco van pegando sus cuerpos hasta que verdaderamente parecen algo más que amigas.

Lidia se coloca de espaldas a Alejandro y Silvia no deja de mirarlo.

—¿Está mirando? —pregunta Lidia.

—No. Espera sí.

Silvia rodea con sus brazos el cuello de Lidia, la echa sobre el sillón y la besa. Alejandro se queda sin palabras, regresa la mirada a la pantalla del ordenador y trata de contener su tristeza. Por alguna estúpida razón tenía la esperanza de que ella no...

—¿No sabía que besaras así? Pero si besas mejor que Pablo. —susurra Lidia con asombro.

—Vale, nos ha visto, ya te puedes marchar, ya te contaré como ha ido.

Lidia no tarda en levantarse, despedirse de Alejandro y abandonar el piso. Alejandro cierra el portátil, se levanta y se apoya sobre la barandilla. Silvia se acerca sigilosa con un par de tubos con ron con cola, le ofrece uno que él acepta y los dos se quedan mirando el firmamento. Alejandro triste y ella aturdida por lo que acaba de pasar.

—Alejandro, lo he estado pensando y me gustó como me lo hiciste, me gustaría repetir.

—Acabo de ver como te dabas un buen beso con Lidia... ¿Y ahora me dices que quieres volver a acostarte conmigo? —pregunta Alejandro sin comprender—. Creo que será mejor que nos limitemos a vivir juntos y nada más.

Alejandro entra dentro del piso y se encierra en su dormitorio. Silvia contiene las lágrimas, todo se está complicando y teme perderle.

Alejandro se pasa toda la noche sin dormir, no puede creer que Silvia sea

tan fría. ¿Cómo puede besarse con una chica y al minuto siguiente proponerle sexo? Y luego era él el cerdo mujeriego.

Se levanta y camina por la habitación, ¿Cómo podría acostarse con ella? Solo verla ya es una tortura, la desea con todas sus fuerzas pero no puede hacerlo, no debe...

El sábado por la mañana los dos se reúnen para desayunar en la terraza. Silvia lo mira intranquila, no le gusta que haya esa tensión entre los dos.

—Lo siento Alejandro, no debí ser tan fría.

—Acepto. —contesta Alejandro dejando a Silvia con la boca abierta—. Pero con una condición. Si tú quieres disponer de mi cuerpo como un mero instrumento de placer, yo haré lo mismo contigo siempre que quiera y no podrás negarte.

Silvia lo mira, solo pensar que a partir de ese momento él pueda hacerle el amor en cualquier momento le provoca una gran excitación, una excitación que debe saber ocultar.

—Trato hecho. —contesta Silvia ofreciéndole la mano.

Alejandro le estrecha la mano. Ya que no puede tener su amor al menos tendrá su cuerpo. Es consciente de que a partir de ese momento ella lo verá como a un mujeriego, el mujeriego que siempre despreció, pero... ¿Cómo explicarle que necesita amarla? Que ha perdido la cabeza por completo y que no puede vivir sin acariciarla y besarla.

Durante la compra en el súper Alejandro se siente más relajado y Silvia suspira algo más tranquila. Pero lo que le intriga es que él quiera hacerle el amor cuando le apetezca. ¿Será por lujuria o porque la desea?

Después de almorzar, Alejandro se despide y se marcha. Silvia queda confundida, ¿Estará enfadado? Se pasa toda la tarde intentando distraerse, leyendo o viendo la televisión, pero no lo consigue. En parte está deseando que se desate la vorágine sexual.

Por la noche Alejandro llega al piso, la saluda cortésmente y entra en su dormitorio para coger su bañador y una toalla, luego entra en el baño y se da una ducha. Silvia prepara la cena y espera a que él termine para preparar la mesa en la terraza. Ambos llegaron al acuerdo de que puesto que él no sabía cocinar, ella lo haría para los dos y él se encargaría de lavar los platos y otras tareas caseras. El trabajo en el piso debía ser equitativo y hasta ahora los dos

habían cumplido su parte.

Alejandro termina de secarse y se ajusta el bañador, se mira al espejo y una mirada triste lo posee. Abre la puerta del baño y camina hasta la terraza.

—¿Cenamos? —pregunta Silvia.

—No tengo mucha hambre, pero dado que te has molestado en hacer la cena y esperarme...

Silvia sonríe, lo coge de la mano y lo lleva hasta la cocina, donde comienza a darle cosas para llevar a la mesa. Alejandro coloca el mantel de plástico, luego los vasos, los cubiertos y Silvia va trayendo la comida, unas brochetas de pescado, patatas fritas con bistec y postre.

—Eres una gran cocinera. Desde que pasó lo de mi padre no te imaginas la basura que he tenido que comer. Acostumbrado a tener cocinero, me vi en la calle sin saber ni freír un huevo.

—¿Y qué comías?

—Básicamente salchichas y pasta hervida con tomate y sal.

—Pues no sé como no te moriste con esa dieta.

—A nadie le hubiera importado. —contesta Alejandro sin levantar la vista del plato.

—Siempre pensé que erais como la realeza, con una gran familia. No me puedo creer que solo tengas a tu tío.

—En realidad tengo otro tío, pero como si no existiera, está en busca y captura.

—¡Dios mío! ¿No será un asesino?

Alejandro la mira divertido, menea la cabeza negativamente y sigue comiendo.

—¿Ahora me vas a dejar con la intriga? No puedes tirar la piedra y luego esconder la mano.

—Es uno de esos que denominan ladrones de guante blanco. Ha robado cuadros, esculturas, falsificado bonos... Lo están buscando desde la Policía Nacional hasta el FBI, pero no dan con él y no me extraña es demasiado bueno.

—¿Te llevabas bien con él?

—Era como mi segundo padre, debido a su trabajo y su fortuna, tenía mucho tiempo libre. Venía a recogerme al colegio y luego nos pasábamos la tarde jugando, encima vivía con nosotros por lo que siempre estábamos juntos. Por cierto... Luego tú y yo tenemos una cita en la piscina. —dice Alejandro con

ojos oscuros.

Silvia sabe a lo que se refiere y siente un escalofrío, lo desea y lo teme a la vez.

Silvia espera en la piscina, está nerviosa, no deja de mirar hacia el salón. ¿Por qué no viene Alejandro? ¿Se habrá arrepentido? Alejandro aparece por el salón dedicándole una mirada extraña. Silvia no puede interpretar su mirada por más que se esfuerza, ¿Sexo, lujuria, deseo, amor, burla...?

Alejandro se introduce en la pequeña piscina, lleva algo en la mano pero Silvia no consigue ver de que se trata hasta que él abre la mano y le enseña un pañuelo negro.

—Te lo voy a colocar en los ojos, supongo que no verme te ayudará a sentir más placer.

Silvia lo mira con los ojos muy abiertos, nunca le han vendado los ojos para hacerlo, ¿Nunca, pero si solo lo ha hecho una vez?

Alejandro le coloca el pañuelo tapando sus bellos ojos, lo anuda y aprovechando que ella no lo puede ver, huele su pelo, su cuerpo delicioso y sexy.

Se quita el bañador y lo deja en un rincón de la piscina, luego se coloca tras ella y desabrocha la parte de arriba del bikini. Silvia se quita la parte de abajo y se la entrega a Alejandro que coloca el bikini junto a su bañador. Se pasa la mano por la cara, ella no puede verlo, pero él está a punto de sufrir un colapso, disfrutar de la visión que le ofrece su cuerpo es demasiado para él.

Alejandro se sienta en el pequeño banco de la piscina y tira de ella hasta sentarla de espaldas sobre él. Silvia contiene un gemido, pero este acaba emergiendo cuando las manos de él comienzan a masajear sus pechos, sus pezones no tardan en ponerse erectos lo que la hace sonrojar. Alejandro besa su espalda, luego su cuello, deleitándose en cada centímetro de su piel, da pequeños y suaves tironcitos en sus pezones que están cada vez más excitados. Silvia se arquea por el placer que siente, todo es tan nuevo para ella, tan excitante. Alejandro lleva su mano derecha hasta su sexo, primero pasa el dorso de su mano por su clítorix, su entrepierna, se enciende cada vez más y no puede evitar acariciar su sexo introduciendo un dedo en su vagina. Ella

gime ya sin contenerse, todo tiene un límite. Mientras su mano derecha se ha apoderado de su sexo, su mano izquierda continúa acariciando sus pechos. Silvia en un movimiento fruto de la excitación deja caer su cabeza sobre el hombro de Alejandro y gira la cara hacia él. Él la mira extasiado, sus ojos se concentran en sus labios carnosos, está tan sensual con los ojos vendados que no puede evitar besarla. Silvia corresponde ese beso con pasión, lo que provoca que Alejandro quede atónito, no sabe qué pensar pero lo que siente por ella lo ciega y sus besos se hacen cada vez más tórridos, sus lenguas se buscan con ansiedad y cuando el momento ya ha superado sus expectativas, Alejandro la obliga a girarse. Silvia se sienta sobre él sintiendo la cálida penetración de su miembro. Los movimientos son rítmicos y todo apunta a que ambos no tardarán en llegar pronto al clímax, demasiada tensión sexual, demasiada novedad para ella. Alejandro se aferra a ella, la coge por los muslos y la levanta apoyando su espalda contra uno de los bordes de la piscina. Silvia se abraza a él con fuerza, mientras aguanta las acometidas de placer que él le brinda. Alejandro escucha como Silvia gime llevada por el placer y él se deja llevar. Es imposible comparar lo que ella le hace sentir cada vez que la toma, con ninguna experiencia anterior. No solo la desea, la ama. La baja hasta que los pies de ella tocan el suelo de la piscina y le retira el pañuelo, luego le ofrece el bikini. Alejandro coge su bañador, se lo pone y abandona la piscina, necesita mantener distancias o acabará confesando lo que no debe confesar. Silvia conmocionada por la experiencia que acaba de vivir con él, se siente dolida por su reacción fría pero la culpa es de ella.

Capítulo 18

El sábado por la tarde Alejandro como ya empieza a ser una costumbre, está fuera de casa. Silvia intenta ver una película en televisión, el típico rollo dramático que dices: "Vaya película más absurda," pero te la tragas entera. Una mosca se cuelga por la puerta de la terraza y no para de cruzarse por delante de la televisión. Silvia empieza a irritarse con el zumbido de la mosca, se levanta y conecta el aparato eléctrico que compró en el súper para acabar con los insectos. Diez minutos después, la mosca parece estar bailando la lambada en el televisor. Silvia se levanta y corre a la cocina, rebusca en los muebles hasta dar con un bote de insectida, corre al salón y esparce medio bote. Ella no puede dejar de toser pero la mosca sigue igual, revolotea sobre su cara como si quisiera reírse de ella. Silvia estalla.

—Esto es como los inmortales... solo puede quedar uno.

Se quita la zapatilla y comienza a perseguir a la mosca por todo el piso, lanzando zapatillazos de un lado a otro sin éxito.

—Silvia concéntrate como decía el de Karate Kid. —Silvia cierra los ojos y agudiza el oído, puede escuchar a la mosca revoloteando cerca, el zumbido se escucha con mayor nitidez—. Leñe esto funciona.

Agarra la zapatilla dispuesta a arrear el zapatillazo de su vida. Alejandro abre la puerta y entra en el salón, se queda sin palabras al ver a Silvia parada en mitad del salón con la zapatilla en la mano. No entiende nada.

Silvia escucha la mosca pasar justo tras ella, se gira y lanza un zapatillazo bestial que acaba impactando en la mejilla de un sorprendido Alejandro. La mosca se posa en la nariz de Silvia, que la mira incrédula. Unos segundos después la mosca emprende el vuelo y se va por donde ha venido. Silvia mira a Alejandro, aún tiene la zapatilla contra su cara, reacciona y la deja caer al suelo.

—Perdona, trataba de matar una mosca y no te esperaba detrás de mí. —susurra temerosa.

—Pues esa mosca ha tenido suerte, porque yo tengo la sensación de que me has colocado todos los dientes en el mismo lado de la boca.

Silvia deja escapar una risa nerviosa y Alejandro suspira, mientras se acaricia la magullada y colorada mejilla.

Silvia se acerca y le da un beso en la mejilla con cuidado de no hacerle más daño.

—Acompáñame a la cocina y te pongo hielo.

Alejandro se siente como una marioneta, incapaz de enfadarse con ella. La acompaña hasta la cocina y se deja cuidar.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —pregunta Silvia mirándole con ojos curiosos.

—Sí.

—Todos los viernes acudes a una cita. ¿Es que tienes novia?

Alejandro baja la mirada con tristeza, la única novia que le gustaría tener la tiene en frente.

—No. Voy al cementerio a visitar el panteón de mis padres.

Silvia lo mira con ojos dulces y le da otro beso en la mejilla. Alejandro se revuelve, retira el paño con hielo y se levanta.

—¿He hecho algo malo? —pregunta Silvia preocupada.

—No, eso es lo malo, que eres perfecta y cada vez que te veo desnuda o me das un beso, me tiembla todo el cuerpo. —responde Alejandro inseguro.

—¿Alejandro... no estarás enamorándote de mí?

Alejandro la mira pero no contesta, abandona la cocina y se encierra en su dormitorio.

Silvia se muere de los nervios, desea confesarle su mentira, pero teme tanto su reacción que no se atreve.

Alejandro enciende una radio, para evitar que ella escuche sus sollozos, nunca se sintió tan débil, no es de los hombres que lloran pero su mundo no deja de derrumbarse y está solo. ¡Joder se ha vuelto un llorón!

Por la noche Lidia y Pablo llaman al timbre, tienen ganas de fiesta y piscina. Alejandro se alegra de verlos, se siente muy incómodo estando a solas con Silvia, espera que después de una velada con amigos su conversación quede olvidada. Sin palabras, casi le ha dejado claro a Silvia que está enamorado de ella. Se siente torturado, ella no tiene la culpa de ser lo que es, pero él no puede evitar sus sentimientos.

Lidia se pasa toda la noche bromeando con Silvia y Pablo parece la sombra de Alejandro. Encargan unas pizzas y celebran sus inminentes vacaciones de verano, las primeras que Pablo y Lidia pasarán juntos fuera de España.

A las dos de la madrugada Pablo y Lidia se despiden y Alejandro tiembla solo de pensar que se queda otra vez a solas con Silvia que no deja de mirarle de forma extraña.

Antes de que Silvia tenga oportunidad, Alejandro se encierra en su dormitorio. Ella suspira con tristeza, no soporta verlo así, echa de menos su humor, sus detalles cariñosos, su compañía...

Por la mañana Alejandro se levanta temprano y se marcha al local para seguir con sus planes más ocultos.

Cuando llega, la puerta está otra vez abierta. Con cuidado entra dentro, agarra una barra de hierro y enciende la luz. Un hombre está sentado en una silla justo en mitad del local, pero no puede creer quién es.

Capítulo 19

Vestido con un traje gris impecable, sombrero y bastón, aquel hombre lo mira con sus ojos grises.

—¿No saludas a tu tío favorito?

—Tío Arturo. Veo que te has dejado barba.

—La culpa es de Sean Connery. Me gustó como le quedaba y me decidí, aunque yo soy mucho más guapo y elegante.

Alejandro camina hacia su tío y le da un fuerte abrazo.

—Siento no haber estado aquí cuando todo pasó. —dice Arturo dando un beso a su sobrino y estrechándolo con fuerza.

—Conseguí hacerme con el coche de mis padres y después de muchos análisis he descubierto que el accidente fue provocado.

—¿Cómo te hiciste con el coche? —pregunta Arturo mirándolo con ojos divertidos.

—Pues como tú me enseñaste, engañando, falsificando...

Arturo se ríe a carcajadas, le da una colleja y camina hasta el coche. Allí todo rastro de alegría se borra de su cara, al ver la sangre en los asientos.

—¿Quién crees que pudo ser?

—Fernando y su sicario Javier. —responde Alejandro con seguridad.

—Veo que pensamos igual. Espero que todo lo que te enseñé no haya caído en vacío.

—He colocado una cámara y un micro en su despacho. —informa Alejandro.

Arturo lo mira y arquea una ceja sorprendido y agradado por la iniciativa de su sobrino.

—¿Pero qué pasa con la policía? Aquí corres peligro, como te cojan...

—Tranquilo. En estos momentos me están buscando en Italia.

—¿Qué? —pregunta extrañado Alejandro.

—No pude evitarlo, robé un Rafael. Había una exposición, me hice pasar por restaurador y... ya me conoces.

Alejandro sonríe, su tío no tiene arreglo.

—Por cierto el de las notas era yo. No te vuelvas loco atando cabos.

—¿Dónde te alojas?

—Hotel Puerta América por supuesto.

—¿Qué tal te va con esa chica? ¿Silvia?

—¿Pero cómo sabes tú eso? ¡Olvidalo! Conociéndote habrás estado espiándome.

—Yo no espío, recopilo información, es diferente.

—Por supuesto. —contesta Alejandro con fastidio—. No me va de ninguna forma, compartimos piso.

—Y cama. —responde Arturo guiñándole un ojo.

—¿Me has espiado? —pregunta Alejandro asqueado.

—No es necesario, tus ojos te delatan y tu lenguaje corporal me lo ha confirmado. Solo decir su nombre y ya estabas temblando. ¿Dónde quedó el conquistador?

—Murió el mismo día que mataron a mis padres y me robaron la herencia.

Arturo lo mira, alza la cabeza y parece estar tramando algo, mira a Alejandro con sus ojos grises y luminosos.

—¿Cómo se hizo tu tío con tu herencia? Tus padres ni le hablaban.

—Por más que busqué y hablé con los abogados de mi padre, nadie sabía si existía un testamento. Fernando se presentó en mi casa con un notario y un testamento en el que quedaba bien claro que él era el único heredero.

—¿Lo verificaste?

—No pude, no me dejó ni acercarme a él.

—Te diré dos cosas. La primera, tus padres jamás le dejarían ni un céntimo a tu tío. La segunda es que tu padre me confió la localización del auténtico testamento.

—¿Qué? Mira tío olvidalo, ella es lesbiana.

—¿Lesbiana? Interesante, muy interesante. Quiero conocer a esa chica.

—No voy a presentártela. —replica Alejandro molesto.

—¿Prefieres que me presente yo mismo? —contraataca Arturo con seriedad.

—Está bien. —contesta Alejandro resignado.

Silvia prepara como todos los domingos un arroz con carne, esa costumbre

se la inculcó su madre a fuerza de años y ya como que si no la sigue le falta algo.

La puerta del piso se abre y ella acude al encuentro de Alejandro con la esperanza de que esté de mejor humor, pero cuando ve entrar a un hombre de unos cincuenta y pico años, vestido muy finamente con sombrero y portando una barba blanca muy fina y cuidada se queda parada sin saber que hacer.

Alejandro la mira con preocupación, no sabe como le va a sentar que haya traído a un fugitivo a su piso.

—¿Recuerdas lo que te conté de mi tío... el ladrón?

Silvia asiente.

—Pues te presento a Arturo Balboa mi tío ladrón.

Silvia mira a Arturo, sin poder creerlo, un fugitivo en su casa.

Arturo se acerca a ella y le ofrece la mano con gentileza. Silvia se la estrecha recelosa y pensando si salir corriendo hacia la puerta o agarrar una sartén.

—¿Es arroz lo que huele? —pregunta Arturo.

—Sí, receta de mi madre.

—Pues huele a gloria. —responde Arturo.

—¿Le gustaría quedarse a almorzar? —pregunta Silvia halagada y cortés.

Alejandro gesticula a espaldas de su tío para que no lo invite a almorzar. Silvia lo mira y se muestra ceñuda y con ganas de fastidiarle.

—¿Cómo podría rechazar una invitación a una mujer de tal belleza? — responde Arturo.

Silvia sonrío y Alejandro ladea la cabeza y pone los ojos en blanco.

Alejandro acompaña a su tío hasta la terraza y le pide que se siente a la mesa, le sirve una copa de vino y se la ofrece.

Arturo da un sorbo y se pone blanco.

—Hijo, en mi vida mi paladar ha sufrido tanto como degustando este vino.

—Dímelo a mí, pero eso o refresco.

Arturo lo mira horrorizado, agarra la copa de vino y suspira fastidioso, de

haberlo sabido hubiera comprado algún vino especial, comprado o robado...

Alejandro ayuda a Silvia a poner la mesa, por supuesto sin dirigirle la palabra. Arturo los observa en especial a Silvia. Alejandro acerca el perol con el arroz y Silvia comienza a servir los platos.

Arturo no tarda en hablar sobre sus correrías como ladrón de guante blanco, los países que ha visitado, las mujeres que ha conocido. Silvia empieza a olvidar que es un fugitivo y se siente más cómoda, en parte porque le resulta muy divertido ver como Alejandro no para de ruborizarse con los comentarios sobre su niñez que no deja de contar su tío.

—¿Qué te ha traído por aquí Arturo? — pregunta Silvia.

—Mi sobrino. He venido para echarle una mano, ya va siendo hora de que recupere lo que le han arrebatado.

Silvia se tensa, teme que aquel hombre ponga en peligro la vida de Alejandro o que por su culpa acabe en la cárcel.

—¿Ha venido aquí para meterlo en problemas? —dice Silvia con sequedad. Arturo la mira sorprendido y divertido.

—Querida, Alejandro es más de lo que piensas, no es solo un excelente broker de exportaciones, le he enseñado todo lo que sé. Con solo diez años desvalijó la caja fuerte de su padre.

Silvia mira con ojos furiosos a Alejandro, que se encoge en el asiento como tratando de desaparecer.

—Podría ser un ladrón mejor que yo, pero eligió ser legal. —dice Arturo de mal humor, como si la palabra legal fuera algo sucio para él.

—¿Qué tenéis pensado hacer? —pregunta Silvia.

—Querida, a no ser que desees dar con tus huesos en una fría celda, cuanto menos sepas mejor. A veces las cosas se tuercen. —contesta Arturo.

—¿Alejandro te importa servirme más vino? —pregunta Arturo.

—Aquí tienes. Se acabó la botella.

—¿Qué horror una velada sin vino? Abajo hay una tienda de esas de veinticuatro horas. ¿Por qué no bajas y compras unas botellas, pero de mejor calidad? Pago yo. —ruega Arturo sacando la cartera y sacando un jugoso fajo

de billetes.

Alejandro sonríe, se muere por beber algo de buena calidad, aunque en esa tienda tampoco es que vaya a encontrar un gran reserva.

Arturo espera a que Alejandro se vaya para hablar con Silvia.

— Cu ando piensas contárselo?

— Contar el qué?

—No te hagas la tonta conmigo. Si tú eres lesbiana yo soy el tipo más honrado de este país.

Silvia traga saliva al sentirse descubierta, no entiende como ha podido darse cuenta.

— C mo lo ha sabido?

—Durante varios meses tuve que refugiarme en un Pub de lesbianas. Por la noche trabajaba como camarero y durante el día vivía en la planta de arriba. Cr eme, reconocería a una lesbiana a kilómetros.

— Se lo va a decir a Alejandro?

— Yo? Ni hablar, eso es cosa tuya. A menos claro está que no estás dispuesta a contárselo. No permitirá que nadie se burle de mi sobrino.

—No quiero burlarme de él. Pero temo contárselo y que se enfade y ... desaparezca de mi vida.

— Lo quieres? —pregunta Arturo suspirando pesadamente.

—Sí.

—Pues él est  loco por ti.  Se puede saber qué se te pas  por la cabeza para decirle que eras lesbiana?

—Su fama de mujeriego... me asustaba ser una más y decidí cortarle el paso desde el principio.

—Eso desde luego. Bueno pues has de decírselo, pero cuando todo pase, ahora lo necesito concentrado.

Silvia asiente y Arturo la atrae hacia él, le da un beso en la cabeza y la abraza.

—Mi sobrino se enfadar , es un terco cabezón, pero te perdonar .

— Te puedo hacer una pregunta? —pregunta Silvia separándose de Arturo.

—Por supuesto querida.

— Has matado a alguien?

—Jamás, soy un ladron de guante blanco a la antigua usanza, robo, estafo,

falsifico pero nunca mato. No me gustan las armas.

Silvia respira aliviada, la puerta del piso se abre y aparece Alejandro con una sonrisa de oreja a oreja con dos botellas de vino en cada mano.

—Aquí tienes tío. Dos Riojas de calidad aceptable, un Xerez y un Burdeos.

—Esto sin duda me apetece mucho más. ¡Rápido mételos en la nevera! Ardo en deseos de catarlos.

Silvia sonríe, pero está tensa por un lado por tener que contarle a Alejandro su secreto, por otro por lo que vayan a hacer esos dos.

Capítulo 20

El lunes por la mañana debido a una serie de imprevistos, los dos llegan media hora tarde al trabajo. Alejandro deja a Silvia en el parking y se marcha, tiene una cita con Roberto Muriel el broker millonario que siempre le da carpetazo.

Silvia toma el ascensor y nada más entrar en la oficina, nota que algo va mal. La recepcionista la mira burlona y en cuanto cruza el pasillo hasta su despacho, todo son miradas y risas. Otros la miran mal, parece que de repente todos tuvieran algo en contra de ella, no entiende que es lo que pasa. Lidia no ha llegado y Román tampoco, se siente incómoda sin Lidia o Alejandro.

Entra en su despacho y enciende el ordenador, de reojo mira hacia fuera, todos parecen cuchichear. Silvia conecta el correo en cuanto el ordenador lo permite y se decide a ponerse a trabajar de inmediato. Pero un correo llama especialmente su atención.

Novedades en la oficina, dice el asunto. Lo abre y lee, las lágrimas brotan de sus ojos y comienzan a bañar su cara. Agarra el bolso y sale corriendo de la oficina, ante la mirada expectante del resto de compañeros. De camino al ascensor choca con Alejandro que había olvidado su portafolio.

—¿Qué te pasa? —pregunta preocupado.

—¿Cómo has podido? —contesta acusadora Silvia.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—Toda la oficina sabe que soy lesbiana.

—Y naturalmente he sido yo. —responde colérico Alejandro.

—¿Quién si no? Solo lo sabíais Lidia y tú. Lidia nunca me haría eso.

—Y yo sí. ¿Verdad? —responde Alejandro apartándose de ella y dejándola allí sola con su rencor.

Silvia toma el ascensor y decide regresar a casa, en esos momentos lo único que le apetece es encerrarse en su cuarto y no ver a nadie.

Alejandro llama por teléfono y cancela la cita con Muriel. Se sienta y apoya los codos sobre el escritorio y se agarra la cabeza con ambas manos, la rabia lo llena. ¿Cómo puede pensar que él es capaz de hacer algo así? Es entonces cuando un haz de luz cruza su mente. Conecta su portátil y abre el programa

espía, entra en el ordenador de Silvia y revisa las acciones que ha llevado a cabo esa mañana. Por suerte solo ha abierto el correo, no tarda en dar con el correo.

"Nuestra recatada contable Silvia Martín, oculta una depravada vida sexual. Así es, nuestra guapa contable es lesbiana. Chicas estais de suerte, pero controlad vuestros movimientos." Cuidadín" con la contable.

Alejandro rastrea la ip del mensaje, una pequeña pantalla negra con códigos se abre y comienza a generar direcciones ip. Cinco minutos después una ip es marcada en rojo, selecciona la opción satélite de rastreo y obtiene la posición exacta. Envía un correo con un virus a la ip y espera. Sale del despacho y camina por el pasillo de la oficina, la señal no tardará en llegar. Uno de los ordenadores parece descontrolarse, los altavoces del equipo emiten un sonido estridente similar a una alarma.

—Teo.

El informático, un tipo friky, de pelo negro que lleva coleta a pesar de ser calvo, ojos marrones y sobrepeso.

—¿Te gusta mandar mensajitos?. Pues yo te voy a enviar uno...

Regresa a su despacho y abre un programa especial que no suele usar por su carácter delicado. Introduce la ip de Teo y escribe un mensaje. Lo reenvía a través de una red de satélites que lo sitúan físicamente en Irak.

—Disfruta de tus vacaciones. Hijo de puta.

Usando la ip de Teo envía mensajes a todos los trabajadores de la oficina incluido Román y él mismo, con falsos contilleos. Que si uno tiene un amante, a otro le gusta la zoofilia, otro le gusta el sado, otro defrauda a hacienda, etc...

A media mañana, un equipo de la policia nacional irrumpe en la oficina, pistola en mano, agarran a Teo y se lo llevan en volandas. El inspector al cargo habla con Román y este se muestra consternado. Alejandro sonrío.

Toda la oficina está revuelta por culpa de los correos, Román se acerca a Alejandro.

—Es increíble teníamos a un traficante de armas en la oficina.

—¿Qué mejor sitio que una oficina de exportaciones? —responde

Alejandro.

—Es cierto. Para colmo nos han inundado el correo con chismes baratos sobre todo el personal. —informa Román enfadado.

—Lo sé, los recibí. Fíjate que hasta decían que Silvia era lesbiana.

—Serán bastardos, luego tengo que llamarla, la pobre ha sido la primera cabeza de turco y ha sufrido las burlas de todos los compañeros. Puñetera gente que se cree los chismes de mierda. Más de uno va a acabar despedido por cotilla. —dice Román mientras se aleja de él malhumorado.

Terminada la jornada, Alejandro comienza a recoger sus cosas, apaga el portátil y lo guarda en el maletín. Suena su móvil, lo saca de la chaqueta y descuelga.

—¿Sí?

—¿Alejandro Balboa?

—Sí.

—¿A qué juega?

—¿Perdón? —replica Alejandro molesto.

—No para de llamar a mi oficina solicitando una cita y cuando se la concedo, me deja tirado. Esa cita podía haberla ocupado con otra persona.

—Lo siento, me surgió un imprevisto.

—¿Sus disculpas no me sirven de nada! —grita la voz al teléfono.

—¿Sabe qué? ¡Váyase al carajo! Siga haciendo negocios con esas ratas que le están subiendo los precios del crudo. —contesta Alejandro furioso.

—¿Qué quiere decir?

—El crudo ha bajado porque hay una serie de variables como la ley 582/24 que obliga a varios de los principales productores a revisar sus precios. Pero sin embargo usted sigue comprando a precios en alza. Tengo un productor con precios mucho más competitivos, pero como usted es un pijo millonario, engreído y chulo que se cree que puede tratar a todo el mundo como si fuera su esclavo, le van a dar por el culo.

—¿Sabe usted con quién está hablando?

—Roberto Muriel el broker más déspota y millonario del país. —responde Alejandro.

—Lo quiero mañana por la mañana en mi oficina con su propuesta en la mano. Por cierto. ¿Piensa hablarme siempre así?

—Siempre que me falte al respeto, yo no me agacho ante nadie.

—Perfecto, porque odio a los lame culos. Si su propuesta es sólida y viable, usted y yo haremos negocios. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Alejandro guarda el móvil en el bolsillo, termina de recoger sus cosas y camina hacia el ascensor, es consciente de que si Muriel firma un contrato con él, se habrá acabado las penurias para él.

Regresa al piso y cuando entra se encuentra a una Silvia en camiseta, con el pelo recogido en un moño y los ojos rojos de tanto llorar.

—Me ha llamado Román y me ha contado lo de los correos y lo de Teo. Siento haberte culpado.

Alejandro la ignora, entra en la cocina y saca una de las botellas de vino que le dejó su tío y se va a la terraza, donde se sienta en una silla y comienza a beber vino a morro. Silvia se acerca tímidamente, temerosa de su reacción.

—Por favor, perdóname. Yo no sabía que habían enviado correos a todo el mundo.

—Solo tú recibiste un correo, el resto los creé yo.

Silvia se queda sin palabras, lo mira expectante pero él no parece dispuesto a dar explicaciones.

—¿Qué? ¿Por qué hiciste eso?

—Rastreé el correo que te enviaron, fue Teo.

—¿Pero cómo pudo él saberlo?

—¿Hablaste alguna vez con Lidia de lo tuyo en la oficina?

—No.

—¿Y por correo?

Silvia siente un escalofrío, bromeaban con ello por correo.

—Sí.

—Como informático una de sus labores era comprobar la seguridad en los correos, debió leer alguno de esos correos.

—No entiendo por qué un traficante de armas perdería el tiempo con mis intimidades.

—¿Teo traficante de armas? ¡Por favor! —responde Alejandro.

Silvia lo mira desconcertada.

—Ese lo más cerca que ha estado de traficar con armas, ha sido cuando

vendió su sable láser de Star Wars.

—¿Pero entonces por qué se lo ha llevado la policía?

—En vista de que le gusta enviar mensajitos, le envié yo uno. Va a tener que explicar a la policía por qué un grupo terrorista quería comprarle plutonio.

—¿Pero irá a la cárcel?

—Lo va a pasar fatal, pero tarde o temprano la policía no es tonta y comprenderá que es un pardillo y lo soltarán. Pero desde luego no volverá a trabajar con Román.

—¿Y los otros correos? —pregunta Silvia.

—Si todo el mundo recibía correos comprometedores, automáticamente el correo que decía que tú eras lesbiana quedaría sin validez. Nadie lo creería. En estos momentos todos los de la oficina se sienten fatal por como se han comportado contigo.

—¿Pero por qué has hecho esto?

—Porque me he enamorado de una lesbiana, que me odia. —responde Alejandro.

—Yo no te odio.

—Pero ni confías en mí ni me amas.

—Alejandro yo...

—Déjalo, pronto cerraré una operación que cambiará mi vida. Te pagaré varios meses de alquiler para que no tengas problemas y me marcharé del piso y de Multiclain. —responde Alejandro—. Ahora si no te importa, quiero estar solo.

Silvia baja la cabeza y se marcha, los ojos le arden y por más que desea contarle la verdad, tiene muy presentes las palabras de su tío.

Capítulo 21

Al día siguiente Silvia agobiada y triste, decide salir a dar una vuelta. Camina por la calle en modo zombie, mirando escaparates, no puede evitar quedarse mirando a las parejas que caminan cogidas de la mano. ¡Qué envidia le dan! ¿Por qué la primera vez que se enamora de verdad tiene que ser todo tan complicado?

Se queda parada frente a una librería y decide entrar, debe ser nueva porque no le suena nada. Revisa las estanterías con curiosidad, pero como siempre acaba plantada frente a la estantería que tiene el rótulo de novela romántica.

—Perseguida por su pasado de Marian Arpa, El caballero negro de Clara Maio. Silvia cogió libro tras libro, leyó las sinopsis pero no se decidía por ninguno, así que acabó cogiendo los dos.

—Buena elección. —dijo la librera—. Yo me los he leído los dos y están muy interesantes.

Silvia paga los libros y le dedica una sonrisa cómplice antes de abandonar la librería.

Alejandro acompañado por su tío trataban de definir un plan para entrar en la mansión de la familia. Su tío, copa de vino en mano, paseaba en círculos, Alejandro con la mente en otra parte no se concentraba.

—Veamos, el micro y la cámara ya no tienen baterías, por lo que no tenemos ninguna baza para saber lo que va a hacer tu tío. Sin embargo, aún tengo buena relación con Adolfo, nuestro antiguo mayordomo nos es fiel y nos ayudará.

—Adolfo... Como lo hecho de menos. —se lamenta Alejandro.

—El caso es que la fiesta al final se celebrará este sábado. Lo ha organizado por todo lo alto, con carpa en el jardín, grupo musical y hasta fuegos artificiales. El muy bastardo está disfrutando a lo grande de tu dinero.

Alejandro aprieta los dientes, de buena gana iría hasta la mansión y le arrancararía la cabeza a su querido tío.

—Tu padre me confesó que hacía meses que tu tío le pedía dinero y que él se lo negaba. Desconfiaba de tu tío hasta tal punto que escondió el testamento

en uno de los cuadros. —informa Arturo.

—¿Qué cuadro?

—El Picasso.

—¡Joder! El único con cristal protector y alarma. —protesta Alejandro.

—¿Es que no te he enseñado nada? El cristal se puede forzar y la alarma se interrumpe cuando hay un apagón.

—Pero la alarma tiene una batería. —repone Alejandro.

—Una batería que se puede desconectar antes del apagón. —responde Arturo guiñándole un ojo—. Tú entrarás y harás el trabajo sucio. Yo esperaré en el coche con el portátil, desconectaré la luz en todo el barrio cuando tú me avises.

—Usaremos minicámaras y audífono durante el golpe. —dice Alejandro.

—Recuerda, que el testamento está en el interior del cuadro, deberás retirar la protección y luego colocar tanto la protección como el cuadro para que nadie sospeche y por supuesto conectar la batería de la alarma. —comenta Arturo con frialdad—. Ahora vete a casa. Seguiré a tu tío el resto de la semana, te avisaré el viernes por la noche.

Alejandro asiente y se marcha de mala gana, no tiene mucho interés en estar con Silvia y solo son las siete de la tarde.

Alejandro abre la puerta del que espera pronto deje de ser su piso y entra sin hacer ruido. Escucha a Silvia hablar por teléfono, parece ser que con Lidia, más que nada por las voces que da.

—Sí, Alejandro no está. —dice Silvia—. No, todo sigue igual.

Alejandro se acerca a su puerta y escucha, siente curiosidad. ¿Por qué estarán hablando de él?

—Te digo que no puedo hacerlo. No, él sigue creyendo que soy lesbiana y más desde el beso que me diste el viernes.

Alejandro palidece al escuchar esas palabras, no puede creer que haya estado engañándolo todo ese tiempo. Camina hacia la puerta del piso, la abre y da un portazo, para que ella sea consciente de que ha vuelto.

—Nena te tengo que dejar, ha llegado Alejandro, ya hablamos.

Silvia sale de su dormitorio con una sonrisa dulce y se acerca para saludarlo, pero nota algo raro en él y se queda a mitad de camino.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Silvia al verlo pálido.

—Sí, voy a darme un chapuzón y luego a la cama. Mañana tengo una cita muy importante con un broker, la operación de mi vida, si sale bien.

—Me alegro. —contesta Silvia sonriendo—. He encargado comida del chino, espero que te apetezca.

—Me apetece. Tengo hambre. —responde Alejandro mirándola con frialdad.

Alejandro entra en su dormitorio, cierra la puerta y se afloja la corbata. Se encuentra en shock, no sabe como tomarse lo que acaba de escuchar. Parte de él quiere ir tras Silvia y gritarle furioso por haberle engañado, pero la otra parte... ¿Verdaderamente es posible que su amor sea real? ¿Ella lo ama? Se desviste con rapidez, se pone el bañador y sale de la habitación, pero lo que no esperaba es que ella estuviera ya metida en la piscina.

Molesto, entra en la piscina y se coloca justo en el lado contrario a ella, la parte que está enfadada con ella está a la defensiva, no puede evitar verla como a una versión de pinocho que en cualquier momento le va a crecer la nariz varios metros.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Silvia preocupada.

Alejandro sonríe, acaba de tener una idea. Ella lo ha torturado durante mucho tiempo, ahora le toca a él.

—Perdona, estoy nervioso por lo de mañana. También quería pedirte disculpas, por como me comporté contigo. Supongo que después de tanto tiempo sin estar con una mujer, al acostarnos juntos y demás... me encapriché de ti. Ahora sé que no estoy enamorado de ti, pero no me puedes culpar, eres una mujer muy bella.

Silvia lo mira con los ojos como platos, está impactada, le acaba de decir que no la quiere, justo cuando ella estaba dispuesta a confesarle su amor. Si fuera un dibujo manga en ese instante se habría hecho añicos como un cristal, pero como no lo era, tocaba mantener la compostura. ¡Joder como duele esto!

Alejandro cierra los ojos y finge estar relajándose, pero los entreabre lo suficiente como para ver que ella le mira, ahora es ella la que se ha quedado pálida. Vas a sufrir nena, me las vas a pagar.

—¿Entonces si consigues esa operación... dejarás el piso?

—Ya te digo que me dejé guiar por las emociones, pero ahora que me he recompuesto vuelvo a tener mente fría. ¿Estarías dispuesta a mantener nuestro pacto sexual?

—Si te vas no. —responde Silvia tratando de ocultar su malhumor.

—Podríamos irnos los dos. —responde Alejandro sonriendo.

—¿Los dos? ¿Cómo? —pregunta Silvia llena de curiosidad.

—Silvia, si la operación se cierra la comisión supondrá mucho dinero. Pensaba mudarme a una urbanización más exclusiva, uno de esos chalets con piscina de verdad. Podríamos compartir piso allí, en lugar de pagarme alquiler... se que esto suena mal pero preferiría que me pagaras con sexo.

—Vamos, sería tu fulana. —dice Silvia indignada mientras se levanta dispuesta a salir de la piscina.

Alejandro la agarra y tira de ella hasta que esta cae en su regazo. Sus miradas se cruzan y sus labios apenas están separados.

—Tú eres mi amiga, nunca te consideraría una prostituta. Ya te dije que a mí no me espera ninguna mujer, no tengo media naranja. Pero tengo mis necesidades sexuales y tú también. ¿Por qué no vivir juntos y satisfacerlas?

Silvia lo mira, lo desea con todas sus fuerzas, pero ahora que él le ha confesado que no la ama se siente como muerta, pero si no puede optar a más que amar su cuerpo prefiere resignarse y aceptar, no cree que pueda encontrar a otro hombre como Alejandro.

—Acepto. —responde Silvia tímidamente.

—Lo sellamos con un beso. —dice Alejandro mirándola con esos preciosos ojos azules que la vuelven loca.

Alejandro se inclina y la besa, con más pasión de la deseada. Cuando sus labios se retiran aún puede observar como ella tiene los ojos cerrados como si estuviera en trance.

—Si no fuera porque me lo has dejado claro y te vi besarte con Lidia, juraría que este beso te ha gustado.

—No seas tonto, cierro los ojos para imaginar que eres una mujer. —dice Silvia apartándose de él.

Alejandro se queda allí viendo como ella sale de la piscina, admirando su precioso cuerpo con curvas que quitan el sentido. Se relaja, estirando los

brazos sobre el borde de la piscina y cierra los ojos. Un caño de agua fría y cubitos de hielo le caen en la cabeza. Alejandro abre los ojos y contempla los cubitos flotando en el agua. El frío lo ha dejado con el cuerpo cortado y ahora clama venganza.

—¡Eso por fresco! —grita Silvia desde la puerta de la terraza con la pequeña nevera que contenía los cubitos y el agua fría aún en las manos.

Alejandro se levanta y la mira desafiante. Silvia da un paso atrás, esa mirada no le gusta, retrocede de espaldas con cuidado de no tropezar pero sin perderle de vista. Alejandro se agarra al borde de la piscina y salta fuera.

—Se me han congelado hasta las ideas, pero ahora voy a hacértelo pagar.

Silvia corre hasta el lado contrario del salón dejando el sillón entre ellos. Alejandro avanza, pero lo que ella no podía imaginar es que saltara sobre el sillón y desde él hasta Silvia. La agarra y se la carga a hombros, dándole una cachetada en el culo.

—¡Suéltame! —grita Silvia.

—Ahora me vas a compensar. —contesta Alejandro llevándola hasta la ducha.

Una vez allí cierra el baño con cerrojo y la mira con expresión salvaje. Le arranca la parte de arriba del bikini y luego repite la jugada con la inferior. Silvia no se molesta en taparse, lo mira desafiante y llena de deseo. Alejandro se quita el bañador y la agarra de la mano, tirando con brusquedad de ella hasta colocarla bajo la ducha que no tarda en accionar. El agua fría la baña y ella grita, pero él ahoga su grito con un beso lascivo. Ahora que sabe que ella no siente repulsión hacia él, la desea con más fuerza, con más libertad. Lame su cuerpo hasta llegar a sus pechos, en los que se regocija sin reparos, adora su cuerpo que parece activarse ante sus caricias como si supiera reconocer a su dueño. Besa su abdomen y sigue bajando hasta su sexo que disfruta con su lengua. Escuchar los gemidos de Silvia es como escuchar música, ahora que sabe que la hace gozar está ciego de deseo. Alejandro se levanta, la gira y la obliga a inclinarse hasta que su trasero queda justo a su disposición. La penetra con fuerza y ella deja escapar un pequeño grito, pero no es precisamente de dolor. Sus movimientos violentos y bruscos excitan a Silvia que se siente deseada hasta unos extremos que nunca pudo imaginar. Alejandro está tan excitado que afloja el ritmo, no desea terminar pronto. Acaricia la espalda de Silvia bajando hasta su trasero, delicado y suave. En cuanto ella

empieza a gemir con más intensidad, es consciente de que está próxima al orgasmo, acelera las embestidas hasta que ambos llegan al final colmados de placer. Alejandro se retira, agarra a Silvia contra la pared y la besa.

—Pienso hacerte el amor todos los días.

—¿Es una amenaza? —pregunta ella lujuriosa.

—Una promesa. —responde Alejandro.

Capítulo 22

Alejandro entra en la oficina de Roberto Muriel, nada que ver con Multiclain, allí todo es lujo. Suelos de mármol blanco, paredes cubiertas de cuadros de valor interesante, muebles modernos y bastante personal. Una chica sale a su encuentro, lo mira de arriba abajo con frialdad y le pide que lo acompañe.

—Soy Amanda Mendoza la secretaria del señor Muriel, le está esperando. Por favor acompáñeme.

Alejandro la acompaña por un pasillo que parece una galería de arte, se nota que le gusta vacilar a sus clientes y proveedores.

Amanda abre la puerta y Alejandro pasa. Muriel hace una señal a Amanda y esta cierra la puerta, luego hace señas a Alejandro para que se acerque y se sienta en un sillón.

El despacho para no ser menos es impresionante, plagado de televisiones led con índices bursátiles, canales de noticias de todo el mundo y por supuesto más obras de arte. Muriel cuelga el teléfono y se sienta frente a él.

—Alejandro he de admitir que me has impresionado. Eres el primer broker que se atreve a levantarme la voz. ¿Eres consciente de que podría acabar con tu carrera con solo mover un dedo?

—¿Y qué le hace pensar que yo no tengo recursos para acabar con la suya?
—responde Alejandro con frialdad.

Muriel lo mira sorprendido, normalmente sus oponentes le tienen respeto y por qué no admitirlo, miedo.

—Hijo, a mis sesenta años te puedo decir que mis contactos son bastante mejores de lo que tú puedas tener.

—¡Ah! Usted se refería a los contactos de negocios. Yo me refería a contactos de esos que pueden acabar con su reputación y vida personal. —
contesta Alejandro desafiante.

Roberto Muriel lo mira con ojos sonrientes, le agrada que Alejandro no sea fácil de intimidar.

—Muy bien Alejandro, dejemos de competir a ver quién la tiene más larga y entrégame tu proposición.

Alejandro saca de su maletín un portafolio y se lo entrega. Muriel lo abre y

a medida que lo revisa se lleva la mano derecha a la frente y pone mala cara.

—¿Esto es real?

—Tendrá los datos completos cuando firme el contrato que podrá encontrar al final del portafolio. —Informa Alejandro.

—¿Este broker es de fiar? —pregunta Muriel.

—¿Lo es alguno? —responde Alejandro dedicándole una sonrisa.

Muriel también sonrío.

—Supongamos que firmo el contrato, hacemos una operación y luego cuando el contrato caduque. ¿Qué me impide tratar directamente con el broker del proveedor? —pregunta Muriel, no sin maldad.

—Nada, puede usted hacerlo. Pero deberá afrontar las consecuencias por haber perjudicado a Alejandro Balboa.

Alejandro se levanta, inclina la cabeza a modo de saludo y abandona el despacho de Muriel.

Viernes noche

—Alejandro, tenemos un problema. Tu tío ha cambiado la alarma que tenía tu padre, lo de retirar la batería pasó a la historia. Usa conexión telefónica, es una Proteus cinco A.

—La Proteus... lleva una conexión móvil. No es un problema, conozco a un amigo que nos prestará un juguetito. —responde Alejandro.

—¿Funcionará?

—Todas las redes móviles quedarán invalidadas, pero no podremos usarla mucho tiempo o sabrán que algo pasa, en especial la central de alarmas. Mañana por la mañana te espero en el local.

—Lo conseguiremos sobrino.

—Eso espero o compartiremos celda. —responde Alejandro mirando a Silvia que acaba de entrar en el salón y lo mira fijamente.

Después de cenar, los dos se van a la terraza acompañados de una botella de Burdeos y dos copas, como ya empieza a ser una costumbre.

—Ten cuidado Alejandro.

—Mira el lado positivo, si la cosa sale mal solo perderás un inquilino, puedes sustituirme por otro u otra. —contesta sarcásticamente Alejandro.

—Eso no es justo.

Alejandro tira de la silla de Silvia hasta dejarla justo a su lado.

—Es una broma. Si todo va mal, no nos veremos en una larga temporada y me va a costar estar lejos de ti.

Silvia lo mira, por primera vez observa en sus ojos algo que la desconcierta.

A las doce de la noche el móvil de Alejandro empieza a sonar, no tiene ni idea de quién pueda ser a esas horas a no ser que a su tío le haya ocurrido algo.

—¿Sí?

—Tú ganas Alejandro. He firmado el contrato, el lunes por la mañana lo envío a tu oficina por DHL. Por cierto, si quieres trabajar para mí tienes un despacho esperándote.

—Voy a dejar Multiclain y francamente no me apetece seguir teniendo jefe. —responde Alejandro en tono cordial.

—¿Socios? —insiste Muriel.

—Esa opción me parece más interesante.

—Bien, Alejandro pues quedaremos para hablar sobre el tema. Buenas noches.

—Buenas noches. —responde Alejandro.

Alejandro se levanta de la silla, se lleva la mano al pelo y se lo acaricia con cuidado. Silvia se levanta y lo sigue preocupada.

—¿Qué ocurre?

Alejandro se gira y la mira, ni él mismo puede creer lo que acaba de pasar.

—Silvia, lo he conseguido. La comisión que tanto buscaba, ahora podremos mudarnos a una casa y vivir... como antes de que mis padres... —Alejandro siente que está a punto de llorar pero trata de contenerse, no le gusta hacerlo y menos en público.

—Cariño, no sabes cuanto me alegro. Te lo mereces.

Alejandro la abraza y la besa, ya le da igual si ella quiere continuar con la mentira, pero él no puede reprimir lo que siente.

Capítulo 23

Por la mañana Alejandro está preparando la ropa que usará esa noche. Silvia entra en su dormitorio y se abraza a su espalda.

—Tengo miedo Alejandro.

Él se gira, acaricia su mejilla y le da un beso en la frente.

—Todo saldrá bien, en cuanto hayamos terminado te llamaré.

—¿Pero por qué tienes que hacerlo? ¿Esa comisión ya te permite vivir holgadamente, para que arriesgarse? —pregunta Silvia entre lágrimas.

—No podría vivir, sabiendo que el asesino de mis padres está suelto y disfruta de su fortuna. Lo siento Silvia.

Alejandro guarda sus cosas en una mochila y se marcha. Silvia queda sentada en la cama llorando desconsoladamente, con la incertidumbre de si volverá a verlo o acabará en prisión.

Una hora más tarde en el local, su tío le espera con todo el material necesario. Alejandro abre la puerta y entra sigiloso, deja su macuto en el suelo y muestra a su tío el inhibidor del que le habló.

Los dos repasan el plan, punto por punto, nada puede salir mal, nada.

A las nueve de la noche Alejandro aparca la furgoneta negra con cristales tintados frente a la mansión de su tío. Alejandro sale de la furgoneta y corre hacia uno de los laterales de los muros que rodean la finca, da un salto y se encarama a ella, mira en todas direcciones y salta al otro lado. Se quita la mochila que lleva a la espalda y saca una cartera con sus ganzúas. Se ajusta el pasamontañas y corre entre la arboleda hasta llegar a la puerta de servicio.

—Activa el bucle en las cámaras. —ordena Alejandro.

Arturo sentado en la parte de atrás de la furgoneta, ha dispuesto sobre una mesa todo el material de vigilancia. Teclea un código y una antena emerge del techo del vehículo, las cámaras de la casa que ocupan las posiciones por las que Alejandro deberá pasar, sufren una desconexión. El equipo de seguridad se dispone a comprobarlas, cuando regresa la imagen. Varios vigilantes están apostados por la finca, más para controlar el tumulto de la fiesta que por seguridad.

Desde la arboleda puede ver a su tío, sigue igual, alto, gordo, con su pelo negro invadido por las canas y como no, su matón. Javier Mencia, un tipo de color, alto y fornido, procedente de los bajos fondos y mano ejecutora de su tío.

Se centra en su objetivo, recuperar el testamento. Sube por una de las rejas de la planta baja y desde allí salta a uno de los balcones de la primera planta, camina por la cornisa y escala por la pared hasta llegar a la segunda planta. Está en la cornisa superior cuando escucha pasar a uno de los vigilantes hablando por el walkie. ¿No había sitio para pararse, tenía que quedarse justo debajo? Con cuidado se desliza hasta el balcón contiguo y con ayuda de sus ganzúas fuerza la cerradura de la puerta. Se encuentra en el despacho de su padre, ahora de su tío. Camina hasta la puerta y escucha atentamente, pero no detecta ninguna presencia. Abre la puerta y camina por el pasillo, allí está el cuadro, cubierto por un marco de cristal.

—Conecta el inhibidor. —ordena Alejandro.

—Ok. Tienes diez segundos, te iré cantando el tiempo.

—10, 9, 8...

Alejandro se quita la mochila y saca un pequeño destornillador eléctrico. Uno a uno los tornillos van cayendo en su mano.

—7, 6...

El cristal es retirado y Alejandro agarra el cuadro, le da la vuelta y con ayuda de un cutter corta la protección trasera. Introduce la mano y encuentra un plástico, tira de él y comprueba con satisfacción que es el testamento. Rocía la parte cortada con un pegamento y vuelve a colocar el cuadro.

—5, 4...

Los tornillos del cristal protector son colocados uno tras otro.

—3, 2...

—Cristal colocado, desactiva el inhibidor. —ordena Alejandro.

—Alejandro, tu tío está subiendo las escaleras, lárgate, van hacia ti.

Alejandro puede escuchar la voz de su tío, están a punto de entrar en el pasillo. Corre hasta el despacho y cierra la puerta, luego corre hasta el balcón, cierra la puerta con la ganzúa, puede ver como el pomo de la puerta del despacho se está girando. Salta a la cornisa y espera. Su tío y Javier entran en el despacho, Javier parece nervioso, no para de dar voces. La puerta del

balcón se abre y Alejandro se agacha en la cornisa y salta hasta la cornisa de abajo, que tiembla amenazadoramente. Salta al balcón de la primera planta y se agazapa. Puede oler el habano que su tío se está fumando en el balcón superior. Toca esperar, diez minutos después su tío arroja el resto del puro y cede ante Jaime que lo increpa para que baje a atender a sus invitados. Alejandro se agarra a la barandilla del balcón y después de comprobar que no hay nadie cerca se deja caer hasta el suelo, luego corre hasta la arboleda. Se oculta tras un árbol y observa a uno de los vigilantes que patrullan, ha estado cerca de pillarle. Espera a que se aleje y corre hasta el muro, salta y se desliza fuera de la finca. Su tío arranca la furgoneta y lo recoge.

—Misión cumplida. —informa Alejandro.

Su tío sonríe complacido.

Alejandro retira el plástico y saca el testamento, tal y como él sospechaba, sus padres le legaron todas sus posesiones, el testamento de su tío era falso y ahora puede probarlo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Alejandro—. Recupero mi herencia, pero el asesino de mis padres sigue libre.

Arturo lo mira con ojos fríos que no admiten discusión.

—Tu tío es mío. —responde Arturo tajante.

Alejandro asiente.

Nada más llegar al local, Alejandro llama a Silvia para tranquilizarla. Arturo recopila todo el material usado y se encarga de deshacerse de todo. Alejandro coge un móvil y llama al abogado de su padre, ha llegado el momento de iniciar el declive de su tío.

—¿Sí?

—Julián, siento molestarte a estas horas.

—Alejandro hijo, tú nunca molestas.

—Tengo el verdadero testamento de mi padre. Mi tío falsificó el testamento para robármelo todo. Te envío copia escaneada por mail.

—Alejandro, eso es... fantástico. ¡Lo sabía, sabía que tus padres no te habían desheredado! El lunes a primera hora de la mañana tu tío tendrá interpuesta una denuncia. Voy a despedazarlo, se lo debo a tu padre y a ti.

—Gracias Julián, estamos en contacto.

Alejandro sube al coche y conduce hasta el piso, pronto no necesitará comprar o alquilar una casa, regresará a su hogar.

Capítulo 24

Nada más cruzar la puerta Silvia salta a sus brazos, bañada en un mar de lágrimas.

—Tranquila, ya ha pasado todo. Lo conseguí tengo el verdadero testamento.

—Eso me da igual, lo único que me importa es que estás a salvo. — responde Silvia—. Alejandro tenemos que hablar. Tengo algo que contarte.

Alejandro la mira con curiosidad, tira el macuto al suelo y toma a Silvia de la mano y la lleva hasta la terraza, en el piso hace demasiado calor.

—Tú dirás. —dice Alejandro en tono frío.

—Te mentí, no soy lesbiana. —Silvia se queda mirando a Alejandro, esperando su reacción desbocada y su enfado, pero él se muestra imperturbable. ¿Será que no le importa?—. No debí mentirte, pero tenía miedo, tu fama de mujeriego te precedía y no quería ser una más en tu lista de conquistas.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? —responde Alejandro mostrándose distante.

Silvia baja la cabeza avergonzada, se siente dolida al ver la reacción de Alejandro, tiene la sensación de que va a hacer el ridículo cuando le confiese sus sentimientos, pero se lo merece.

—Porque poco a poco me he dado cuenta de que eras un hombre digno, bueno, que siempre me trata mejor de lo que merezco, que me aguanta cuando nadie querría hacerlo, que me protege cuando yo solo le demuestro desprecio... Te amo Alejandro.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Perdonarte y hacer como si nada hubiera pasado? ¿Ahora qué, consigo renunciar a amarte, me pides que te ame? —responde Alejandro.

—No, no te pido que me ames. No te merezco, pero merecías conocer la verdad. —responde Silvia casi a punto de empezar a llorar, se gira y se dispone a entrar en el piso cuando Alejandro la agarra del brazo.

—Esto no ha acabado, no creas que te vas a librar tan fácil. Ahora me toca a mí castigarte como te mereces. —dice Alejandro con fingida rabia.

Silvia se queda parada, sin saber qué hacer o decir. Alejandro la estrecha entre sus brazos y la besa con todo su amor, por fin van a estar juntos sin

mentiras, solo amor.

—¿Pero... yo pensé?

—¿Qué pensaste, que me marcharía? Para dejar de amarte tendrían que arrancarme el corazón. Mi amor imposible. Ahora quiero hacerte el amor hasta perder el sentido.

—Estoy deseándolo, pero antes date una ducha. —ordena Silvia guiñándole un ojo.

Alejandro sonrío, no podía amarla más ni aunque viviera cien vidas.

Después de una larga y placentera ducha, Alejandro se seca y no se molesta en colocarse unos bóxer, sale del servicio y camina hacia el dormitorio de Silvia. Nada más entrar, una sonrisa viciosa escapa de sus labios, Silvia le espera en la cama completamente desnuda, verla así no solo le pone a cien, lo vuelve un salvaje. Camina hasta la cama y se tumba a su lado, su boca devora los labios sedosos y dulces de Silvia, mientras sus manos recorren su cuerpo. Ella lo aparta y lo hace tumbarse, luego se inclina hacia su miembro y comienza a jugar con él pasando su lengua por todo su sexo erecto. Alejandro se estremece cuando ella succiona su miembro, es indescriptible el placer que siente pero no está dispuesto a que ella lo domine. Ahora es él quien la aparta, la obliga a sentarse sobre él y besa sus pechos generosos y sensuales, dando pequeños lametones a sus pezones. Ella gime y acerca más la cabeza de él a sus pechos, reclamando más intensidad en sus caricias. Silvia muy excitada se levanta e introduce su miembro en su vagina, los dos se miran con complicidad. Sus besos se vuelven cada vez más intensos, mientras ella se mueve sobre él llevándolos a los dos hasta nuevas cotas de placer. Silvia gime con fuerza, está a punto de sentir un orgasmo.

—Te amo Alejandro.

—Te amo Silvia.

Los dos llegan al clímax y quedan abrazados durante largo rato, observándose, incapaces de asimilar la suerte que han tenido al conocerse y todo lo que han pasado juntos.

Dos semanas después Fernando Balboa y Javier Mencia conducen hacia las afueras de la ciudad por una carretera de montaña. Han recibido un soplo sobre una persona que tiene la solución para todos sus problemas. Fernando desesperado, decide acudir a la cita. Son las siete de la tarde y la visibilidad

es buena, Javier conduce con rapidez.

Arturo espera paciente a un lado de la carretera de montaña, es consciente de lo que va a hacer pero no puede remediarlo. Camina hasta el centro de la carretera y espera. El coche de Fernando no tarda en aparecer a lo lejos. Fernando se queda mirando al hombre que ha aparecido de la nada y que está en mitad de la carretera, ordena a Javier que aminore y entonces se da cuenta de quién es ese hombre, Arturo su hermano.

Arturo saca un mando del bolsillo y acciona un botón, la rueda delantera izquierda del Mercedes se bloquea y el coche se precipita hacia la barrera de seguridad que se pliega por la presión del impacto, el vehículo cae al vacío. Arturo camina hasta el borde de la carretera y observa sin mostrar el menor remordimientos como el coche impacta una y otra vez sobre los salientes del precipicio hasta que finalmente explota.

—Adiós hermano, yo también sé colocar juguetitos en las ruedas de los coches.

"Jamás, soy un ladrón de guante blanco a la antigua usanza, robo, estafo, falsifico pero nunca mato. No me gustan las armas." Esas palabras se clavan en su alma, pero toda persona tiene un límite.

El viernes por la tarde Silvia acompaña a Alejandro al panteón familiar. Dejan dos hermosos centros de rosas rojas, las preferidas de su madre junto a sus lápidas. Un repartidor de una empresa de decoración floral, entra en el panteón.

—¿Alejandro Balboa?

—Soy yo.

—Tengo una entrega de dos coronas de flores y un sobre para usted. Por favor firmeme aquí.

Alejandro no se sorprende, ya cree saber de quién se trata, firma el albarán de entrega y el repartidor entra las dos coronas de flores, luego le da el sobre, un sobre marrón no muy grande.

Alejandro abre el sobre y lee la carta con mucha atención.

Querido Alejandro mi misión aquí ya ha terminado y la policía parece que no es tan tonta porque ya han empezado a buscarme en Madrid, sintiéndolo mucho tengo que volver a desaparecer y como comprenderás por tu propia seguridad no podré ponerme en contacto contigo en mucho tiempo.

Tu tío no volverá a molestarte, ha sufrido un trágico y mortal accidente de coche. Dado que el muy estúpido no tenía descendencia y tú eres su único familiar cercano, (los fugitivos como yo no tenemos derechos de herencia) no solo recuperarás la herencia de tus padres, también heredarás todas las posesiones de tu tío.

Estoy seguro de que a partir de ahora disfrutarás de una vida colmada de felicidad y al lado de tu guapa Silvia que está loca por ti. Espero que pronto tengais críos ya sabes que me pirran y así les podría enseñar mis cosillas.

Ya nos veremos.

Te quiere tu único y mejor tío

Arturo Balboa

Capítulo 25

Un mes después Alejandro y Silvia se despiden de Román y el resto de compañeros. A partir de ese momento Alejandro pasará a ser socio de Roberto Muriel y dada la dimensión de su herencia, no está dispuesto a que Silvia siga trabajando.

Alejandro conduce hasta la mansión de su tío, la mansión donde se crió y vivió grandes momentos, pero se le hace un nudo al ver la puerta de entrada. Se coloca junto a la puerta y un vigilante armado sale de una garita y se acerca al coche.

—¿Qué desea?

—Soy Alejandro Balboa. —contesta Alejandro mostrándole su DNI.

El vigilante lo mira y le devuelve su DNI.

—Bienvenido a casa señor Balboa. —dice el vigilante inclinando la cabeza a modo de saludo y corriendo hasta la garita para abrir la puerta.

Nada más traspasar los muros Silvia contiene la respiración, ya ni se acordaba de hasta qué punto la familia Balboa era rica. La mansión parece sacada de un cuento de hadas, con la fachada blanca y tejados de pizarra gris, un edificio de dos plantas, plagado de ornamentaciones que le aportan sobriedad y clase.

—¿Aquí vamos a vivir? —pregunta Silvia incrédula.

—Sí. Ya verás la piscina, te va a encantar. Por cierto se acabó cocinar, tenemos cheff y sirvientes.

—¡Madre mía! He pasado de pobre a pija repelente.

Alejandro la mira con fingido enfado, adora su sinceridad aunque a veces...

Aparca el coche en la entrada y un sirviente no tarda en correr hasta ellos, después de saludarles se hace cargo del coche. Alejandro observa como el sirviente conduce el coche hasta las cocheras de la mansión, suspira y mira a Silvia complacido.

—Da gusto volver a ser rico. —dice Alejandro sonriendo alegremente.

Adolfo el mayordomo que prácticamente lo crió, sale a su encuentro y le da

un abrazo, luego se separa de él y lo mira de forma altiva.

—Bienvenido a casa señor Balboa. El dormitorio principal está preparado y todas las pertenencias de su tío han sido donadas a la beneficencia como usted ordenó. El almuerzo está listo, me he permitido preparar para usted el salón junto a la piscina.

—Gracias Adolfo, me alegro mucho de verte y te ordeno que dejes de hablarme de usted.

—Trataré de cumplir esa orden Alejandro, pero me costará. —responde Adolfo con los ojos húmedos, no puede creer que su niño pequeño vuelva a vivir en la mansión.

Alejandro tira constantemente de Silvia que se queda parada mirándolo todo, es como una niña pequeña en una tienda de juguetes, todo le gusta y todo lo quiere coger. Caminan hasta el salón junto a la piscina, pero lejos de almorzar, Silvia se queda pasmada al ver la piscina.

—¿Una piscina olímpica solo para nosotros? —pregunta Silvia con los ojos como platos.

—Es toda tuya.

—Pues yo quiero estrenarla. —sugiere Silvia.

—¡Ahora!

Silvia se abre la blusa y le muestra la parte superior del bikini.

—¿Lo tenías premeditado? —pregunta Alejandro divertido.

—La culpa es tuya, tanto hablarme de la piscina de la mansión, que ya no aguantaba más. Además me he pasado muchos años bañándome en una piscina cutre, pequeña e incómoda. ¡Quiero bañarme en esta ya! —patalea Silvia.

—Está bien. —cede Alejandro.

Silvia se quita la ropa y la tira al suelo, mientras avanza hacia la piscina. Mira a Alejandro sonriendo burlona y se lanza el agua.

—¡Qué maravilla!

Alejandro la mira, no sabe cómo ha podido vivir sin ella todo este tiempo, ahora viéndola disfrutar en el agua se sentía como si estuviera a punto de vivir una vida que ni él podía imaginar, una vida llena de amor y felicidad. Alejandro se desviste, saca una pequeña cajita negra del bolsillo de la chaqueta y la guarda en su bóxer, luego se lanza a la piscina.

Los dos nadan durante largo rato hasta que Silvia acostumbrada a no poder nadar, está reventada y nada hasta el borde de la piscina. Alejandro la

contempla, está radiante, nunca la había visto tan feliz y lo que más le cuesta admitir, es que ella es feliz por estar junto a él.

Introduce la mano en el bóxer ante la mirada curiosa de ella y saca la cajita negra. Ella lo mira sin comprender.

Alejandro que sí hace pie en aquel tramo de la piscina, se coloca frente a ella, abre la caja y le muestra el anillo de platino con diamantes.

—Quería hacerlo de una forma más ceremonial y social, pero no puedo aguantar más. ¿Silvia, quieres casarte conmigo?

Silvia lo mira atónita, ¿Está pasando? ¿Le está pidiendo matrimonio el hombre más perfecto de la tierra, a ella?

—Silvia...

—Sí, sí, claro que sí.

Alejandro le coloca el anillo en el dedo y la besa, ella que no hace pie en la piscina, se agarra a él cruzando piernas y brazos sobre su cuerpo, mientras sus besos se hacen cada vez más tórridos.

El sábado, Alejandro organiza una ceremonia de pedida de mano por todo lo alto, invita a la madre de Silvia, a Lidia y Pablo y a toda la plantilla de Multiclain. Roberto Muriel también acude a la cita especial con su socio y para sorpresa de todos parece prestarle más atención de lo normal a Malena.

Rodeados de todos sus amigos, Silvia acepta por segunda vez casarse con Alejandro, todos aplauden, Malena se pone a llorar y Roberto le ofrece su pañuelo que ella acepta después de guiñarle un ojo.

Alejandro abraza a Silvia con cuidado y la besa, consciente de que pronto será suya oficialmente ante los ojos de Dios y los hombres.

—Te amo Alejandro. —dice Silvia con ojos rebosantes de amor y deseo.

—Te amo Silvia y solo te haré una promesa. Jamás un hombre conseguirá amar a una mujer como yo te amo.

Silvia acaricia el cuello de Alejandro y ante la sorpresa de todos tira de él y le da un beso de lo más descarado y apasionado.

—¡Esa es mi niña! ¡Con dos ovarios! —exclama Malena.

Fin

Otras obras del autor

Una semana de lujo (Un amor prohibido)

Una extraña en mi ventana

La debilidad del marino

Hasta las estrellas se enamoran

Solo es una aventura

Deker Harrison El asesino de la postal

Solo es una aventura Todo por estar junto a ti

Una extraña en mi ventana El sacrificio de Logan

Deja de torturarme

C. J. Benito Relatos sobrenaturales

Contacto

cjbenitoemm@gmail.com